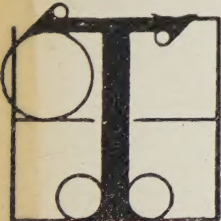
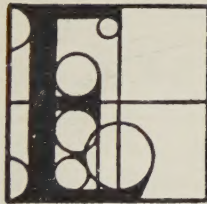


UNIVERSITY OF ARIZONA

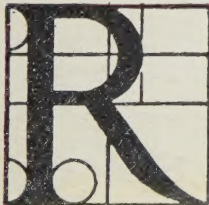


39001008146089

COLECCION
CONCURSO



Abelardo Estorino
LA CASA VIEJA
Andrés Lizarraga
**¿QUIERE USTED
COMPRAR UN PUEBLO?**




UNIVERSITY OF ARIZONA LIBRARY

Este libro recoge dos piezas teatrales que obtuvieron mención en el Premio de Teatro de la Casa de las Américas, en el presente año.

Abelardo Estorino y Andrés Lizarraga son bien conocidos del público cubano. De Lizarraga, que fue Premio de Teatro en el año 60, se ha estrenado en la Habana «Santa Juana de América», donde el autor presenta, en la forma del teatro épico, una historia de los movimientos de liberación del Alto Perú, contra el colonialismo español, con «¿Quiere usted comprar un pueblo?» que se incluye en este volumen, el autor muestra otra tendencia dentro de su teatro, el humor y la caricatura. Lizarraga nació en la Argentina. Empezó a darse a conocer como pintor cubista y unos años después dejó los pinceles por la máquina de escribir.

Después de «El robo del cochino», estrenada en 1961, Estorino fue considerado como uno de los más importantes dramaturgos de la nueva generación. El autor nació en Unión de Reyes, un pequeño pueblo de Matanzas. Ha escrito varias piezas en un acto, una comedia musical, «Las vacas gordas» y la adaptación de una novela de Carrión, «Las impuras».

«La casa vieja» es una de las primeras obras que se escriben sobre los problemas de la nueva sociedad cubana. Estorino ha sabido hacerlo con penetración y calidad artística. La pieza



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

Abelardo Estoriza

Análisis Literario

teatro


TEATRO

COLECCION CONCURSO

Abelardo Estorino

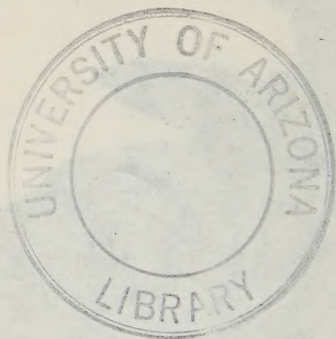
Andrés Lizarraga

teatro



Abelardo Estorino
Andrés Bello

Teatro

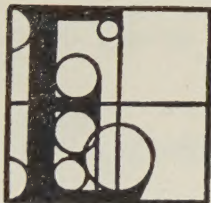


© CASA DE LAS AMÉRICAS, G Y 3RA.,
VEDADO, LA HABANA, CUBA. PRIMERA EDI-
CIÓN, SEP. DE 1964. DISEÑO RAÚL MARTÍNEZ

EDICIONES CASA DE LAS AMÉRICAS PU-
BLICA EN COLECCIÓN CONCURSO LAS
OBRAS PREMIADAS Y MENCIONADAS EN EL
CONCURSO LITERARIO HISPANOAMERICANO

862.62
E81x

Abelardo Estorino



LA CASA VIEJA

pieza en tres actos

66/67-P

CASA DE LAS AMERICAS, CUBA

PERSONAJES

ESTEBAN:

- 35 años, delgado, viste con desaliño, pero tiene buen gusto. Se burla un poco de sus propias palabras.

LAURA:

- 36 años, más bien bonita, vestida con sencillez.

DALIA:

- 27 años, juvenil, siempre preocupada por vestir bien, pero usa ropa fuera de ocasión.

DIEGO:

- 34 años, empieza a engordar. Usa camisas impecablemente planchadas.

FLORA:

- 34 años, muy delgada, cansada; pelo lacio y negro recogido detrás de las orejas con peinetas. Zapatos bajos y ropa pobre.

HIGINIO:

- Más de 60 años, grueso, guayabera; impertinente.

ONELIA:

- 57 años, dulce, durante toda la obra parecerá ausente.

Un pueblo de provincias, después de 1959.

La escena representa una cocina que ha sido ampliada para que sirva de comedor. Tiene paredes de tablas anchas, pintadas de cal coloreada, puntal alto y techo de tejas. La habitación agregada es de puntal más bajo y la pared que las separaba ha sido eliminada hasta el punto en que se une con el techo del agregado, éste continúa hasta el patio donde se convierte en un corredor sostenido por horcones de madera. Hay una puerta, siempre abierta, que da al interior de la casa y una ventana en la parte más alta por donde se ven los árboles del patio. El agregado tiene también dos puertas hacia el patio y está lleno de macetas; del techo cuelga una jaula con un canario. En la parte del agregado hay una mesa cubierta con un hule floreado y cuatro sillas. El mobiliario de la cocina es el habitual: aparador, platero, refrigerador, etc.

El aspecto general es limpio, pero se nota que todo ha sido modificado, repintado, arreglado una y otra vez. Se adivina un gran patio con árboles frutales que rodea la casa.

PRIMER ACTO

Amanece. Esteban, sentado en una silla junto a la mesa, fuma. Entra Laura, se anuda el cabello en la nuca con una cinta.

LAURA:
¿No dormiste?

ESTEBAN:
No.

LAURA:
¿Por qué Diego no se quedó un rato en el cuarto? Tienes que descansar.

ESTEBAN:
Yo le dije que se acostara.

LAURA:
Llevas casi una semana sin dormir. Voy a hacer un poco de café, ya está aclarando. *(Comienza a buscar algo en el aparador).*

ESTEBAN:
¿Qué día llegué yo?

LAURA:
¿Qué día es hoy?

ESTEBAN:
No sé, me parece que hace un mes que estoy aquí.

LAURA:

¿Dónde habrá metido el jarro del café? Toda la casa está virada al revés. Hoy es Lunes, sí, Lunes, porque antier, deja ver, antier Diego pagó la botica y él cobra los sábados.

ESTEBAN:

Yo vine el martes.

LAURA:

Mañana va a hacer una semana y casi no has dormido.

ESTEBAN:

Ayer dormí un poco al mediodía.

LAURA:

El sueño de día no descansa. ¿No te dirán nada en el trabajo?

ESTEBAN:

Hablé con el jefe del departamento antes de salir, le dije que Papá estaba enfermo. Lo que yo sabía. Me dijo que regresara cuanto antes, estoy trabajando en el proyecto de un hospital que corre prisa. Cuando me llamaste por teléfono pensé que era cuestión de horas.

LAURA:

El médico dijo que era cuestión de horas... Y ya lleva una semana así.

ESTEBAN:

¿Cómo tú lo encuentras?
(*Laura se encoge de hombros*).

ESTEBAN:

Y que tenga uno que estarse aquí sin poder hacer nada.

LAURA:

El médico se asombró de lo fuerte que está.

ESTEBAN:

Me duelen los hombros de hacer fuerza, de tener que sujetarlo cuando le dan las convulsiones. ¿Cuántos años tiene ya?

LAURA:

Cumplió 67.

ESTEBAN:

¿Ya?

LAURA:

Pero Esteban, si yo tengo 36.

ESTEBAN:

¿36?

LAURA:

¿Y qué tú creías?

ESTEBAN:

Horita estamos chochando.

LAURA:

Después de los 20 pasan volando. Tú cumpliste
35 ¿verdad?

ESTEBAN:

Araña.

LAURA:

¿Todavía te acuerdas?

ESTEBAN:

35 araña, 36 cachimba, 37 gallina prieta, 38 . . .
¿qué cosa es 38?

LAURA:

Yo no trabajé en eso, allá tío. ¿Todavía te gusta el café amargo?

ESTEBAN:

Con poca azúcar.

LAURA:

Aquí les gusta como almíbar. Para ti el café amargo, la almohada bajita, las galletas quemadas.

ESTEBAN:

¡Qué buena memoria!

LAURA:

¡Ah! Y la leche ahumada. No se me olvidan las cosas de cuando éramos muchachos.

ESTEBAN:

¿Cómo se llamaba la vieja aquella que vivía aquí al lado?

LAURA:

¿La coja? (*Molesta.*) ¡Qué bruta soy!

ESTEBAN:

¿No era coja?

LAURA:

Sí, pero se llamaba Laudelina.

ESTEBAN:

Da igual, siempre le decían la coja. ¿Te acuerdas cómo me daba el jarrito de leche, cuando se le ahumaba, por la cerca del patio? ¿Dónde anda?

LAURA:

Se murió.

ESTEBAN:

No me digas.

LAURA:

¡Quién se acuerda de eso! Yo no sé cómo te podías tomar aquella leche, si le metía el dedo para saber si estaba caliente.

ESTEBAN:

Tú también.

LAURA:

Mira, blanco como la leche. (*Le muestra el índice*).

ESTEBAN:

Laura, que hay una revolución.

LAURA:

Sí, pero yo tengo 36 años. Y no me adoctrines, que bastante tengo con Diego. Siempre te tomaste la leche y le besaste las pasas. ¡Milagro no te has casado con una negrita! ¿Tú no piensas casarte, Esteban?

ESTEBAN:

No.

LAURA:

¿Y tú no crees que...?

ESTEBAN:

(*Interrumpe*) Sí, yo lo creo, que un viejo solterón es muy feo. ¿No es eso?

LAURA:

¿Te lo han dicho muchas veces? También una solterona es fea.

ESTEBAN:

Esto también es feo. (*Se da una palmada en el muslo, se pone de pie y camina, cojeando, hacia la puerta del patio*).

LAURA:

A ti casi no se te nota.

ESTEBAN:

A estas alturas me vas a venir con...

LAURA:

Es la verdad.

ESTEBAN:

Esteban, el cojito de los Gutiérrez.

LAURA:

¡Complejos!

ESTEBAN:

Así me decían en la escuela.

LAURA:

Porque los muchachos no saben lo que dicen.

ESTEBAN:

¿Ni los maestros tampoco? Una vez oí a la maestra de Geografía, Hortensia, la señora Hortensia, diciéndole al director: tengo que sentarlo en la primera fila, aunque es más alto que los otros, pero como es cojito ¡el pobre! Y los muchachos no me dejaban jugar a ¿cómo se llama? Ocho que te pongo el mocho. (*Pausa*). Huele sabroso el café.

LAURA:

Ay, que se me bota. (*Corre hacia el fogón. Esteban se acerca a la jaula que está cubierta con un mosquitero. Se lo quita*).

ESTEBAN:

¿Canta?

LAURA:

Es el tesoro de Papá. ¿No lo has oído?

ESTEBAN:

No.

LAURA:

(*Seca*). Hay que echarle alpiste y cambiarle el agua.

ESTEBAN:

(*Divertido*). Tiene un moñito.

LAURA:

Canta como una flauta, según Papá. Dice que no lo da ni por cincuenta monedas.

ESTEBAN:

¿Sigue diciendo monedas? (*Pausa*). Un canario, una cotorra, una mata de mango...

LAURA:

(*Le da una taza de café*). Un partido de dominó y a dormir.

ESTEBAN:

Debe haber sido feliz.

LAURA:

Te extrañaba mucho.

ESTEBAN:

Yo creía que...

LAURA:

Hablaba de ti casi todos los días. Estaba orgulloso de que tuvieras un título: un hijo arquitecto.

ESTEBAN:

Mejor hubiera sido médico. Quisiera hablar con él, me avisaron muy tarde.

LAURA:

Es que se agravó de pronto.

ESTEBAN:

¿Tú crees que recobre el conocimiento?

LAURA:

Dicen que a veces... los que están así muchos días, antes de morir, a veces, vuelven a conocer a los familiares...

ESTEBAN:

¿Quién lo dijo? ¿El médico?

LAURA:

¿Tú no te acuerdas de abuelo?

ESTEBAN:

Yo llegué después que estaba muerto.

LAURA:

Estuvo como tres días en estado de coma y después...

ESTEBAN:

¿Habló?

LAURA:

No, no habló, pero se daba cuenta de todo.

ESTEBAN:

Quisiera hablar con Papá, que sepa que estoy aquí.

LAURA:

El te vio cuando llegaste.

ESTEBAN:

No me reconoció.

LAURA:

Sí, Esteban.

ESTEBAN:

No, no, estoy seguro.

LAURA:

Pero si se sonrió.

ESTEBAN:

Eso son cosas de ustedes. Si fuera así me hubiera hablado.

LAURA:

Ya no podía.

ESTEBAN:

No sabe que estoy aquí, no sabe que vine.

LAURA:

Te quería mucho, Esteban.

ESTEBAN:

¿Me quería? ¿Antes de...?

LAURA:

No, es que... hablamos como si ya...

ESTEBAN:

Si pudiera hablarle ¡de cualquier cosa! de mi trabajo, de los canarios... Estar un rato juntos y sentir que...

LAURA:

No hace falta, él se dio cuenta, después, cuando pasó el tiempo, se dio cuenta de que no... no podías haber hecho otra cosa.

ESTEBAN:

No hablé con él, no se lo dije. Uno va dejando las cosas y el tiempo y dice mañana o no dice nada... y cree que ¡y de pronto! un día...

LAURA:

Todo se va quedando, vamos dejando las cosas para luego.

ESTEBAN:

¿Tú también?

(Laura no contesta. Se quedan un rato callados)

LAURA:

¿Qué hora es? *(Esteban mira el reloj pulsera, se lo lleva a la oreja, le da cuerda)*. Dentro de un rato tenga que llamar a Diego.

ESTEBAN:

¿Va a trabajar?

LAURA:

No sé, quiere darse una vuelta por el ingenio.

ESTEBAN:

Diego está muy cansado.

LAURA:

Trabaja mucho, siempre de una cosa en otra: guardias, reuniones, charlas, está en todo.

ESTEBAN:

La revolución le ha hecho mucho bien, toma las cosas más en serio. ¿No te parece?

LAURA:

Sí, muy en serio.

ESTEBAN:

¿Todavía peleas con él?

LAURA:

Bueno, como ya no vive aquí... A veces viene y me dice que... ¡gastamos mucho en la luz! Pero yo lo paro y le digo: ahora tienes tu casa y tu mujer, gobiérnala a ella, si se deja gobernar.

ESTEBAN:

¿Y se deja?

LAURA:

Bueno...

ESTEBAN:

Siempre hizo lo que le dio la gana.

LAURA:

¿Ella?

ESTEBAN:

Diego.

LAURA:

¡Ah, sí! Tú también. La única que se chivó fui yo.

ESTEBAN:

Creí que vivías contenta.

LAURA:

¿Con qué?

ESTEBAN:

Trabajas, tienes tu sueldo...

LAURA:

Estás hablando como Diego. ¿Eso es lo único que cuenta?

ESTEBAN:

No, no es lo único. ¿Qué cuenta para ti?

LAURA:

Nada. Pero tú estás muy lejos. Vienes un día, te comes el arroz con pollo que te hace Mamá, hablamos de cuando éramos muchachos y de los que se han muerto, de los que ya se casaron, de las que le pegan los tarros al marido y después te vas. Y pasa otro año.

(Esteban se acerca y la abraza).

ESTEBAN:

¿Estás triste?

LAURA:

No estoy triste. Estoy cansada.

ESTEBAN:

¿Por qué no pides licencia y vienes, te pasas un mes conmigo en La Habana?

LAURA:

La Habana no me va a quitar el cansancio.

ESTEBAN:

(Con malicia) ¿Hay algo aquí que te retiene?

LAURA:

Si tú supieras . . . Cualquier día te doy la sorpresa.

ESTEBAN:

¡Dímelo, anda!

(Entra Dalia).

DALIA:

¿La jeringuilla está hervida?

LAURA:

¿Ya le toca la inyección?

DALIA:

A las y cuarto.

LAURA:

Ahí está, en ese jarro. ¿Y Mamá?

DALIA:

Dormitando en el sillón.

LAURA:

Voy a llevarle un vaso de leche. (*Se pone a prepararla*). ¿Llamaste a Diego?

DALIA:

Sí, se está lavando la cara. Está muy nervioso. Diego no sirve para estas cosas. Yo no quisiera que entrara en el cuarto; cuando lo ve se pone a llorar como un muchacho.

LAURA:

Tiene que sobreponerse. Hay que pensar en Mamá.

ESTEBAN:

La vieja se está portando bien.

DALIA:

Diego siempre es igual. Cuando los muchachos se enferman parece que se le cae la casa encima. (*A Esteban*) Antes de que nos casáramos ¿tú te acuerdas cómo era de soltero? No sé si te acuerdas, porque ya tú estabas en La Habana, pero habrás oído los cuentos. Ahora casi no sale de noche, los muchachos lo tienen bobo.

(*Entra Diego terminando de ponerse la camisa cuidadosamente*).

ESTEBAN:

Me están contando cómo te domaron.

DALIA:

Yo no, los muchachos.

ESTEBAN:

Es igual, lo domó el matrimonio.

DIEGO:

¿Tú quieres seguir salvaje?

ESTEBAN:

Parece que yo nací domesticado.

DALIA:

Hablan como si el matrimonio fuera un castigo.
(*Le da una taza de café a Diego*).

DIEGO:

(*Bromeando*) No, qué va, es la gran maravilla.

DALIA:

Todos se quejan y dan muchas vueltas, pero a la hora de los mameyes . . . (*A Esteban*) A ti cualquier día te pescan.

LAURA:

(*Saliendo con el vaso de leche*). Este es duro de pelar.

DALIA:

Eso decían de Diego (*A Diego*). Voy a prepararte un poco de café con leche.

(*Pausa larga*).

DIEGO:

¿Y qué tal tu trabajo?

ESTEBAN:

¡Ahí!

DIEGO:

¿No estás contento?

ESTEBAN:

Sí.

DALIA:
¿Tienes buen sueldo, Esteban?

ESTEBAN:
Me alcanza.
(Pausa).

DIEGO:
Hace falta que llueva.
(Diego saca una cajetilla de cigarros, le ofrece a Esteban).

ESTEBAN:
No, yo fumo de éstos. (Saca su cajetilla, Diego le enciende el cigarro y enciende el suyo. Fuman).

ESTEBAN:
(Mirando al canario). Dan ganas de soltarlo.

DIEGO:
¿Para que se muera? ¿No ves que es un pájaro de jaula?

ESTEBAN:
¿La inventaron los canarios?

DIEGO:
¿Qué cosa?

ESTEBAN:
La jaula. (Pausa). Voy a ver la mata de mango. (Sale).

DALIA:
Cada día se parece más al viejo. ¿Vas a ir por el ingenio?

DIEGO:
Tendré que ir un momento luego. No puedo dejar aquello abandonado.

DALIA:
Me parece que el pobre viejo está en las últimas.

DIEGO:

Esteban lo encuentra mejor. Dice que anoche orinó bien.

DALIA:

Esteban ve lo que quiere ver. Es igual que tu madre, siempre tiene esperanzas. Únicamente un milagro.

DIEGO:

Eso dijo el médico.

DALIA:

Eso quiere decir que él no tiene esperanzas. Pero la vieja y Esteban están ciegos. Cada vez lo encuentro peor. Es mejor que no te vayas.

DIEGO:

Apenas he ido por el ingenio en estos días, el taller debe andar bocarriba, en cuanto uno se va se desorganiza todo.

DALIA:

Ramón el del sindicato estuvo ayer por aquí, preguntó si podrías ir a una reunión.

DIEGO:

¿Qué reunión?

DALIA:

No sé bien . . . hablamos de . . .

DIEGO:

¿No le preguntaste?

DALIA:

Me lo dijo, hablamos de la casa y . . . ¿Quieres?
(*Le muestra una lata de galletas*).

DIEGO:

No. Cuando menos si es algo importante.

DALIA:

Es algo sobre unas planillas y unas becas.

DIEGO:

Ah, sí. ¿Qué dijo Ramón?

DALIA:

Tienen que decidirlo hoy. El plazo se acaba en estos días. (*Dalia le da un vaso de café con leche*).

DALIA:

¿Está muy caliente? (*Beben durante unos segundos*).

DALIA:

Le hablé de la casa.

DIEGO:

¿Qué casa?

DALIA:

Le dije a Ramón que necesitamos otro cuarto. Los muchachos están creciendo.

DIEGO:

Todavía podemos esperar.

DALIA:

La casa de los Carmona tiene tres cuartos. ¿Tú sabes que esa gente se va?

DIEGO:

¿Quién te lo dijo?

DALIA:

Están sacando los papeles. Yo sabía que esa gente no se iba a adaptar. Con esa casa, llena de enredaderas, escondidos detrás de las enredaderas. Siempre regando el jardín, sin saludar a nadie. ¡Cómo van a quedarse!

DIEGO:

Pero todavía no se han ido, ¿no?

DALIA:

Le dije a Ramón que nosotros necesitábamos una casa así.

DIEGO:

Necesitamos una casa, pero no tiene que ser la de los Carmona.

DALIA:

No, claro que no. Pero el que primero anda primero manda. Así ya sabe que queremos una casa. Después cuando esté vacía todo el mundo se antoja y empiezan a pedirla. Tú sabes cómo es este pueblo.

DIEGO:

No debías haber hablado con Ramón, él es muy estricto en eso.

DALIA:

Pero nosotros nos merecemos una casa.

DIEGO:

(*Molesto.*) ¿Y tiene que ser ésa?

DALIA:

Ellos se van porque les da la gana ¡y dejan su casa! Nosotros ya no cabemos en la que tenemos.

DIEGO:

Podrías esperar. Luego empiezan los comentarios.

DALIA:

¿Qué comentarios? Siempre estás con miedo a lo que digan. De ti nadie puede decir nada, que lo único que has hecho es sacrificarte. ¿Y qué has conseguido?

DIEGO:
Me hicieron jefe, ¿no?

DALIA:
¿A quién iban a poner si tú eras el que más sabía? Y por algo luchaste.

DIEGO:
Vendí bonos, eso no es luchar.

DALIA:
Y quemaste caña. Siempre estás poniéndote por debajo de los demás. ¿Qué hizo Wilfredo, hizo algo? Y ahí lo tienes, administrador de la cooperativa.

DIEGO:
Porque sabe de granjas.

DALIA:
Pero no había hecho nada y le dieron una casa.

DIEGO:
La que tenía se estaba cayendo.

DALIA:
La de nosotros es de madera.

DIEGO:
Pero no se está cayendo.

DALIA:
Cualquiera que te oye piensa que vivimos en un palacio.

DIEGO:
No es ningún palacio, pero hasta ahora no te habías quejado. Cuando nos casamos . . . Mejor me callo. ¡No vamos a discutir! (*Se aleja*).

DALIA:
¿Adónde vas?

DIEGO:
A ningún lado.

DALIA:

(Después de unos momentos de silencio, para cambiar de conversación). ¿Es verdad que van a cambiar el administrador de correos?

DIEGO:

No sé.

DALIA:

Tú nunca te enteras de nada. Dicen que no está «claro». A mí siempre me pareció un niño bitongo. ¡Si le dieran ese puesto a Laura! Son como 50 pesos más.

DIEGO:

Es mucha responsabilidad y ella no está preparada.

DALIA:

Pues Felicia sabe lo mismo que Laura y está loca ¡ella dice que no!, pero está loca pensando que la van a nombrar.

DIEGO:

¿Y no está conforme con el sueldo que tiene?

DALIA:

A todo el mundo le gusta mejorar, ¿no?
(Entra Laura).

LAURA:

Ya le toca la inyección.

DALIA:

Ahora voy. Laura, ¿qué te ha dicho Agustín?

LAURA:

¿De qué? (Inquieta, deja caer un jarro).

DALIA:

El administrador, lo van a cambiar.

LAURA:
¡Ah! No sé. ¿Y la jeringuilla?

DALIA:
¿Agustín no te ha dicho nada?

LAURA:
Hace días que no lo veo.

DALIA:
Pero si ayer estuvo aquí. Preguntó por ti. ¿No lo viste?

LAURA:
¡Ah! sí, pero no hablamos de eso. ¿Y la jeringuilla?

DALIA:
Aquí. ¿Dónde está el alcohol?

LAURA:
En el cuarto.

DALIA:
Ven para que me ayudes. (*Sale*).

LAURA:
Voy enseguida. (*A Diego*). ¿Dónde está Esteban?

DIEGO:
En el patio.

LAURA:
¿Por qué no vas a verlo?

DIEGO:
¿Para qué?

LAURA:
Bueno, es mejor...

DIEGO:
(*Interrumpe*). ¿Le pasa algo?

LAURA:
¿Qué le va a pasar?

DIEGO:

Entonces . . . Lo tratas como si fuera un muchacho. (*Silencio. Entra Esteban*).

ESTEBAN:

¿Cortaron la mata de ciruelas?

LAURA:

Se secó.

ESTEBAN:

¿Tú te acuerdas, Diego, cómo te subías a recoger ciruelas? Trepabas como un gato.

DIEGO:

Y Mamá peleando porque me iba a caer.

ESTEBAN:

Así conseguíamos dinero para ir a la matinée. Le vendíamos las ciruelas al chino.

DIEGO:

Ya no me acordaba de eso.

ESTEBAN:

Van a tener que arreglar la cerca, hay un montón de tablas que están podridas.

LAURA:

Son las mismas de siempre.

ESTEBAN:

Todavía está el hueco por donde te escapabas cuando no querías ir a la escuela.

DIEGO:

Hace tiempo que no voy por allá atrás.
(*Entra Flora*).

FLORA:

Buenos días.

TODOS:

Buenos días. (*Esteban se vuelve de espaldas, indiferente*).

FLORA:
¿Cómo sigue Esteban?

LAURA:
Igual, Flora, gracias.

ESTEBAN:
(*Se vuelve asombrado*) ¡Flora!

FLORA:
¿Qué tal, Esteban?

ESTEBAN:
De pronto no te conocí. Estás...

FLORA:
Hecha una vieja.

ESTEBAN:
No, no es eso, es que hacía tanto tiempo.

FLORA:
Tú no has cambiado.

LAURA:
¿Quieres un poco de café?

FLORA:
Gracias, ya tomé. (*A Esteban*) Hace como diez años que no te veía.

ESTEBAN:
Ya estuve el año pasado, pero... vine un día y me fui enseguida.

FLORA:
¿Mucho trabajo?

ESTEBAN:
Ahora siempre hay trabajo.

FLORA:
Aquí están haciendo un centro escolar.

ESTEBAN:
¿Sí?

LAURA:

Perdóname Flora, pero tengo que ayudar a Dalia.

FLORA:

No tengas pena, yo me voy enseguida.

LAURA:

¿Y tus muchachos?

FLORA:

Están bien, gracias. (*Laura sale*).

ESTEBAN:

¿Cuántos tienes?

FLORA:

Dos, dos varoncitos. (*Pausa*) ¿No te has casado?

ESTEBAN:

No.

(*Diego hace un movimiento para salir*).

FLORA:

No te vayas, Diego, vine... porque quiero... necesito hablar contigo.

(*Esteban hace un movimiento para irse*).

FLORA:

No, no, quédate, Esteban, no importa.

DIEGO:

¿Tienes problemas en el trabajo?

ESTEBAN:

¿Estás trabajando?

FLORA:

Sí, en la granja, con las incubadoras. (*A Diego*). Yo sé que no es el momento, con el viejo tan grave y todo eso...

DIEGO:
(*Con autoridad*). Vamos a ver ¿qué pasa?

FLORA:
Tú dirás que me meto en lo que no me importa, pero . . . Es sobre esa muchacha de la beca, la hija de Ignacio.

DIEGO:
Eso no lo decido yo.

FLORA:
Sí; ya lo sé, pero . . . ¿no te han pedido datos sobre ella?

DIEGO:
Sí, claro. ¿Qué es lo que quieres?

FLORA:
Esa muchacha necesita la beca.

DIEGO:
Tú sabes que las palancas se acabaron.

FLORA:
¿A qué viene eso? Yo sé muy bien . . .

DIEGO:
(*La interrumpe*). No te molestes.

FLORA:
¿Cómo no voy a molestarme?

ESTEBAN:
¿Qué es lo que pasa?

FLORA:
Es una muchacha que vive por casa, una niña, no llega a los 17. Pidió una beca para estudiar en una escuela, una de esas escuelas nuevas . . .

ESTEBAN:
¿Y no se la dieron?

DIEGO:

Se está estudiando el caso.

FLORA:

Le están dando de lado.

ESTEBAN:

¿En La Habana?

FLORA:

Aquí. (*A Diego*). Tú eres íntimo de Ramón, puedes... ¡no sé! hablar con él, explicarle, que la familia es gente pobre, gente que trabaja y está con esto. Si alguien necesita la beca es ella y no van a estarle haciendo caso... ¡la gente habla un montón de basura!

ESTEBAN:

¿Y cuál es el problema?

DIEGO:

Que la muchacha está en estado.

FLORA:

Eso es mentira.

DIEGO:

Todo el mundo lo dice.

FLORA:

Porque aquí la gente no puede estar con la boca cerrada.

DIEGO:

Cuando el río suena...

FLORA:

Esa no es forma de hablar, yo la conozco bien y sé...

DIEGO:

¿Tú la recomiendas?

FLORA:

(*Mira a Diego y no le contesta. A Esteban.*)
Tiene 17 años y quiere estudiar, eso es lo único que importa. Está loca por ir a La Habana y poder estudiar.

DIEGO:

¿Quiere irse de aquí?

FLORA:

Es lo mejor que puede hacer.

DIEGO:

Mira, tú sabes bien que ella andaba sola . . . por dondequiera, lo mismo de día que de noche.

ESTEBAN:

¿Con quién andaba?

FLORA:

Con un chiquillo como ella.

DIEGO:

¡Chiquillo! A los 17 años ya saben hasta dónde el jején puso el huevo.

FLORA:

¡Qué van a saber!

DIEGO:

¿Tú te acuerdas de cuando tenías 17?

FLORA:

Por eso mismo lo digo.

ESTEBAN:

La verdad, Diego, aquí siempre la gente ha hablado más de la cuenta.

DIEGO:

Esto ha cambiado, después de la revolución los compañeros . . .

ESTEBAN:

(*Interrumpe*). ¿Se bañaron en algún río milagroso?

FLORA:

La que menos debía haber hablado de esto era yo. Pero me da pena, yo sé muy bien... Ayer estuvo en mi casa, se echó a llorar.

DIEGO:

Si no hubiera hecho lo que hizo...

FLORA:

¿Qué fue lo que hizo, chico?

DIEGO:

No son cuentos. Ella tiene que saber que en un pueblo... Esto no es La Habana para andar una pareja sola, de noche...

FLORA:

Cuando una muchacha se enamora...

DIEGO:

Las muchachas decentes llevan el novio a la casa...

FLORA:

La madre decía que era muy chiquilla para tener novio.

DIEGO:

Pues ya se habrá dado cuenta que no era tan chiquilla.

ESTEBAN:

¿Y depende de ti que le den la beca?

DIEGO:

¡No, hombre, no!

FLORA:

Pero tú puedes hablar con ellos. Esteban, yo te aseguro que es una buena muchacha, que quiere estudiar. Se echó ese novio y perdió un poco la cabeza ¡es la verdad! pero...

DIEGO:

Tú misma lo reconoces.

FLORA:

Pero hay que darle un chance ¿no? Si se queda aquí yo sé lo que le va a pasar. El que se le acerque irá buscando algo y a esa edad...

ESTEBAN:

Es que ya no nos acordamos de cuando teníamos 17.

DIEGO:

Da igual. Da lo mismo si nos acordamos o no. Ya no tenemos 17.

FLORA:

Para mí no da igual... Yo todavía me acuerdo. Tengo que irme, entro a trabajar a las ocho. La reunión para decidir lo de las becas es esta noche.

DIEGO:

Con Papá así, yo no puedo ir.

FLORA:

Habla con Ramón.

DIEGO:

Háblale tú.

FLORA:

(*Flora no le responde*). Esteban, hace tiempo que no hablo contigo. En un tiempo hablamos mucho. Hay una sola cosa de la que me arrepien-

to: haberme quedado en el pueblo. Tú te fuiste y no sabes bien lo que pasó después. No sé lo que te habrán contado, pero es casi seguro que no te lo contaron como fue. Convence a tu hermanito, porque algunas cosas no han cambiado todavía. Hasta luego. (*Se va*).

DIEGO:

Cualquiera que la oye se cree que no rompe un plato.

ESTEBAN:

Parece que dice la verdad.

DIEGO:

Lo que a ella le conviene, eso es lo que dice. ¿Y lo que no dice?

ESTEBAN:

De todas maneras sería bueno que hablaras con la muchacha.

DIEGO:

(*Incrédulo*). ¿Para qué?

ESTEBAN:

Para saber qué hay de cierto en eso.

DIEGO:

Tú no cambias, Esteban. Siempre te dejas engañar por las lagrimitas.

ESTEBAN:

Hace tanto tiempo que... se me habían olvidado los problemas de este pueblo...

DIEGO:

Tú nunca estuviste muy metido en los problemas, siempre andabas solo.

ESTEBAN:

Nunca me gustó andar solo, pero me quedaba mirando. Como no podía bailar...

DIEGO:

Uno no se pasa la vida bailando.

ESTEBAN:

A ti te gustaban mucho las fiestas y los bailes

DIEGO:

Ay, Esteban, yo he tenido que trabajar mucho para...

ESTEBAN:

Quiero decir que tú eres saludable... que ¡tenías suerte con las mujeres!

DIEGO:

¿Pero tú crees que...?

ESTEBAN:

Si no te lo critico, a mí me hubiera gustado ser así, pero no podía.

DIEGO:

Bueno, tú estudiaste y tienes un título.

ESTEBAN:

Te lo cambio por una pierna.

DIEGO:

(*Se ríe*). Te reirías hasta de los muertos. (*Pausa*). Pero tienes tu título y ahora eres arquitecto, que es lo que importa.

ESTEBAN:

Me da lo mismo.

DIEGO:

No me vengas con cuentos, que es muy sabroso que digan, ahí va Fulano de Tal. Mira, mi her-

mano, si alguien no se puede quejar eres tú, que te fuiste para La Habana y estudiaste lo que te dio la gana.

ESTEBAN:

¿Y tú, por qué no te fuiste? Tú crees que había...

DIEGO:

Yo estaba trabajando.

ESTEBAN:

¿Y yo estaba rascándome la barriga?

DIEGO:

Tuviste suerte.

ESTEBAN:

¿Suerte? (*Se ríe*). Me acuerdo cuando llegué a La Habana hecho un guajirito, un guajirito asombrado. Fui a ver a aquel amigo de Papá, aquel que trabajaba en la compañía de teléfonos.

DIEGO:

Armando Herrera.

ESTEBAN:

Armandito, muy amigo de Papá, habían jugado gallos juntos. El pobre viejo, siempre fue tan amigo de todos. Fui a verlo y le dije: Yo soy el hijo de Esteban. ¡Qué crecido estás! No sé si me lo dijo, pero es lo que siempre se les ocurre. Estábamos en su oficina, había llegado a ser muy importante, por lo menos la oficina era muy importante, con aire acondicionado, intercomunicadores...

DIEGO:

Era un hombre muy preparado.

ESTEBAN:

(*Se ríe*). Sí, mecanografía Pitman. Le dije: necesito trabajar, vine a estudiar pero necesito trabajar, mi familia no puede mantenerme. Mi familia casi no podía mantenerse. Le conté que Papá me había dicho que fuera a verlo, que si conseguía algún trabajo podría seguir estudiando. Me dijo que le parecía magnífico que yo quisiera trabajar y me habló de cómo él había trabajado, de sus primeros tiempos, del hambre que había pasado. (*Pausa*). Mi familia no podía mantenerse y todos nosotros estábamos pasando hambre.

DIEGO:

Bueno, nosotros gracias a... Nosotros nunca pasamos hambre.

ESTEBAN:

Hambre hambre, no. ¿Pero tú te acuerdas cómo Mamá lavaba? ¿Y te acuerdas de lo que comíamos? No, hambre no. El hambre nos hubiera matado. ¿Por qué yo te contaba eso? ¡Ah sí! Me dijo: me parece magnífico que quieras trabajar, siempre he opinado que a los estudiantes les conviene trabajar. Pronunciaba muy bien las eses, algunas veces, cuando se acordaba de que era importante. Trabajar y estudiar no es ninguna vergüenza. Eso lo sabía yo que le estaba pidiendo trabajo. Vino un ujier y trajo agua fría y café. Trabaja, tu padre se va a sentir orgulloso de ti. ¡Orgulloso! (*Pausa*). Cualquiera cosa, el trabajo nunca degrada. Puedes alquilar una carretilla y vender mangos. Y quien dice mangos cualquier

otra cosa, viandas. Un hombre emprendedor se busca la vida como quiera. Me acompañó hasta la puerta, me dio dos golpecitos en el hombro, me estrechó la mano para demostrarme que aunque tenía un puesto importante no era orgulloso, y se volvió a meter en su oficina. ¡El amigo de Papá! Pero trabajé, no vendí mangos porque yo sabía hacer otras cosas. Para qué hablar de eso, tú lo sabes. Al fin me gradué y estudié lo que me dio la gana, como tú dices. Y me dije, ahora voy a hacer las casas como yo creo que deben ser las casas. Y llegó la Revolución y tengo un jefe que opina de manera distinta sobre las casas. ¡Si yo tuviera ahora veinte años!

DIEGO:

La verdad que yo nunca tuve... ¡paciencia! para estudiar. Me acuerdo que tú te pasabas la vida leyendo.

ESTEBAN:

Qué remedio me quedaba; yo no podía jugar a los bandidos.

DIEGO:

Eso no tiene nada que ver. Hay otros que no tienen ningún... defecto y también estudian.

ESTEBAN:

Yo no creo que todos los cojos tengan que ser estudiantes. (*Se ríe*). ¡Esa muchacha que quiere la beca no es coja!

DIEGO:

Esa lo que quiere es irse de aquí.

ESTEBAN:

¿Estás seguro de que está en estado?

DIEGO:

¡Yo qué sé!

ESTEBAN:

¿Entonces por qué no le dan la beca?

DIEGO:

Yo no sé si se la van a dar o no. Pero no se la merece.

ESTEBAN:

¿Por qué?

DIEGO:

No reúne las condiciones de . . . moralidad.

ESTEBAN:

(*Con ironía*). ¡Ah!

DIEGO:

¿Quién se va a comprometer a recomendarla? Porque es un compromiso. Y después, cuando esté en la escuela y meta la pata . . . Además, aquí nadie lo vería bien, eso sería un desprestigio para la revolución . . . ¡cuando hay otras muchachas que se lo merecen más!

ESTEBAN:

¿Y tienen el mismo interés?

DIEGO:

No vengas a poner las cosas boca arriba. Igual que la otra, que viene a recomendarla.

(*Entra Higinio*).

HIGINIO:

¿Qué pasa?

DIEGO:

Nada.

HIGINIO:

¿Política, no? Ahora la gente no habla más que de política.

ESTEBAN:

No es de política, tío. (*A Diego*). ¿O sí?

DIEGO:

Es Flora, que estuvo aquí, para recomendarme a una muchacha...

HIGINIO:

¿Recomendaciones? ¿No se acabaron?

DIEGO:

No empieces, tío.

ESTEBAN:

Es una muchacha que quiere una beca para una de esas escuelas que ha hecho la revolución.

HIGINIO:

¿Y quién la recomienda?

DIEGO:

Nadie la recomienda. Flora vino a interesarse porque conoce a la muchacha.

HIGINIO:

¿Qué flora?

DIEGO:

Flora.

HIGINIO:

¡Ah, Flora! (*Se ríe*). Buena recomendación. (*A Esteban*). La verdad, sobrino, que tú y yo no creemos en las mismas cosas.

ESTEBAN:

De eso estoy seguro.

HIGINIO:

¿Quién le va a hacer caso a una mujer que ha vivido con medio pueblo? ¡Hasta con un negro!

ESTEBAN:

Es que Esteban cree lo que todo el mundo le dice.

HIGINIO:

No, no lo que todo el mundo le dice, porque yo, que soy de tu familia y no tengo por qué decirte mentiras, te digo que es una cualquiera.

ESTEBAN:

¿La muchacha?

HIGINIO:

¡Flora! La muchacha no sé quién es ni me importa. Pero la Flora es una cualquiera y si está defendiendo a la otra es porque la otra es una cualquiera también. Dios los cría y ellos se juntan. (*A Diego*). Pero la culpa la tienen ustedes. Esa mujer está metida en todo, en todo. ¿Que le dieron trabajo? Muy santo y muy bueno, pero que trabaje y se quede tranquila en su casa.

DIEGO:

Eso es un punto de vista muy subjetivo.

HIGINIO:

No me vengas con pa-abritas nuevas, que tú siempre has hablado como habla todo el mundo. Esteban, a esa mujer no la respetó nunca nadie porque ella no se dio a respetar. Porque una mujer puede tener cualquier percance y meter la pata, pero si es una mujer decente ¡claro! una mujer decente no mete la pata, pero bueno, si es una mujer decente . . .

DIEGO:

En eso tío tiene razón.

HIGINIO:

Tú llevas mucho tiempo en La Habana. Si supieras todo lo que ha corrido.

ESTEBAN:

¿Y no está trabajando?

HIGINIO:

Se lo encuentro muy bien. Pero que trabaje y ya. (*Hace un gesto como de lavarse las manos*). Además, no sé por qué me meto en esto, a mí ni me va ni me viene.

(*Entra Laura*).

HIGINIO

¿Cómo amaneció?

LAURA:

Parece que está más tranquilo. ¿Y por allá?

HIGINIO:

Adela se siente mal. (*Un suspiro*). ¡Ay, caray! Voy a verlo.

LAURA:

¿Para qué vas a entrar al cuarto si sabes que te afecta?

HIGINIO:

Si fuera a evitar todo lo que me afecta. (*Sale*).

LAURA:

Ven con él, Diego.

(*Diego sale. Laura se sienta junto a la mesa y apoya la cabeza en los brazos*).

ESTEBAN:

¿Te sientes mal?

LAURA:

Me duele un poco la cabeza.

ESTEBAN:

Tómate una pastilla.

LAURA:

No me hacen nada.

(Se oye una voz de mujer que llama: Ricardito. Esteban salta).

ESTEBAN:

¿Qué fue?

LAURA:

Ahí, en la casa de al lado.

ESTEBAN:

Me pareció en el cuarto.

LAURA:

No, es la vecina. Esta noche te acuestas, te tomas una pastilla y te vas a dormir a casa de Diego.

ESTEBAN:

(Burlándose). Las pastillas no hacen nada.

LAURA:

En casa de Diego nadie te molesta. Si lo hubieras hecho anoche hubieras dormido de lo más bien. Tienes que dormir.

ESTEBAN:

Todos tenemos que dormir.

LAURA:

Podemos turnarnos. Yo anoche dormí un ratito. Esto puede durar... ¡ni el médico sabe!

ESTEBAN:

No puedo, me parece que si me voy...

LAURA:

Ya no podemos hacer nada.

ESTEBAN:

Eso es lo que me duele, estar ahí viendo cómo sufre... y... ¿No hay una inyección?

LAURA:

El médico no quiere.

ESTEBAN:

Se inventan cosas, tantas cosas y ¡total!

LAURA:

Y hablando.

ESTEBAN:

No para de hablar.

LAURA:

Ya tiene la voz más débil. ¿Tú oíste anoche cómo llamaba a abuela?

ESTEBAN:

¿Y cuál era el otro nombre que decía?

LAURA:

Francisco. ¿Te acuerdas? Aquel amigo que tenía una bodeguita.

ESTEBAN:

¿Qué tiempo hace que murió abuela? Como veinte años lo menos.

LAURA:

Y más también.

ESTEBAN:

Yo no sabía que costaba tanto trabajo morirse. Y pensar que no he podido hablar con él, que no sabe siquiera que estoy aquí. Me paso el tiempo mirándolo, mirándole los ojos. ¿Tú sabes, Laura?, a veces me parece que me reconoce.

LAURA:

Aunque el médico dice que no... Ayer yo estaba sola con él, Mamá había salido a tomarse un plato de sopa... Le agarré la mano y abrió los ojos...

ESTEBAN:

Yo creo que hay momentos en que se da cuenta de todo. Le busco los ojos y le digo, soy yo, Papá, Esteban, y de momento, me parece... Pero entonces empieza a reírse. ¡No puedo soportar cuando se ríe! Es terrible pensar que está muriéndose y se ríe. No me importa que hable, que delire, que diga y diga... Pero ¡esa risa!

LAURA:

No hables de eso.

ESTEBAN:

Es que, tú sabes, dice cosas que...

LAURA:

Los que agonizan siempre hablan y uno...

ESTEBAN:

Si, pero anoche decía: las cuatro, las cuatro, las cuatro...

LAURA:

Me lo contó Mamá.

ESTEBAN:

Yo le dije a la vieja, está disparatando, el médico lo ha dicho, que ya no razona. Pero Mamá me dijo: ¿Y por qué llama a su madre?, ¿y por qué todos los que nombra están muertos?

LAURA:

Hay cosas que uno no entiende.

ESTEBAN:

Nunca había visto a nadie así. Y Diego dice que el médico le explicó que eso es natural, que hace días que perdió la razón. Mamá se asustó tanto anoche cuando lo oyó preguntando la hora. Preguntaba ¿qué hora es? ¿Ya son las cuatro?

¿Qué hora es? Y volvía y volvía a preguntar. Miraba al techo y decía, mira, mira qué lindo y los ojos seguían algo que se movía en el techo. Me ericé, no pude evitarlo y miré también al techo, buscando, tratando de ver, casi con miedo de ver algo. ¿Tú crees que yo iba a poder dormir? Me he pasado la noche ahí, mirando el reloj, vigi'ando, mirando cada cinco minutos, muerto de miedo pensando que llegaran las cuatro.

LAURA:

Y ya ves.

ESTEBAN:

Estaba temblando, tratando de que Mamá no se diera cuenta que yo miraba el reloj. Y la miraba a ella y sabía que estaba pensando lo mismo, que los dos... Y las horas, tan largas, tan largas... Uno vive tranquilo diciendo dos y dos son cuatro, esto es así y así.

LAURA:

Tú siempre has negado que haya algo...

ESTEBAN:

No soy religioso, no creo en Dios.

LAURA:

No digas barbaridades. ¡Dios te perdone!

ESTEBAN:

No puedo creer que haya alguien allá arriba que para llevarse a un hombre lo haga sufrir tanto.

LAURA:

Cállate.

ESTEBAN:

¿Por qué tiene que sufrir tanto? Luchar tanto, con esa fuerza. ¡Qué trabajo le cuesta a un

hombre morirse! Todos estos días, vómitos, orine, mierda, peste, sábanas sucias, alcohol. Y se nota la fuerza, la voluntad de vencer. En medio de toda esa peste, de la suciedad, los gritos, la risa, quiere vivir, se ve que quiere vivir. ¡Está tan flaco! Me da vergüenza verlo desnudo, no sé, es mi padre, y no me parece que está bien, no sólo porque está flaco, es que está desvalido, es que ya no es un hombre y . . . siempre fue . . . le daba tanto orgullo saberse . . . un hombre, hablaba con tanto placer de las mujeres. Me da tanta pena. Y tengo que hacerlo. ¿Quién lo va a hacer? El pobre Diego no puede, se acha a llorar cada vez que le dan las convulsiones.

LAURA:

Diego siempre ha sido muy poca cosa.

ESTEBAN:

Y Mamá no quiere separarse de él, ni un momento. ¡Cómo ha trabajado, Laura! ¿Cuántos años ha estado trabajando en el ingenio? Como cincuenta años. ¿Y por qué tiene Dios que hacerlo sufrir ahora? Que se muera ¡y ya!

LAURA:

No hables más, Esteban.

ESTEBAN:

¿Y qué voy a hacer? ¿Pensar? Estarme callado pensando y pensando y pensando. Pensando que un hombre trabaja y tiene hijos y trabaja y cría un canario y un día ¡pas! viene el médico y te dice que no hay esperanzas. Pues yo tengo esperanzas, yo necesito tener esperanzas. Yo necesito hablarle, que me vea, que me oiga.

LAURA:

Cállate, viejo, cállate.

ESTEBAN:

A veces los he mirado, sí, a Mamá y a él. Me he dicho: están viejos, un día se van a morir, acos-túmbrate a la idea. Es lógico, todo se acaba. De qué vale haber sido lógico cuando un hombre está gritando en una cama y llamando a sus amigos muertos.

LAURA:

¡Ay, Dios mío!

ESTEBAN:

Y tú por lo menos tienes fe. Piensas que lo vas a ver otra vez, que lo vas a encontrar otra vez. Pero yo no creo, no, yo no creo, yo siempre he dicho que no creo.

LAURA:

Cállate, te va a oír Mamá.

ESTEBAN:

He estado ahí, esperando que dieran las cuatro. ¿Te das cuenta? Esperando, esperando . . .

(Esteban se cubre la cara con las manos. Laura lo abraza. Se quedan tensos, en la misma posición. Laura mira hacia el cuarto, Esteban se quita las manos de la cara. Parece como si hubieran oído algo. Silencio. Esteban se deshace del abrazo y camina hacia el cuarto. Laura lo sigue. Silencio. La escena vacía. Se oye la voz de una vecina)

VECINA:

Ricardito, levántate muchacho, vamos. Lávate la cara y ve a buscar el pan. Ricardito. ¿Tú me estás oyendo? Tienes que desayunarte que se te

hace tarde; este muchacho va a acabar con mi vida. No te creas que vas a quedarte mataperreando por ahí, vas a ir a la escuela de todos modos, aunque sea tarde. Ricardito, voy a sacarte de la cama a trompones. ¡Dios mío, qué muchacho!

(TELON LENTO).

SEGUNDO ACTO

La madrugada del día siguiente. Hay sillas de tijera en el corredor que demuestran que hubo grupos conversando; en una de ellas está sentado Esteban. Diego viene del interior de la casa. Dalia está frente al fogón. Laura coloca el mosquitero sobre la jaula, mientras los observa.

DALIA:

¿Queda mucha gente?

DIEGO:

Dos o tres en el portal. La noche está tan mala.

ESTEBAN:

Qué noche más larga. No sé por qué tienen que pasarse toda la noche aquí.

DALIA:

Avemaría, Esteban, son amigos ¿no? Si no vieran dirías que se han portado mal. Y eran amigos del viejo y son amigos de Diego. Y tuyos. Por cierto que Amanda no ha venido y cuando se murió la madre nosotros estuvimos allá hasta que aclaró. (*Laura sale*).

ESTEBAN:

Me molesta verlos hablando sin parar.

DALIA:

(*Dalia se acerca con un vaso de leche*). Toma, Diego.

DIEGO:

Ya te dije que no quería.

DALIA:

¿Y no me viste que la estaba preparando?
(*Esteban los mira y se aleja hacia el patio*).

DIEGO:

No tengo ganas, dame café.

DALIA:

Se acabó el café. Hemos estado repartiendo café cada media hora. ¿Por qué tomas tanto café, no ves que te...?

DIEGO:

No quiero leche, chica, no quiero.

DALIA:

Allá tú. Después no te quejes. (*Sale*).

DIEGO:

(*Va hacia donde está Esteban*). Ay, qué trajín con la leche y la alimentación y las boberías. ¿Saludaste a Isidro? Estuvo preguntando por ti.

ESTEBAN:

Sí, ya lo aguanté durante media hora. Uno debía meterse en un cuarto y no ver a nadie.

DIEGO:

La amistad se demuestra en estos casos. Ir a una fiesta no cuesta ningún trabajo.

ESTEBAN:

Están hablando de lo mismo que hablan en las fiestas.

DIEGO:

Bueno, después de todo bastante hacen con venir; la novedad es nuestra.

ESTEBAN:

La novedad, la novedad. Hay que pensar en la novedad.

DIEGO:

No puedo pensar en otra cosa.

ESTEBAN:

¿Tú también?

DIEGO:

¿En qué voy a pensar? Estoy preocupado.

ESTEBAN:

Yo creía que no, no me atrevía a hablarte. Algunas veces me parece que me preocupo demasiado.

DIEGO:

Esto tiene que ver con todos nosotros.

ESTEBAN:

Eso mismo estaba pensando. Uno está viviendo tranquilo, casi sin preocupaciones ¡y de pronto! te empiezas a dar cuenta que . . . todo cuesta más trabajo que el diablo, hasta morirse.

DIEGO:

Y a mí, que no me faltan problemas.

ESTEBAN:

Si puedo ayudarte.

DIEGO:

En estas cosas sólo se cuenta con la familia.

ESTEBAN:

Es verdad. Yo también he ido a velorios y me he portado igual que como se están portando ellos, sin darme cuenta, sin entender. Ahora me tocó mi turno. Uno se siente tan solo. No sé, tú tienes hijos, es distinto.

DIEGO:

Eso no hace más que complicar la cosa.

ESTEBAN:

No, no lo creas.

DIEGO:

Es que los muchachos gastan mucho.

ESTEBAN:

Yo me siento inútil. Te veo con los muchachos y me doy cuenta que soy inútil. El mismo Papá . . .

DIEGO:

Por lo menos al Viejo no le ha faltado nada.

ESTEBAN:

Tal vez eso no importa, Diego.

DIEGO:

¿Cómo no va a importar?

ESTEBAN:

No, no, estoy seguro de que no importa. Te lo digo yo que he estado ahí, mirándolo día tras día. ¿Y qué importaba todo lo que habíamos hecho? En ese momento daba lo mismo. Le agarré la mano y se la apreté, para ver si podía . . . si podía traspasarle ¡no sé! la presencia, el calor, la . . . Pero ya nada le llegaba, estaba solo, nosotros estábamos allí, pero él estaba solo con . . . ¡más solo que nunca!

DIEGO:

No hay que pensar en eso.

ESTEBAN:

Cuando dejé de respirar ¿viste que lo besé? Estaba pensando: ¿Por qué lo besas? Ya no es tu padre. Me sentí solo yo también, desvalido. Ahora te veo preocupado... ¡Por qué a uno le dará tanta pena hablar de estas cosas! Estaba pensando si no soñaré con él; me da miedo que pueda soñar... volver a repetir y a repetir... sería vivir muchas veces la muerte, muchas veces el mismo sueño. (Pausa) ¿A ti también... te ha hecho pensar que...?

DIEGO:

No, no era eso. Es que estás nervioso.

ESTEBAN:

No, no, no estoy nervioso. Es que uno piensa en las cosas, en la familia, y dice: si la muerte llega...

(*Entra Higinio*).

HIGINIO:

Hace más fresco aquí; en el cuarto no hay quien aguante el calor. (*Camina hasta la puerta del patio, mira el cielo*). ¡Si acabara de llover de una vez! ¿Y cómo te tratan los camaradas?

DIEGO:

¿Vas a empezar otra vez?

HIGINIO:

Mira, tengo un cuentecito para ti.

(*Diego se va molesto, Higinio se ríe*).

HIGINIO:

¿A ti se te pueden hacer cuentos?

ESTEBAN:

Si son graciosos.

HIGINIO:

Este no lo vas a encontrar muy gracioso. Pero bueno, en algo hay que pasar la noche. Es un comunista que está discutiendo con un burgués, como dicen ustedes. Y el burgués le dice que a él no le gusta el sistema porque faltan muchas cosas. Entonces el comunista empieza a explicarle y le dice: no, mira, al principio, en la construcción del socialismo faltan algunas cosas por el bloqueo y la lucha contra el imperialismo. Después, ya en el socialismo hay cosas que comprar y que comer. Y le dice el burgués: bueno ¿y en el comunismo cómo es? Y dice el otro: bueno, en el comunismo hay de todo igual que antes. (*Higinio se ríe con muchas ganas. Esteban ríe moderadamente*). Tanta cosa para volver a lo mismo.

ESTEBAN:

No es lo mismo, hay de todo y para todos.

HIGINIO:

¡Sí, ya lo creo! Siempre me ha extrañado que tú, un muchacho con una carrera, inteligente, se haya adaptado a esto.

ESTEBAN:

Yo creo que es por eso, tío, precisamente.

HIGINIO:

Con lo que sabes podrías vivir en cualquier parte del mundo y seguramente ganarías más y tendrías de todo.

ESTEBAN:

Me gusta esto.

HIGINIO:

Siempre fuiste raro ¡hasta tu padre lo decía! Bien, allá tú, yo me voy. Adela y yo estamos arreglando los papeles.

ESTEBAN:

No debías irte.

HIGINIO:

¿A qué voy a esperar? ¿A que me nacionalicen la bodega? Aquí no hay campo para los negocios. Los hermanos de Adela están allá, viven allá desde hace años.

ESTEBAN:

Yo no creo que una persona de tu edad deba irse. Allí vas a ser un extraño.

HIGINIO:

Allí podré comprar lo que se me antoje sin tener que esperar por una tarjeta. No voy a quedarme aquí, amargado, como todo el mundo, protestando. En este pueblo nadie está con esto. Averigua. Nadie.

ESTEBAN:

Pero, tío, Isidro me dijo que hay como 400 milicianos.

HIGINIO:

Sí, mira a ver quiénes son. ¿Tú crees que la gente decente se va a meter en eso? La chusma y la negrería.

ESTEBAN:

Eso se llama pueblo. Somos nosotros. (*Se ríe*).

HIGINIO:

Serán ustedes, yo no.

ESTEBAN:

Pero si somos una familia de obreros, tío. Diego es un obrero. Laura trabaja en el correo. Papá fue un obrero toda su vida.

HIGINIO:

Y por eso murió sin un centavo. Le presté dinero para que pusiera un negocio. ¿Y qué hizo? Fiar, fiarle a los amigos y perderlo todo, perderlo todo y seguir toda su vida siendo un obrero muerto de hambre ¡que Dios me perdone! Yo no, uno se traza una línea en la vida y la sigue, ahí. ¿Por aquí quiero ir? Por aquí voy, sin contemplaciones. Y no digo yo si triunfas, no hace falta el socialismo ni ocho cuartos.

ESTEBAN:

¿Y si la línea que uno se traza es para todos?

HIGINIO:

Eso no funciona, Esteban, te lo digo yo. No tienes más que ver la gente que está metida en eso.

ESTEBAN:

Laura es miliciana.

HIGINIO:

Vergüenza debiera darle. Yo quisiera que tú las vieras, las mujeres, con esos pantalones, marchando por la calle. ¿Dónde se ha visto eso? Con los negros, hablando con los negros en la calle.

ESTEBAN:

Cualquiera que te oye se cree que tú eres de la aristocracia.

HIGINIO:

De la aristocracia no, pero me sé dar mi lugar.

ESTEBAN:

(*Impaciente*). ¡Ay tío! ¿qué lugar?

HIGINIO:

El que me he ganado con mi trabajo, el que mi posición me permite tener. Porque no me vas a venir a decir que todos somos iguales.

ESTEBAN:

¿Y tú no eres de los que siempre están hablando del alma?

HIGINIO:

¿Y qué tiene que ver el alma con esto? Ustedes son los que niegan el espíritu, no yo. Y eso no se lo puedo perdonar.

ESTEBAN:

Lo que no le puedes perdonar es que te hayan puesto en tu lugar, en tu verdadero lugar.

HIGINIO:

(*Molesto*). No, lo que yo no perdono es que me quieran dirigir mi vida y decirme lo que tengo que creer y lo que no tengo que creer. (*Pausa*). Tú sabes que Adela y yo hemos creído siempre en el espiritismo, porque hemos tenido pruebas. Ahora mismo, ¿sabes por qué salí del cuarto? Y no quería contártelo porque sé que contigo no se puede hablar de estas cosas. Pero te lo cuento. Y si lo crees, bien... Estaba sentado en el cuarto con tu madre y la puerta que da al segundo cuarto estaba entornada. Hay pruebas que no se pueden negar. La puerta se abrió sola ¡y no había viento! Se abrió sola y vi una sombra... no puedo decir que era una sombra... era... ¡una impresión! vi que entraba en el cuarto y llegaba hasta donde estaba tu

madre, llorando. Yo no sé qué pasó, pero tu madre que estaba llorando se tranquilizó y casi se quedó dormida. Claro, esto se lo cuento a uno de ustedes y se ríen. Pero ten en cuenta siempre, que hay algo más que las cosas materiales.

ESTEBAN:

Pero tú siempre has estado preocupado por las cosas materiales, como tú dices. Ahora vienes y hablas de Papá, del espíritu de Papá que entra en el cuarto... ¿Apego a las cosas materiales? Tú nunca has hablado de otra cosa: de lo que tienes, de lo que no tienes, de lo que vendes, de lo que compras. ¿A santo de qué viene toda esta preocupación por la otra vida?

HIGINIO:

Adela y yo siempre hemos sido espiritistas.

ESTEBAN:

Sí, para ir y preguntar si te convenía un negocio, para poner un vaso de agua cuando bajaba la venta, para tomar remedios para las úlceras que te salían de pelear y protestar en la bodega.

HIGINIO:

Se ve que te tienen bien adoctrinado.

ESTEBAN:

Lo que pasa es que veo las cosas como son.

HIGINIO:

Como te conviene. Porque tu padre se sacrificó mucho para que estudiaras y tuvieras un título. ¿Y qué hiciste? Quedarte en La Habana y dejarlo aquí, sin ocuparte de él, como si fuera un perro.

ESTEBAN:

¡No! Tú te has pasado la vida llorando miseria porque tenías miedo que Papá te pidiera prestado.

HIGINIO:

Es muy cómodo hablar de sacrificarse por todos, ¿qué has hecho tú? Yo protestaba, pero cuando tenía un apuro de dinero el que lo resolvía era yo, porque estaba aquí.

ESTEBAN:

Pues no hace falta que nadie le resuelva los problemas a nadie. Que cada cual gane para resolver sus problemas. Pero eso es lo que te molesta, que ya nadie va a buscarte para que le resuelvas los problemas, que ahora eres uno más, igual que todos, igual que Diego, que Papá, que cualquier negro que trabaja.

HIGINIO:

Y por eso me voy. Para un país donde un negro es un negro y una puta es una puta.

ESTEBAN:

¿Te molestan mucho los negros, tío?

HIGINIO:

Sí, me molesta verlos metidos en todas partes.

ESTEBAN:

¿Y qué más te molesta, tío? ¿Las putas? ¿los pordioseros? Te molestan pero les sacas el "kilo".

(*Entra Laura, llorando histéricamente. Diego la sigue*).

DIEGO:

No puedes descontrolarte así.

LAURA:

Déjame, déjame.

DIEGO:

Tienes que pensar en Mamá. (*Esteban la abraza*).

LAURA:

La vida es una mierda, una mierda.

DIEGO:

¿Quieres que llame a Dalia para que te haga un poco de tilo?

LAURA:

Vete con tu tilo y no me fastidies más.

HIGINIO:

Laura, ya tú no eres una chiquilla.

(*Esteban les hace señas para que se vayan. Diego e Higinio salen*).

LAURA:

Lo único que quisiera es estar muerta, muerta y enterrada, con dos varas de tierra encima, para no pensar, para no pensar.

ESTEBAN:

Cálmate.

LAURA:

¿Qué sabes tú? Cálmate, cálmate. ¿Cómo puedo calmarme con 40 años y la vida hecha trizas? Qué humillación. Cobarde, ese hombre no es un hombre, no es nada, nada. Y yo que pensaba que todo iba a cambiar. ¡Pobre Papá! Yo pensaba que ahora todo iba a cambiar. Hay que ser muy poca cosa para venir y decirme ahora que no, que no, que están los hijos, que los hijos están grandes, que ya no puede ser. Hemos estado seis años escondiéndonos, haciéndonos señas, mirándonos de lejos, como muchachos, jugando a los amores imposibles.

Imposibles porque no había amor, por eso. ¿Qué nombre, qué nombre tiene una mujer que está esperando que se muera su padre para casarse con el querido?

ESTEBAN:

(Dulcemente). Vamos, vamos.

LAURA:

Ahí está el viejo, de pronto me he quedado sin padre, y yo... yo estoy todo el tiempo pensando en otra cosa. Y ahí está. Ya no lo veré más, todas las preocupaciones, el ir y venir y preguntar y pensar... ¿y qué? Ya está muerto, ahora...

DALIA:

(Entrando). ¿Te sientes mal?

ESTEBAN:

No es nada.

DALIA:

Diego me dijo que...

LAURA:

Ya se me pasó.

DALIA:

¿No quieres tilo?

LAURA:

No, no te preocupes.

DALIA:

Las González se van; tienen miedo que las coja el agua, y quieren despedirse de ti. ¿Les digo que vengan?

ESTEBAN:

Dalia, ¿por qué no les dices que Laura se acostó? Diles que se tomó una pastilla y se acostó.

DALIA:

Pero es que han estado toda la noche, me da pena.

ESTEBAN:

¡Qué pena ni pena!

LAURA:

Voy y me despido un momento.

ESTEBAN:

No vayas. Diles que Laura está dormida, que lleva muchos días sin dormir y se tiró un ratico.

DALIA:

Bueno, allá ustedes, luego la gente se molesta.

ESTEBAN:

Que se molesten.

DALIA:

Sí, tú porque te vas, pero nosotros vivimos en este pueblo. (*Sale*).

LAURA:

Aquí vivimos siempre así, Esteban. Siempre pensando en los otros, en lo que dirán, en lo que pensarán.

ESTEBAN:

¡Hasta cuándo!

LAURA:

Yo he vivido así toda mi vida. A veces pienso que yo he vivido, no sé, de acuerdo con Papá, de acuerdo con Diego. ¿Y qué he sacado? Diego se opuso cuando tuve el primer novio. ¿Te acuerdas? Ni siquiera tú me defendiste.

ESTEBAN:

¿Qué iba a hacer? Yo...

LAURA:

No importa, éramos muchachos. ¿Qué ibas a poder hacer tú? Diego también era un muchacho, pero le dijo tantas cosas a Papá que . . . Papá creyó que tenía razón.

ESTEBAN:

Nadie tiene razón para meterse en la vida de nadie.

LAURA:

Me siguieron, me encerraron, me vigilaron. Y yo estaba tan enamorada. Lo pisotearon todo: las cartas, los retratos. Pero yo era muy chiquilla y él era un borracho, eso dijeron. ¿Tú te acuerdas de Enrique, Esteban? Enrique tomaba como tomaban todos los muchachos, como Diego, como tú. Tú también tomabas. Algunas veces.

ESTEBAN:

¿Qué íbamos a hacer? Pararse en las esquinas y tomar cerveza, no había otra cosa que hacer.

LAURA:

Después del accidente en el ingenio, cuando lo trajeron carbonizado, todo el mundo dijo que era un muchacho simpático y trabajador. En el ingenio pusieron una placa con los nombres de los cuatro obreros, que murieron en el accidente. ¿Tú no la has visto? Dice: en recuerdo de los que murieron trabajando. Y allí está el nombre de Enrique. Es muy fácil, después de muerto. Si me muero mañana ¿qué van a hacer? Ponerme una placa que diga: Señorita Laura Gutiérrez. No, señorita no, ahora pondrán compañera. ¡Muy lindo! Pero si

mañana descubren que vivo con un hombre casado seguro que me botan del trabajo. (*Sonríe*). ¿Y a Agustín? ¿Lo botarán también? Hay días que tengo ganas de pararme en el parque y empezar a gritar. Yo no puedo seguir así, escondiéndome, sintiéndome... uno se siente que lo que hace es sucio cuando se hace escondido.

ESTEBAN:

No seas boba, Laura, todos tenemos dudas... todos...

LAURA:

Tú te fuiste. ¡Yo me quedé sola tantos años! Conseguí un retrato de Enrique y lo escondí, escondida me senté en el parque, en el banco donde nos sentábamos... Dejé de mirar el retrato y un día no lo encontré, debo haberlo botado sin darme cuenta, con otros papeles. Los recuerdos se gastan. (*Laura camina hacia la puerta del patio, mira. Pausa*). Y de pronto un día ¡sin saber cómo! viene alguien y te recuerda todas las cosas. Vuelves a mirar las palmas... a sentir el aire. Te miras en el espejo. (*Hace un gesto de desaliento*). ¿Tú conoces a Agustín?

ESTEBAN:

¿Quién es?

LAURA:

Es telegrafista, trabaja conmigo en el correo. Cuando salíamos caminábamos dos o tres cuadras juntos. Y un día ¡qué extraño! un día caminando por la acera del parque me dí cuenta que me sentía igual. No es que me recordara a Enrique, no

se parece en nada a Enrique. Pero yo sí, yo me sentía igual que cuando caminaba con Enrique. Entonces empezamos a escondernos, a buscar calles por donde no vivieran conocidos. (*Se ríe*). ¡Muy difícil! A agarrarnos las manos detrás de un árbol. Ya yo estaba casi en los 30. Y no creas lo que dicen, a los 30 una mujer soltera se pasa muchas noches sin dormir. Habíamos hablado de que se divorciara, de separarse . . . pero tú sabes cómo son las cosas. Tú sabes cómo era Papá conmigo. Yo era quien tenía que hacer el café, porque . . . ¡le gustaba como yo lo hacía! Yo limpiaba el canario . . . decía que yo tenía que limpiar la jaula. Yo esperaba que algo pasara un día, para no tener que vivir escondida, con miedo. ¿Estaba esperando que Papá se muriera? ¿Era eso lo que estaba esperando?

ESTEBAN:

No empieces a echarte las culpas. (*Hay un silencio*).

LAURA:

Me da pena haberte contado todo esto. Uno empieza a hablar y . . .

ESTEBAN:

¿Qué pasó ahora?

LAURA:

Nos quedamos solos en la sala, ya casi todo el mundo se había ido, como parecía que iba a llover. Le dije que tal vez ahora, que me importaría un comino lo que pensara Diego. Los demás también me importan un comino. Se lo dije, que yo no po-

día seguir así, escondiéndome. Entonces empezó a hablar de los hijos, de las dificultades de mantener dos casas, del sueldo, los gastos, la comida . . . Me dí cuenta . . . No he sido más que la querida de un hombre casado que se aburría de la rutina. Pero yo también me he convertido en rutina, en costumbre.

ESTEBAN:

Es triste, pero todo se convierte en costumbre.

LAURA:

Nos veíamos cada quince días. Agustín había inventado un papeleo con la oficina provincial. Yo inventaba cualquier cosa. Así estábamos . . . dos veces al mes. Ahora se acabó esa costumbre. ¿Qué hago ahora? ¿Aspirar a presidenta de la Federación de M. C.? Ahora me río . . . Dentro de diez años ¡para qué hablar! Y tú, buena cosa eres, dí algo.

ESTEBAN:

¿Qué quieres que te diga?

LAURA:

Dime que no soy vieja, que todavía luzco bien, que puedo encontrar alguien que se enamore de mí, que se case conmigo.

ESTEBAN:

Los franceses dicen que la vida empieza a los 40.

LAURA:

Empiezan a buscar francesas de 20 ¿no?

ESTEBAN:

Menos mal que no lo tomas en serio.

LAURA:

Eso es lo malo. Me reía con Agustín y le decía que yo era "la otra". Y él ¡claro! lo aceptó.

(*Entra Dalia, haciendo gestos de agotamiento. Se sienta*).

DALIA:

Ay, se ha ido casi todo el mundo. ¿Acabará de llover de una vez? ¿Dónde está Diego?

ESTEBAN:

Debe estar en el cuarto.

DALIA:

¿Por qué no te acuestas un rato, Laura?

LAURA:

Sí, voy a tirarme en la cama.

DALIA:

Primero ve y convence a la Vieja para que se tome un vaso de leche. Yo se lo dije, pero no me hace caso. Dice que allí, con el Viejo tendido...

ESTEBAN:

Yo voy a buscarla. (*Sale*).

DALIA:

¿Tú no sabes que Aidita ha estado toda la noche hablando con Donato? Yo te digo a ti que cuando el río suena...

LAURA:

Voy a acostarme.

DALIA:

¿Tú no crees que es un descarro? Y yo no digo que no, una mujer casada puede conversar y... ¿por qué no? hablar con un hombre, pero... ¡oye! toda la noche y sabiendo cómo es la gente.

LAURA:

Pueden ser habladurías.

DALIA:

Ella da pie para eso. ¿Tú crees que Diego me va a permitir que yo me pase la noche entera hablando con un hombre? Me muele a golpes.

DIEGO:

(Entrando). Te dejo sin un pelo.

DALIA:

¿Tú ves?

LAURA:

Pero pueden ser amigos, puede que estuvieran hablando de política.

DALIA:

Que hable delante de su marido.

(Esteban entra abrazando a Onelia, su madre).

ESTEBAN:

Ven Vieja, ahora tienes que pensar en ti y cuidarte.

ONELIA:

¿Para qué?

DALIA:

Vieja, usted tiene sus hijos. Ellos la necesitan.

ONELIA:

A mí el único que me necesitaba era él.

LAURA:

¿Por qué dices eso, Mamá?

DIEGO:

Ahora te tomas un vaso de leche y te vas a sentir mejor.

ONELIA:

¡Qué matraquilla con la leche!

DALIA:

Yo se la preparo, tibiecita, Vieja. Ahí hay un vaso que Diego no quiso, se lo caliento. (*Dalia prepara la leche*).

ONELIA:

Laura, ¿por qué no te acuestas un rato? Debes estar muerta.

LAURA:

Sí, estoy muerta.

ESTEBAN:

Acuéstate, yo te llamo dentro de una hora o dos.

DALIA:

¿Quieres un vaso de leche?

LAURA:

No, me voy a tomar una pastilla y me acuesto.

DALIA:

Yo tengo Mejoral en mi cartera. Está en tu cuarto. (*Laura sale*).

ONELIA:

Qué lucha ha llevado, la pobre.

DALIA:

Ella y usted tienen que descansar.

ONELIA:

Sí, descansar.

DALIA:

Claro, déjense de tanta limpieza y tanto trajín con la casa. Ustedes dos solas no ensucian nada.

(*Onelia se echa a llorar*).

ESTEBAN:

Vamos, vieja, vamos.

ONELIA:

Es que son 40 años, 40 años sin separarnos un solo día. Siempre ahí, juntos para aquí y para allá.

DALIA:

Está bien, le queda la tranquilidad de... de haber estado juntos. Tiene la tranquilidad de que no le ha faltado nada. Todos sus hijos han estado con él, hasta Esteban.

ONELIA:

Qué bueno que estuviste aquí, Esteban.

ESTEBAN:

¿Cómo no iba a venir, Vieja?

ONELIA:

El veía por tus ojos, Esteban. Quería a todos sus hijos, pero Esteban... ¡como te fuiste! Siempre acordándose de ti... hablando de ti...!

DALIA:

¿Viste la corona que pusimos con tu nombre?

ESTEBAN:

Sí, gracias.

DALIA:

Yo se lo dije a Diego. Lo mejor es una corona con el nombre de los tres hijos, y de la vieja. Y las rosas están muy buenas. ¿Tú crees que está mal que sean rosas blancas?

ESTEBAN:

No sé.

DALIA:

Yo creo que está bien, aunque las cajas y las rosas blancas son para los niños y...

ONELIA:

Diego, que no se te olvide coger el crucifijo de la caja, quiero guardarlo. Recuérdaselo, Dalia.

DALIA:

Sí, Vieja. Y yo voy a recoger las cintas de todas las coronas. Han mandado muchas flores. El comisionado mandó una corona y del sindicato estuvieron y preguntaron si necesitábamos algo. Además mandaron una corona también. Hay flores en toda la casa. Hemos tenido que ponerlas en la saleta y...

ONELIA:

40 años, 40 años. ¿Qué voy a hacer ahora?
(*Entra Higinio*).

HIGINIO:

Creo que me voy. Tengo que darle una vuelta a Adela. Diego, ¿ése era el mejor tendido?

DIEGO:

Sí, tío.

HIGINIO:

¿No hubiera sido mejor gris? El negro luce muy barato.

DIEGO:

Había uno gris, con muy buen forro. Pero en la funeraria me dijeron que la madera de éste era mejor y las agarraderas son de bronce.

DALIA:

Este servicio está muy bueno, fíjense que trajeron un reclinatorio y todo.

HIGINIO:

Esteban se merecía el mejor tendido y se lo dije a Diego, el mejor que haya. Ya no podemos hacer otra cosa por él.

DALIA:

La corona que mandaron con su nombre es muy bonita. Yo creo que Diego no debía pagar la de nosotros, todas las flores están deshojadas. Y le han puesto muchísimos clavelones. Y se lo advertimos al florero, dalias, dalias y rosas.

ESTEBAN:

¿Para qué se van a poner con eso ahora? ¡Da igual!

DALIA:

Uno lo paga y quiere que le manden lo mejor. Ellos no tienen derecho a cobrar por dalias y rosas y mandar clavelones. Y se lo dije, que pusieran Diego, Dalía e hijos. Y pusieron Diego y familia. Deben hacer lo que se les pide, que muy caro que lo cobran.

DIEGO:

Es lo mismo, Dalía, deja eso ya.

HIGINIO:

¿Y lo demás, ya está arreglado?

DIEGO:

Sí, los de la funeraria se encargan de todo.

HIGINIO:

¿Dónde lo van a...?

DIEGO:

En el apartado, donde está abuela.

HIGINIO:

Convendría hacer una bóveda.

DIEGO:

Eso estaba pensando, porque los restos, así en...

HIGINIO:

Si te decides, yo puedo ayudarte.

DALIA:

Si toda la familia se pone con algo . . . (*Esteban se aleja*).

HIGINIO:

Es una satisfacción saber que los restos de un familiar descansan en un lugar seco, limpio.

DIEGO:

Laura y yo estuvimos pensando que . . . (*Diego mira a la madre, se calla*).

HIGINIO:

Está bien. Que me manden la cuenta del tendido.

ESTEBAN:

No es necesario, tío, nosotros podemos pagarlo.

HIGINIO:

Ya lo sé, pero ustedes han hecho bastante.

ESTEBAN:

Yo quiero hacerlo.

HIGINIO:

Esteban se merecía el mejor tendido y se lo dije a Diego, el mejor que haya, que yo lo pago. Ahora parece como si te molestara.

ESTEBAN:

Es que nosotros somos sus hijos.

HIGINIO:

Y yo soy su hermano, es igual. Todo el tiempo se lo estuve diciendo a Diego, cualquier cosa que haga falta, avísame.

DIEGO:

No hubo necesidad.

HIGINIO:

¡Pobre Esteban! Ahora quiero ocuparme de esto.

ESTEBAN:

(*Cortante*). Ya te dije que yo me encargo.

HIGINIO:

Está bien, está bien. (*Pausa*). ¿Quién va a despedir el duelo?

DIEGO:

Hablé con el comisionado.

ESTEBAN:

¿Quién es el comisionado?

DIEGO:

Es un muchacho de Santa Clara, muy buena gente, que lo han designado aquí.

ESTEBAN:

¿Amigo tuyo?

DIEGO:

Lo conocí ahora, cuando vino por acá.

ESTEBAN:

Pero eso debe hacerlo un amigo de la familia ¿tú no crees?

DIEGO:

Es amigo nuestro.

DALIA:

Se ha interesado mucho durante toda la enfermedad.

DIEGO:

No es más que una formalidad, decir unas palabras y dar las gracias, ¿qué más?

ESTEBAN:

Sí, claro.

HIGINIO:

De todas maneras yo no creo que esté bien. Un hombre que no conoció a tu padre, un desconocido.

DIEGO:

Desconocido para ti, que no quieres hacer amistades nuevas.

DALIA:

Todo el mundo en el pueblo le ha cogido mucho cariño.

HIGINIO:

No tengo nada en contra del hombre, las opiniones políticas aparte. ¿Pero qué tiene que ver ese hombre con nosotros, si llegó ayer al pueblo, como aquel que dice?

DIEGO:

Es que nos hemos hecho grandes amigos. Es un hombre que habla muy bien.

ESTEBAN:

Para dar las gracias no hace falta hablar bien.

DIEGO:

¿Por qué se tienen que oponer a todo lo que yo hago?

HIGINIO:

Debías haber consultado eso con tus hermanos.

DIEGO:

Yo no creo que una cosa tan simple haya que estarla consultando. ¿Te molesta que el hombre sea revolucionario?

HIGINIO:

Ya te dije que esto no es asunto de política.

ESTEBAN:

Parece que Diego cree que es asunto de política.

DIEGO:

Te gusta hablar por hablar.

ESTEBAN:

No veo la razón por ninguna parte. En el pueblo hay muchos compañeros que conocieron a Papá.

DALIA:

Pero éste es el comisionado, que es una autoridad.

ESTEBAN:

¿Y eso qué tiene que ver? Este no es un asunto oficial. ¿Es que Diego se cree que eso va a ser una asamblea?

DIEGO:

Tú te crees que yo soy capaz de...

ONELIA:

¿No les da vergüenza estar discutiendo y su padre tendido en el cuarto? ¿Qué más da quien despida el duelo? ¿Eso lo va a hacer vivir? ¿Vamos a volver a lo mismo de siempre?

DIEGO:

Es que me saca de quicio.

ONELIA:

¿Ustedes no pueden estar juntos sin discutir?
(*Entra Flora*). Buenas noches. (*Silencio. Todos se alejan unos de otros*).

FLORA:

¿Luisa estuvo aquí?

ESTEBAN:

¿Quién es Luisa?

FLORA:

La muchacha de la beca.

ESTEBAN:

¿Estuvo, Diego?

DIEGO:

No sé, no la he visto.

FLORA:

No tomaron en cuenta su planilla. Cuando se enteró salió de su casa y...

DALIA:

¿Qué tenía que hacer aquí?

FLORA:

(A Diego). Pensé que había venido a decirte cuatro verdades.

DIEGO:

¿A santo de qué? Ya te dije que no soy el responsable.

FLORA:

Se enteró de que tú no habías ido a la reunión.

DIEGO:

¿Cómo iba a ir a la reunión con mi padre tendido?

FLORA:

Pero supiste muy bien hablar con Ramón y decirle que te oponías, que constara que tú te oponías.

DIEGO:

Y me opongo, chica, me opongo. Para que lo sepas de una vez, me opongo a que a una sinvergüenza como ésa se le conceda una beca.

FLORA:

¿Y con qué derecho, que tú te crees, que eres Dios?

HIGINIO:

Oígame, señora, respete la novedad que hay en esta casa.

FLORA:

(A la madre). Usted perdone, pero esto no se puede dejar para luego. Esa muchacha es capaz de cometer una barbaridad.

DALIA:

Ella misma se lo buscó.

FLORA:

No, no; se lo han buscado ustedes con sus habladurías, con sus lenguas sucias.

DIEGO:

Flora, ya te hemos aguantado bastante, mira que tú no puedes hablar.

FLORA:

Yo puedo pararme donde quiera y decir lo que me dé la gana.

DALIA:

Pero en esta casa no, donde se está velando un familiar.

ESTEBAN:

Flora, éste no es el momento.

FLORA:

Sí, este es el momento. Hay que decirle que él no es nadie, nadie, que no puede...

DIEGO:

Yo tengo una casa decente, ¿oíste?, tengo hijos y una esposa y no voy a permitir que una mujer como tú se crea que puede decidir las cosas de este pueblo. Pero la culpa la tenemos nosotros que te

hemos dado mucha ala y hemos permitido que estés metida en todas partes.

FLORA:

¿Y por qué no puedo estar metida en todas partes?

DIEGO:

No me hagas hablar.

FLORA:

¿No trabajo? ¿No cumplo?

DIEGO:

Pero eres una cualquiera.

FLORA:

Sigue, sigue . . .

DIEGO:

Y has vivido con todos los hombres de aquí, con todos.

FLORA:

Empezando por ti.

DALIA:

Diego, no la dejes hablar.

FLORA:

Sí, empezando por ti. ¿Vas a llenarte la boca para decir que tú fuiste el primero?

DALIA:

Que no hable. No la dejes.

FLORA:

Claro que me va a dejar hablar.

DIEGO:

Cállate.

FLORA:

Tú no tienes moral para callarme.

DIEGO.

Que te calles.

FLORA:

Yo tenía 17 años...

DALIA:

Diego, no la dejes.

FLORA:

Y me llevaste a la trastienda de la bodega, a revolcarte conmigo.

DALIA:

No la dejes, no la dejes.

HIGINIO:

¿Y usted lo cuenta sin que le dé vergüenza?

FLORA:

Sin vergüenza ninguna, porque lo hice sin vergüenza ninguna. Yo estaba enamorada, le hubiera creído cualquier cosa que dijera. Y dijo que iba a casarse conmigo. ¿Te acuerdas?

DIEGO:

Y quise casarme contigo.

FLORA:

Después. Cuando yo fui llorando y te dije que estaba en estado. Yo digo antes, antes... cuando tú decías que lo que sentías conmigo no lo sentías con nadie.

DALIA:

Una mujer decente no cuenta esas cosas.

FLORA:

En este pueblo no hay nadie que crea que yo soy una mujer decente. Y yo sí soy, yo era, siempre, siempre fui, porque lo que yo sentía contigo lo sen-

tía por primera vez ¡y de verdad lo sentía! después que me dejaste, después que nació el niño, nadie, ¡ni mi padre! volvió a pensar que yo era decente.

ONELIA:

El quiso casarse contigo, Flora. Nosotros le dijimos que tenía que casarse contigo.

FLORA:

Una limosna, Vieja. Yo no quería limosna.

HIGINIO:

¿Por qué dice limosna si iba a reconocer a su hijo?

FLORA:

Porque era eso, una limosna. Vino y dijo que podíamos casarnos ¡claro que lo dijo! cómo no voy a acordarme.

HIGINIO:

¿Qué más quería?

FLORA:

Que me quisiera. Eso es lo que quería. Vino y dijo que podíamos casarnos y divorciarnos después, cuando naciera el niño.

HIGINIO:

Eso hubiera callado los comentarios, nadie se hubiera enterado de su mal paso.

(*Entra Laura*).

FLORA:

¿Y a mí qué me importaban los comentarios? Yo quería pararme en una esquina y gritárselo a todo el mundo. ¿Ustedes no se han enamorado nunca?

HIGINIO:

Usted misma se lo buscó.

DIEGO:

Yo hice lo más indicado, lo correcto.

DALIA:

Una mujer tiene que saber darse su lugar.

ESTEBAN:

¡Cállense! Parecen Damas Católicas.

FLORA:

... ¿Tú entiendes, Esteban? ¿Te das cuenta? No se puede permitir que esta partida de mojigatos destroce la vida de una muchacha. El tiene que hablar, con Ramón, con quien sea; tenemos que exigir que le den la beca.

DIEGO:

Eso no lo voy a hacer nunca, ni aunque me maten. Eso querría decir que yo estoy de acuerdo con lo que esa muchacha ha hecho. Querría decir que yo lo apruebo en mi familia, en mi mujer, en mi hermana. No, yo no lo apruebo. Y estoy dispuesto a luchar por lo que yo creo que es decente, por lo que todo el mundo sabe que es decente.

ESTEBAN:

¿Y es decente lo que tú hiciste con ella?

DIEGO:

Yo soy un hombre, es distinto. Y así piensa todo el mundo en este pueblo ¡qué en este pueblo! en toda Cuba. La revolución no va a permitir eso.

ESTEBAN:

¡La revolución! ¿Tú crees que la revolución es un escudo?

DIEGO:

Yo sé muy bien lo que es la revolución.

ESTEBAN:

¿Qué es? ¿Un ser omnipotente con una espada de fuego? La revolución eres tú, ella (*señala a Flora*), la becada, todos nosotros, somos todos, es todo, la sequía, el bloqueo, es la vida, la vida que cambia.

FLORA:

Laura, dile que está equivocado, que no se puede ser de hierro.

LAURA:

(*Estremeciéndose*). ¿Por qué yo?

FLORA:

Tú eres mujer. Es una muchacha joven, tú la conoces.

DIEGO:

Laura no tiene que meterse en esto.

FLORA:

Laura, convéncelo. Vive al lado del correo, tú la has visto, sabes cómo es.

ESTEBAN:

Laura, contéstale.

LAURA:

(*Mira a Diego*). Yo no tengo nada que decir. Eso no es asunto mío.

FLORA:

¿Te atreverías a acusarla?

LAURA:

¿Acusarla de qué?

FLORA:

De inmoral.

(Va a llover. El viento empieza a mover los árboles, el mosquitero del canario vuela, una puerta se cierra).

LAURA:

No quiero saber nada de eso.

FLORA:

Es lo último que me faltaba por oír.

ESTEBAN:

Habla, Flora, dí lo que tienes que decir.

LAURA:

¿Qué va a decir? Ella no tiene nada que decir.

FLORA:

No. No tengo nada que decir. Lo único que puedo hacer es irme. ¡Y esperar! *(Sale)*.

(Empieza a llover).

ONELIA:

Cierren las puertas, hay que cerrar las ventanas.

(Dalia corre a cerrar las puertas, Esteban se interpone y las mantiene abiertas con las manos extendidas).

ESTEBAN:

No. Deja las puertas abiertas, que entren el agua y el viento.

DIEGO:

¿Pero qué pasa? ¿Se ha vuelto loco?

ESTEBAN:

Deja que entre el agua y nos arrastre, que nos barra o que nos limpie, pero que acabe con toda esta inmundicia. *(Se vuelve hacia el patio)*. Que entre el viento, deja que entre el agua para que acabe conmigo, para que me limpie, porque parece

que yo soy el único sucio, el único malo, el único cojo. Que entre el viento y el agua, que la familia de Noé se salvará en el arca. (*Huye hacia el patio y se pierde entre los árboles*).

TELON.

TERCER ACTO

La tarde de ese mismo día.

Laura está en escena. Diego entra seguido por Higinio. Los dos visten de saco y corbata. Diego se quita el saco y se afloja la corbata.

DIEGO:

¿Dónde está Esteban?

LAURA:

¿No vino con ustedes?

DIEGO:

¿Pero Esteban está loco? ¿Dónde se ha metido?

LAURA:

¿Qué pasó?

HIGINIO:

Deja eso, Diego, ya pasó.

DIEGO:

No, esto tengo que aclararlo. El no puede venir y comportarse como un muchacho y hacerme quedar mal delante de mis amigos, en el pueblo. Ahora se vuelve a ir, como siempre, y uno es el que se queda aquí y pasa la pena. Es una irresponsabilidad.

LAURA:

¿Pero qué ha pasado, Diego?

DIEGO:

Y lo que más me duele es que deja que el hombre empiece, lo deja que hable y hable y...

HIGINIO:

Yo creí que iba a matarlo.

DIEGO:

Hecho una fiera ¡y sin motivo! porque el hombre estaba hablando muy bien, casi repitiendo lo que yo le había dicho. No, está loco, tiene que estar loco. ¿Tú sabes lo que es interrumpir al comisionado mientras despedía el duelo? Y ahora se pierde.;

HIGINIO:

Vendrá a pie.

LAURA:

El quería hablar con Luisa, la muchacha de la beca.

DIEGO:

¿Tú crees que haya ido a verla? El es capaz. No sé qué le importan estos asuntos. ¿No vive en La Habana? Pues que se esté tranquilo, que venga un día y se esté tranquilo. Pero no puede estarse tranquilo. (*Pausa*). ¿Dónde está Dalia?

LAURA:

En el cuarto, con Adela y Mamá.

HIGINIO:

¿Vino Adela?

LAURA:

Sí, después que salió el entierro. Dice que quería estar un rato con Mamá.

HIGINIO:

No debía haber venido. Tú sabes cómo le afectan estas cosas. (*Se toca el corazón*).

LAURA:

Por eso esperó a que saliera el entierro.

HIGINIO:

Se lo dije, que no viniera, pero se empeña.

LAURA:

Déjala, tío, ya está aquí.

HIGINIO:

Después empieza a quejarse. Voy a llevarla para casa. (*A Diego*). ¿Tú te vas?

DIEGO:

Sí, díselo a Dalia. (*Higinio sale*). ¡Qué calor! Dame un poco de agua.

LAURA:

¿Llevaron la caja en hombros? (*Dándole un vaso de agua*).

DIEGO:

Hasta la salida del pueblo. Nos turnamos. Se turnaron la gente del sindicato y los amigos del viejo. Esteban y yo lo llevamos todo el tiempo. Tío se empeñó en cargarlo un rato, pero no lo dejamos. Pesaba mucho y él está muy viejo. (*Entra Dalia*).

DALIA:

No los sentí llegar.

DIEGO:

Entramos por la puerta del patio.

DALIA:

¿Había mucha gente, verdad?

DIEGO:

Todo el pueblo. Y a ese comemierda se le ocurre armar el escándalo.

DALIA:

¿Qué pasó?

DIEGO:

Nada, chica, Esteban, interrumpió al comisionado. Lo interrumpió y lo desmintió, allí, delante de todo el mundo.

DALIA:

¿Mientras despedía el duelo?

DIEGO:

Se paró al lado de él y le dijo que se callara. Ojalá me hubiera tragado la tierra. ¿Qué le pasa a Esteban?

LAURA:

¿Qué vas a hacer?

DIEGO:

Cantarle las cuarenta. ¡Y que se vaya! Que se vaya y no vuelva. Si no le gusta el pueblo, allá él, nadie le pide que venga. Que se vaya cuanto antes y nos deje tranquilos. Nosotros vivimos así porque nos gusta vivir así.

LAURA:

Piensa en Mamá.

DIEGO:

Pero él nos vira al revés, todo lo ve distinto. Hablo con él y no sé nunca de qué está hablando.
(*Entra Higinio*).

HIGINIO:

Vámonos, Diego; Adela no se siente bien y es mejor que la lleve para casa. Yo puedo dejarlos allí, me es camino.

DIEGO:

Deja, tío, si no son más que cuatro cuadrás.

DALIA:

Vamos a aprovechar, Diego; quiero ver cómo andan los muchachos. Y me da pena salir sin un vestido de luto. (*Entra Onelia. Diego la besa.*)

DIEGO:

Ahora a descansar y a pensar en otra cosa. ¿Quieres pasarte unos días en casa?

ONELIA:

No, viejo, yo no salgo de aquí.

DIEGO:

Mañana te traigo los muchachos, están preguntando por ti.

ONELIA:

¡Pobrecitos! No les digas nada, son muy chiquitos.

LAURA:

Siéntate, Mamá.

ONELIA:

¿Y Esteban?
(*Nadie contesta.*)

LAURA:

Parece que se demoró hablando con alguien.

ONELIA:

Pobre muchacho. Ahí, noche tras noche sin dormir.

HIGINIO:

¿Nos vamos, Diego? Adela está esperando en la máquina.

DIEGO:

Vengo dentro de un rato, Vieja. Voy hasta la casa con Dalia y vuelvo.

ONELIA:

No te preocupes, yo estoy bien.

DALIA:

El viene un ratico, vieja, para estar con Ud. (A Laura). Y hazle una buena sopa, en el refrigerador hay caldo de ayer. Hasta mañana, Vieja. (La besa. Diego también. Se van. Laura y Onelia quedan en silencio un rato).

ONELIA:

¿Qué hora es?

LAURA:

Deben ser las seis.

ONELIA:

¿Nada más?

LAURA:

¿Quieres tomar algo?

ONELIA:

Más tarde. (Pausa). ¿Por qué peleaba Diego?

LAURA:

Tú sabes como es Diego.

ONELIA:

¿Está molesto con Esteban?

LAURA:

Boberías.

ONELIA:

¡Qué muchachos!

LAURA:

No hagas caso, Mamá, son majaderías.

ONELIA:

Se criaron juntos, fueron a la misma escuela . . . No sé qué les pasa . . . Esteban viene a estarse unos días y . . . ¡que cada cual piense lo que quiera!

LAURA:

Es que Diego se cree que todo es como . . .

ONELIA:

Y tú siempre defendiendo a Esteban.

LAURA:

Bastante desgracia tiene ¡el pobre!, con su pierna.

ONELIA:

Como si no hubiera otras cosas peores en la vida. Y ese antojo de vivir en La Habana, lejos de . . . ¡todo el mundo!

LAURA:

¿Qué va a hacer aquí, Mamá?

ONELIA:

Tu padre hubiera querido que viviera aquí. Mira que se lo dijo . . . Este es tu pueblo, aquí todo el mundo te conoce, aquí puedes llegar a ser alguien . . . Es como si . . . Diego se casó y se quedó a vivir aquí. No se mudó hasta que no nacieron los muchachos ¡y eso porque Dalia se antojó! Esteban siempre solo, arrinconado, como si tuviera pena hablar con la gente. Creo que se quedó en La Habana, para no tener que hablar con la gente de aquí. ¿Por qué no le hablas y le dices que pida un traslado?

LAURA:

¿Para qué, Mamá? Ya él tiene su vida hecha en La Habana.

ONELIA:

Aquí también se construyen casas. Y nosotras estamos solas, ahora nos hemos quedado solas. Fíjate qué silencio.

LAURA:

Mañana vienen los muchachos de Diego y lo alborotan todo, ya verás.

ONELIA:

Y empezarán a preguntar por el abuelo, saben mucho. ¿Qué les vamos a decir?

LAURA:

Ya inventaremos algo. (*Pausa*).

ONELIA:

¿Qué vamos a hacer con la ropa? (*Pausa corta*).

LAURA:

¿Que ropa?

ONELIA:

Cuando papá murió, mamá guardó la ropa en una caja. Y estuvo ahí años y años. Un día abrimos la caja y la ropa se deshizo, estaba toda podrida, llena de bichos. Se acabaron los recuerdos. ¿Cómo era mi padre? Ya casi no me acuerdo de cómo era papá, hay un retrato pero está amarillento. La gente de antes no se retrataba tanto.

LAURA:

¿Quieres ir para la sala? En un sillón estás más cómoda.

ONELIA:

Papá murió tranquilo. ¡Qué suerte! Le dio un ataque y se quedó como dormido. A mí me queda poco tiempo.

LAURA:

¡Ay, Mamá!

ONELIA:

¿Qué voy a hacer aquí? Cuando yo conocí a Esteban tenía mucha ropa, eran las vacas gordas.

Después... en el machadato tuvimos que venderlo todo, los anillos de compromiso, la medalla de la virgen, los dientes de oro. Ahora no tenía más que un flus, el que le regaló Diego para la boda. No hay mucho que guardar. Uno se pasa la vida trabajando y luchando ¿y después? ¡Y aunque tuviera mucha ropa! Mira Mamá, la guardó en una caja y se la comieron los bichos. ¿Qué vamos a hacer con la ropa?

(*Entra Esteban*).

ONELIA:

¿Dónde estabas, hijo?

ESTEBAN:

Por ahí, dando una vuelta. ¿Se te alivió la cabeza?

ONELIA:

Sí, ya me duele menos.

ESTEBAN:

Acuéstate un rato.

ONELIA:

Luego, más tarde. (*Pausa*). Laura ¿le cambiaste el agua al canario?

LAURA:

Sí, Mamá.

ONELIA:

¿Por qué no le pones el mosquitero?

LAURA:

Es muy temprano.

ONELIA:

¿Qué hora es, Esteban?

ESTEBAN:

No sé. Mi reloj está roto. (*Se lo lleva a la oreja, le da cuerda*). ¡Ah, no! Pero no está en hora. (*Pausa*). ¿Cada qué tiempo pasa una guagua?

ONELIA:

No pensarás irte hoy mismo.

ESTEBAN:

Sí, Vieja, tengo que trabajar mañana.

ONELIA:

Por un día más no te van a decir nada.

ESTEBAN:

Tengo un trabajo de apuro. Llevo una semana aquí. ¿Dónde están mis cosas?

ONELIA:

Quédate y descansa esta noche.

ESTEBAN:

Es mejor que me vaya, Vieja. Laura, ayúdame...

ONELIA:

Yo te arreglo la maleta. (*Se levanta*).

ESTEBAN:

No, siéntate, Laura lo hace.

ONELIA:

Laura está cansada.

LAURA:

Tú también; yo voy y recojo...

ONELIA:

Deja, no me gusta estar sin hacer nada. (*Sale*).

LAURA:

¿Adónde fuiste?

ESTEBAN:

Hablé con la muchacha. Es una niña.

LAURA:

¿No te da calor ese saco?

(*Esteban se quita el saco, se zafa la corbata*).

ESTEBAN:

¿Tú la conoces?

LAURA:

De vista.

ESTEBAN:

¿Cómo pueden juzgar a la gente sin conocerla?

LAURA:

No dije ni que sí ni que no.

ESTEBAN:

¿Y no te da pena?

LAURA:

¿Qué iba a hacer?

ESTEBAN:

Hablar.

LAURA:

No puedo, Esteban, no puedo.

ESTEBAN:

Es que yo me sentía tan orgulloso de ti. Yo creía que tú eras capaz de oponerte. Te había visto desesperada, protestando . . .

LAURA:

Eso creía yo, que ya nada me importaba.

ESTEBAN:

¿Qué puedes esperar de todo esto?

LAURA:

Que me dejen tranquila.

ESTEBAN:

¿En estas condiciones? Esto es volver a lo mismo, a esconderte, a fingir.

LAURA:

Ya no tengo que fingir, lo mío se acabó.

ESTEBAN:

¿Por eso no hablaste? (*Laura no responde*). Eso es mentira, hay otra cosa.

LAURA:

¿Qué otra cosa puede haber?

ESTEBAN:

Tú sabrás. (*Pausa*). ¿Qué te pasa?

LAURA:

Tengo miedo, sigo teniendo miedo. Me digo que no me importa, que voy a vivir como me da la gana, que no voy a preocuparme más. Y en el último momento me da miedo.

ESTEBAN:

¿Pero miedo a qué? Si ellos también tienen sus cosas: Diego, tío, todos... ¿Por qué no dijiste...?

LAURA:

No pude, me dí cuenta que está mal lo que he hecho y me dio miedo decirlo.

ESTEBAN:

¿Pero por qué?

LAURA:

Porque está mal. ¿No te das cuenta que está mal? Que estamos tratando de justificar cosas que siempre han sido mal vistas. No puede ser.

ESTEBAN:

Tiene que ser.

LAURA:

No, por algo siempre ha sido así.

ESTEBAN:

Por eso, por miedo. Porque todos hemos tenido miedo siempre. Miedo a hacer lo que más deseamos, miedo a decir lo que pensamos. Miedo siempre, a las reglas, a las leyes, a los números, a lo estricto. Yo he visto a la gente en el cine reírse cuando un hombre llora. ¿Por qué? ¿Es que los hombres no lloran nunca? Claro que lloran, no digo yo si lloran. Pero nos han metido en la cabeza que los hombres no lloran, que los hombres no lloran, que los hombres no lloran. Y lo aceptamos. Lo aceptan y viven de acuerdo con eso y tienen que esconderse para poder llorar. Miedo a romper las reglas. A romper cosas y quedarse sin nada. ¿Y qué más da que nos quedemos sin nada si lo que tenemos no sirve?

(*Entra Diego*).

DIEGO:

Vaya, apareciste. ¿Dónde estabas?

ESTEBAN:

Tomándome un trago en una bodega.

DIEGO:

¿El día del entierro de tu padre?

ESTEBAN:

No te preocupes por lo que pensará la gente. Nadie me vio.

DIEGO:

No es por la gente, es por respeto.

ESTEBAN:

Yo entiendo el respeto de otra manera.

DIEGO:

Sí, tú lo entiendes todo de otra manera.

ESTEBAN:

No importa, me voy esta noche.

DIEGO:

Es lo mejor que puedes hacer.

ESTEBAN:

Por eso lo hago; si me quedo reviento.

DIEGO:

¿Reventar de qué? ¿Qué tienes tú que decir?

LAURA:

Cállate, Diego.

DIEGO:

Es que me molesta ese tono.

ESTEBAN:

Ya te dije que me voy; vamos a no discutir.

DIEGO:

Es muy fácil. Venir a dar el «show» y luego irte. Como siempre.

(Entra Onelia).

ESTEBAN:

Ustedes son los que han hecho el show. Uds. son los que han inventado un hombre que yo no conozco, que no es papá. Uds. han inventado una historia fantástica que no tiene nada que ver con nada. ¿De dónde sacaste que papá era un hombre extraordinario?

DIEGO:

¿Y te molesta que digan que era bueno?

ESTEBAN:

Me molesta que digan mentiras. ¿Es que vamos a seguir siempre creando santos? ¿Nos vamos a pasar la vida levantando altares?

ONELIA:

Pero tu padre era un buen hombre, Esteban.

ESTEBAN:

Claro que sí, Vieja, claro que sí. Pero era un hombre lleno de defectos, como otro cualquiera, y eso era lo grande que tenía. Un hombre que trabajó mucho y gozó y sufrió. Y se equivocó mucho. ¿Cómo voy a permitir que digan que se sacrificó toda su vida por una causa social?

DIEGO:

¿Y eso es un crimen? ¿Ya te empieza a molestar la revolución?

ESTEBAN:

Es que se sacrificó por ti y por mí. Se sacrificó porque vivir es duro.

DIEGO:

Era un obrero oprimido.

ESTEBAN:

Sí, de acuerdo, era un obrero explotado. Pero no era un obrero de cartel con el brazo levantado.

DIEGO:

Pero se quedó sin trabajo en el machadato y participó en la huelga del 35.

ESTEBAN:

Todo el mundo pelea en un momento así. Eso no lo convierte en un héroe. Era un hombre como todos, bueno y malo, lleno de prejuicios y de miedos, como tú, como yo. Todos no podemos nacer héroes. ¿Y hay que avergonzarse de eso? Lo grande es poder levantarse por encima de eso.

DIEGO:

¿Qué tú pretendes, rebajar a papá?

ESTEBAN:

¿Quién dijo que quiero rebajarlo?

DIEGO:

Eso es lo que estás haciendo.

ESTEBAN:

No, estoy diciendo cómo era, cómo de verdad era, no como ese hombre lo estaba pintando.

DIEGO:

Nunca te llevaste bien con él, por eso te molesta.

ESTEBAN:

Nunca me llevé bien con él, es verdad, eso me duele. Me sentía siempre como un muchacho y no sabía de qué hablarle. Y ahora me duele. Si estuviera vivo otra vez ¡para poder hablar!

DIEGO:

Sí, pero te fuiste, te fuiste y no le hablaste.

LAURA:

¡Diego, por Dios!

DIEGO:

¿No ves que tiene remordimiento y quiere venir a echarme la culpa encima? No lo quisiste nunca, por eso te molestó el discurso.

ESTEBAN:

No, no, yo lo admiraba, pero lo admiraba por cosas que tú no entiendes. Lo admiraba porque tenía un canario y se extasiaba cuando lo oía cantar. Lo admiraba porque podía regalar el mejor mango de su mata. Lo admiraba porque era bueno, era simple, viviendo día a día, sin cansarse. Estoy orgulloso de haberlo visto morir peleando, luchando

y luchando para seguir vivo. ¿Por qué no dijo eso? Todo eso es verdad. ¿Por qué tenía que callar esa verdad para inventar una mentira llena de frases huecas? ¿Por qué me quieren cambiar a mi padre y convertírmelo en una estatua? No me gustan las estatuas. No me gustan las estatuas, ni los monumentos, ni las piedras. Yo recordaré siempre a papá llamando a su madre, antes de morir, llorando, como hacen los muchachos. Y eso me hizo dudar de todo lo que yo creía. ¿Te das cuenta? De las palabras, de las ideas, de los libros. ¿En qué mundo tú vives, Diego, tú no dudas nunca?

DIEGO:

¿Dudar de qué? ¿Por qué andas siempre hablando con misterios?

ESTEBAN:

Porque hay cosas que no entiendo. Hay cosas que no entiendo y quiero aclararme. Yo quiero saber qué pasa, por qué somos como somos, para qué vivimos. ¿Eso no te preocupa?

DIEGO:

Yo tengo muchas cosas por qué preocuparme para estar pensando en las musarañas.

ESTEBAN:

¿Las musarañas? ¿Tú crees que ver a papá muriéndose y llamar a los muertos es pensar en las musarañas?

DIEGO:

Yo tenía que pensar en las medicinas, en el médico, en la cuenta de la botica.

ESTEBAN:

Pero se estaba muriendo, Diego. Estaba luchando por vivir, resistiendo, aferrándose a la vida. ¿Tú no veías la lucha? ¿No te hacía dudar de lo que crees?

DIEGO:

No te entiendo, Esteban. El médico dijo que había perdido la razón. ¿Qué más querías?

ESTEBAN:

No aceptes las cosas como las ves.

DIEGO:

¿Adónde vas a parar, es que tú crees en Dios y la vida eterna y todas esas cosas?

ESTEBAN:

No, yo no creo en Dios. ¿Pero tú no te das cuenta que si hay un hombre muriéndose yo tengo que pensar en la muerte? ¿Cómo quieres hacer una revolución sin pensar en la muerte?

DIEGO:

La revolución es otra cosa. Acabar con los burgueses y nacionalizar las empresas. ¿Qué tiene que ver con la muerte? Es acabar con el hambre, trabajar, vivir mejor.

ESTEBAN:

Sí, es eso, vivir mejor. Es hacer un hombre nuevo, transformarlo todo, encontrar nuevas respuestas, pero para eso tienes que preguntarte, preguntarte sobre todo lo que ves, todo lo que pasa. Cuando yo vi a papá muriéndose dudé de todo lo que yo creía. Y ahora...

DIEGO:

¿Que vas a hacer? ¿Volver a creer en Dios?

ESTEBAN:

No. No. Pero me hizo pensar que hay que aprovechar la vida, exprimirla, vivirla lo mejor que podamos. Decir la verdad y no engañarnos. ¿Qué razón tiene vivir diciendo mentiras, engañándonos, acusando a los demás? ¿Por qué tienes que negarle la beca a una muchacha que quiere estudiar?

DIEGO:

¿Qué tiene que ver eso con todo lo que estamos hablando?

ESTEBAN:

No he estado pensando en otra cosa. Quiero que te preguntes si tú puedes negarle a esa muchacha el derecho a ser útil.

DIEGO:

¡Claro que sí! Es una inmoral. ¿Vamos a permitir que todas las mujeres se acuesten con todos los hombres que les dé la gana. (*Silencio*).

ESTEBAN:

Yo no sé. Tal vez.

DIEGO:

(*Con desdén*). ¡Ah, tú pretendes virar el mundo al revés!

ESTEBAN:

Sí, hay que virarlo, hay que virarlo.

DIEGO:

Nosotros, en este pueblo, papá y todos, hemos creído siempre ¡y tú lo sabes! que está mal que una mujer se ponga a vivir con el primer hombre que encuentra.

ESTEBAN:

Porque somos unos hipócritas.

DIEGO:

¿Papá también?

ESTEBAN:

También.

ONELIA:

Esteban, está bueno ya, no voy a permitir que estés ofendiendo la memoria de tu padre.

ESTEBAN:

¿Y por no ofender la memoria de papá vamos a destrozarnos la vida de esa muchacha, como destrozamos la de Flora?

ONELIA:

Siempre tratamos bien a Flora, tu padre y yo le dimos dinero mientras vivió el niño, la ayudamos en todo lo que pudimos.

ESTEBAN:

Y la consideraron siempre una cualquiera.

DIEGO:

Porque era una cualquiera.

ESTEBAN:

¿Y de éste, de este hijo tuyo qué pensabas? ¿Vas a darle una medalla? (*A Diego*). Si hubiera sido tu hermana, si un hombre llega a hacerle eso a Laura lo hubieras matado como un perro.

DIEGO:

Pero Laura no lo hizo.

ESTEBAN:

Contéstale, Laura.

DIEGO:

Laura, ¿qué?

ESTEBAN:

Contéstale. Dile la verdad.

DIEGO:

¿Qué pasa con Laura?

LAURA:

Cállate, Esteban.

ESTEBAN:

Dilo, grítaselo en la cara. (*Laura se aleja*). Si no lo dices tú, se lo digo yo.

DIEGO:

¿Qué es lo que pasa?

ESTEBAN:

No seas cobarde, por una sola vez en la vida no seas cobarde. Ya no tienes padre, mira, ya Mamá está vieja, dentro de poco estarás sola, sola y amargada, grítales en la cara todo lo que te han hecho sufrir con sus morales y sus leyes y sus mierdas.

LAURA:

Esteban, vete, vete ya.

ESTEBAN:

Grítaselo. Diles que vives con Agustín, diles que tienes un querido, diles que eres como Luisa, como Flora, como todos.

DIEGO:

¿Qué dice? Eso es mentira, tiene que ser mentira.

ESTEBAN:

Entonces todo es mentira.

DIEGO:

(*Agarra a Laura por un brazo*). Habla, Laura, habla, dí que es mentira.

ONELIA:

(*Separando a Diego*). Déjala, Diego. (*Laura sale llorando*). Esteban, vete, vete ya. Dile que se vaya, Diego, que se vaya y nos deje solos, que se olvide de nosotros y no vuelva nunca, nunca.

ESTEBAN:

Perdóname, Vieja, perdóname, pero yo no puedo seguir más con las mentiras, me ahogan. Y son muchas mentiras, van a acabar por asfixiarme.

DIEGO:

No, no son las mentiras, es el remordimiento el que te hace hablar. Es que la muerte de papá te tiene todo revuelto y sientes la culpa, porque te fuiste, porque te fuiste y no hiciste lo que papá quería. Lo trataste siempre como a un perro...

ESTEBAN:

No. No.

DIEGO:

... sin importarte lo que pensara. Te aprovechaste y estudiaste y nos sacrificaste a todos ¡a todos! y después no volviste. Es el remordimiento el que te hace echarles la culpa a los demás de todas las cosas para ver si así te quedas limpio.

ESTEBAN:

No. Yo no, yo sé que no soy limpio. Yo no quiero ser limpio, a mí me molestan los limpios, los puros, los blancos. Entiende, yo no quiero ser limpio. Que todos compartamos nuestras faltas y empecemos de nuevo, pero sin venganza, sin venganza. Con justicia, sí, pero sin venganza, sin miedo.

DIEGO:

¿Y esto que estás haciendo no es venganza? Te fuiste. Papá quería que estudiaras medicina y que volvieras, quería estar orgulloso de tener un hijo doctor.

ESTEBAN:

Yo no nací para ser el orgullo de nadie.

DIEGO:

¿No ves? El remordimiento y la venganza. Te fuiste y estudiaste arquitectura, una carrera que no sirve para nada en un pueblo chiquito. ¿Por qué tenías que estudiar arquitectura si papá quería que fueras médico?

ESTEBAN:

Porque me gustaba.

DIEGO:

Y nos sacrificaste a todos por darte gusto. Mamá lavó mucha ropa mientras tú estudiabas.

ESTEBAN:

¿Y qué, Mamá se ha quejado alguna vez?

DIEGO:

Pero yo empecé a trabajar desde los quince años, mientras el niño estudiaba una carrera de gente rica.

ESTEBAN:

¿Y tú, por qué no estudiaste?

DIEGO:

Porque estaba trabajando, por eso. Porque con el sueldo de papá no alcanzaba.

ESTEBAN:

Eso es mentira, yo también trabajaba.

DIEGO:

Para ti, nunca mandaste un centavo.

ESTEBAN:

Dí la verdad, di que no te gustaba estudiar y era mejor tener tus pesos en el bolsillo y comprar cigarros.

DIEGO:

No. Había poco dinero en casa, necesitaban mi sueldo. ¿No es verdad, Vieja?

ESTEBAN:

¿Y cómo no necesitaban el mío?

DIEGO:

Se sacrificaban para que estudiaras.

ESTEBAN:

¿Por qué se iban a sacrificar por mí y no por ti? Hay otra cosa.

ONELIA:

¿Qué otra cosa va a haber? Tú querías estudiar.

ESTEBAN:

No, hay otra cosa. Pero tienen miedo. Díla, no tengas miedo.

ONELIA:

Es mejor que se callen ya. Aquí no vamos a sacar nada en limpio, sólo lágrimas por gusto.

ESTEBAN:

No, ya empezamos, ahora seguimos hasta el final. Si tú eres hombre y no le tienes miedo a las verdades, dílo.

ONELIA:

No hay nada que decir. Tú eres el que te empeñas en imaginar cosas.

ESTEBAN:

Dílo, Diego, dílo de una vez para quedarnos en paz. Yo lo sé, pero tú necesitas decirlo, tienes que hablar. Dílo, yo sé por qué se sacrificaron por mí y no por ti. Aunque te duela, aunque nos duela a todos, dílo. ¿Por qué se sacrificaron por mí, Diego, por qué? (*Esteban lo tiene sujeto por los hombros*).

DIEGO:

Porque eras cojo, eras cojo y no podías trabajar. (*Esteban lo suelta y se vuelve hacia el patio, donde se ven los árboles*).

ESTEBAN:

Papá, óyeme bien, dondequiera que estés, óyeme: yo no tuve la culpa, yo no tuve la culpa, no, no es mía la culpa. Pero no podía volver, no podía volver.

(*Llora. Diego corre hacia él y lo abraza*).

DIEGO:

No, Esteban, no. No llores, no llores, no llores, no llores.

ESTEBAN:

Y dime, ¿por qué? Dime por qué yo nací cojo, por qué te guardo rencor si tú no eres culpable. Y yo, ¿soy culpable? ¿De qué soy culpable? ¿Y por qué se ríen? ¿Por qué se ríen de mi tacón alto? ¿Por qué se burlan? ¿Por qué la lástima? ¿Por qué Flora te prefirió a ti cuando yo no la hubiera abandonado nunca?

(*Esteban se suelta del brazo de Diego*).

Te prefirió a ti que no te estabas quieto y bailabas mejor. No. Que bailabas. Yo no bailaba,

yo leía y leía libros donde un pirata con una pata de palo saltaba sobre la borda. (*Pausa. Se sienta junto a la mesa. Más calmado*) Tú has tenido todo lo que yo no he conseguido: la vida, que es lo que yo envidio, la alegría, vivir, disfrutando con cosas pequeñas, como papá, como todo el mundo. ¿Qué he tenido yo? La duda, la preocupación. Pero no he tenido nada que me diga que estoy vivo. Sí, hoy sí. Hoy estoy vivo. Hoy digo la verdad, te digo cómo soy y no me avergüenzo. Me da fuerza para seguir viviendo, aunque no sea la vida que yo hubiera querido. A veces, todavía, siento nostalgia por todas las aventuras que no pude vivir. Ya es tarde, ya es tarde...

(*Pausa. La madre se acerca a Esteban, no se atreve a tocarlo. Diego está en la puerta que da al patio*).

ESTEBAN:

¿Dónde está la maleta?

ONELIA:

Esteban... nosotros quisimos...

ESTEBAN:

No importa, Mamá, no importa. Yo sé que ustedes hicieron lo que pudieron. Yo también. (*La madre sale*).

DIEGO:

Quédate, Esteban. Mamá y Laura están solas, quédate esta noche.

ESTEBAN:

Es mejor que me vaya.

DIEGO:

...Estás equivocado, no era lástima.

ESTEBAN:

Sí. Siempre se cuidaban de no hablar de los que tenían defectos. Yo no podía vivir aquí, tenía que irme.

DIEGO:

¿Qué íbamos a hacer? Tú eras más débil.

ESTEBAN:

No. Era una fuerza distinta. Hay que comprender, comprender... ¿No ves esa muchacha, Laura, Flora...? No se puede ser demasiado recto. ¡Hay tantas cosas torcidas! ¿Ser demasiado recto no es una forma de ser torcido? Hay tantos cojos en el mundo... ¿Por qué no vas a ver a la muchacha?

DIEGO:

Yo he creído en esas cosas toda mi vida. Me cuesta trabajo pensar que...

ESTEBAN:

Háblale.

DIEGO:

De pronto, así... ¡No puedo!

ESTEBAN:

Es que todo cambia.

DIEGO:

¿Hasta cuándo vamos a seguir cambiando?
(*Esteban hace un gesto*).

DIEGO:

Ya la revolución ha cambiado muchas cosas. Yo tengo mi familia, mi trabajo... Así todo está bien. ¿Hasta cuándo vamos a seguir cambiando?

ESTEBAN:

Ve y habla con ella, óyela.

DIEGO:

Tú dices que es una niña. ¿Vamos a dejar que los muchachos se gobiernen?

ESTEBAN:

Hay que dejarlos vivir. No podemos cargarlos con las cosas nuestras, la amargura, el miedo, y ofrecérselos como si fueran estrellas.

DIEGO:

Pero hay que guiarlos, alguien tiene que guiarlos.

ESTEBAN:

Yo hablé con ella después del entierro. Cuesta trabajo entender a la gente, todos somos tan distintos... Es una muchacha que toma las cosas muy en serio. No vamos a cometer el mismo error que con Flora. Me contó que anoche salió de su casa, quería estar sola para pensar. Pensó en todo lo que le pasa y se sintió mejor. Ella tiene fe, sabe que todo cambia. No podemos defraudarlos. Hay que dejarlos luchar, dejarlos vivir. Ellos también tienen derecho a equivocarse... o a encontrar el cielo.

(Entra la madre con la maleta).

DIEGO:

¿Y Laura?

ONELIA:

Está en el cuarto.

(Diego camina hacia la puerta).

ONELIA:

¿Qué vas a hacer?

DIEGO:

No te preocupes, Mamá. (*Sale*).

(*La madre va a la mesa, se sienta junto a Esteban*).

ONELIA:

¿Cuándo vas a volver?

ESTEBAN:

No sé, en cuanto pueda.

ONELIA:

Ven más a menudo, ahora estamos solas.

ESTEBAN:

Sí, Vieja.

(*Esteban se levanta y va hacia la puerta del patio*).

ONELIA:

Siempre estás como huyendo, como si te persiguieran. Tu padre siempre me lo decía, este muchacho huye como si hubiera hecho una maldad.

ESTEBAN:

No pude hablar con él.

ONELIA:

Te quería mucho.

ESTEBAN:

Yo no sé si lo quería.

ONELIA:

(*Se levanta y va hacia él*). ¿Cómo no ibas a quererlo, hijo?

ESTEBAN:

¿Entonces por qué no podía hablar con él? Nos sentábamos y nos quedábamos ahí, frente a frente . . . Nunca pude hablar con él.

ONELIA:

Estuviste con él todo el tiempo, lo cuidaste, estabas en el cuarto cuando . . .

ESTEBAN:

Estaba esperando que me oyera para pedirle perdón.

ONELIA:

¿Perdón por qué?

ESTEBAN:

Porque me fui, por no ser médico . . . ¡por todo! Pero yo no podía quedarme, me daba pena mirarlo y saber que yo no era como Diego.

ONELIA:

Para los padres todos los hijos son iguales.
(*Esteban se vuelve, molesto, dispuesto a rebatirla. Mira a la madre y la abraza.*)

ESTEBAN:

Está bien, Vieja. (*La besa.*)
(*Entra Diego, detrás Laura.*)

DIEGO:

¿Vas a quedarte?

ESTEBAN:

Sí.

DIEGO:

Me alegro. (*Le toca el hombro.*) Tengo que irme. Dalia me está esperando, los muchachos se duermen temprano.

ESTEBAN:

¿Y la muchacha? ¿Vas a verla?

DIEGO:

(*Mira a Laura.*) Mañana, más tranquilo.

ESTEBAN:

¿De verdad que vas a verla? (*Diego camina, indeciso*).

DIEGO:

¿Quieres que hable con ella?

ESTEBAN:

No, óyela. Oye todo lo que tiene que decir.

DIEGO:

Está bien. Hasta mañana.

ESTEBAN:

Me voy temprano.

DIEGO:

No importa, yo siempre me levanto temprano. Antes de ir al ingenio paso para decirte adiós. (*Besa a la madre. Se va*).

ESTEBAN:

(*A Laura*). ¿Por qué no haces un poco de café? (*La abraza*). En esta casa se toma el mejor café de Cuba.

ONELIA:

Eso decía el pobre Esteban.

ESTEBAN:

Papá sabía lo que era un buen café. (*Onelia empieza a cubrir la jaula con el mosquitero*).

ONELIA:

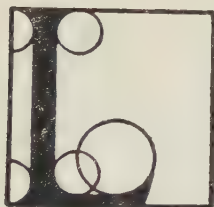
Esteban, hay gente que dice que los muertos vuelven para cuidar las cosas que más quieren. ¿Tú lo crees?

ESTEBAN:

Ni siquiera las recuerdan. Yo creo en lo que está vivo y cambia.

TELON.

Andrés Lizarraga



¿QUIERE USTED
COMPRAR UN
PUEBLO?

pieza en tres actos

En los últimos días de octubre de 1961, el nombre de un pequeñísimo pueblo italiano ocupó las principales columnas de los más importantes diarios del mundo.

Esa súbita publicidad creó esta historia.

PERSONAJES: PEDRO.
MICHELE.
SALVADOR.
PADRE BENITO.
ALCALDE.
LILA.
MONTELEONE.
ANUNZIATA.

ACTO PRIMERO

(Plaza de un pequeño pueblo. Frente a ésta, la iglesia, la alcaldía, el café y la carpintería. Todos estos edificios separados por calles. En el centro de la plaza, una antigua fuente que provee de agua a la población. El café tiene algunas mesas y sillas rústicas frente a su puerta. Son las últimas horas de la noche cuando el telón se levanta y el amanecer llega suavemente. Oyese cantar unos pocos versos de una canción popular del sur de Italia, alejándose. Luego, las campanas de la iglesia comienzan a tañer. Pedro abre su café, aspira con voluptuosidad el aire fresco, cargado con las sales del mar inmediato, y acomoda las sillas junto a las mesas. De la carpintería sale Michele. Viste saco de pana, una gorra a visera y lleva una pequeña y antigua maleta de mano).

PEDRO:

Está fresco y el viento viene del mar. Un buen día para viajar a la ciudad, Michele.

MICHELE:

Así lo espero, Pedro.

PEDRO:

No es bueno andar por ese camino lleno de piedras, con calor y sol a la espalda. Michele Tagliaferro, te deseo la mejor de todas las suertes.

MICHELE:

Gracias, Pedro. La necesitamos. Si no, no iría a la ciudad.

PEDRO:

¡Que la tengas, Michele! ¡Que la tengamos! Y que Dios y la ciudad nos ayuden. (*Llamando hacia el interior del café*). ¡Lila!... ¡se va Michele!...

(*Pedro entra al café. Michele va hacia Proscenio*).

MICHELE:

Sí, que la ciudad nos ayude. ¿Y saben para qué voy a la ciudad? Aquí nací hace cuarenta y cinco años. Antes que llegara yo al mundo, habían inventado la luz eléctrica, el teléfono, el ferrocarril y los ómnibus. Pero hasta ahora, en este final de 1961, ni luz eléctrica, ni teléfono, ni ferrocarril, ni ómnibus llegaron a este pueblo. Y no me miren así... porque esto no es un cuento. Mi pueblo existe en esta maravillosa isla de Italia. Tiene iglesia, una alcaldía, un café y algunas casas. Muy pocas, es cierto.

(*Pedro sale del café*).

PEDRO:

¡Michele!... ¿dijiste algo de mi mujer?

MICHELE:

(*Luego de detenerse un momento a mirar a Pedro*). Sabes que nunca digo nada de tu mujer.

PEDRO:

No me gusta que nadie diga nada de mi mujer. Estoy casado por la Santa Iglesia Católica. El padre Benito Rocatagliata puede dar fe. El señor Alcalde puede dar fe. *(Desde el interior del café se oye a Lila llamar a Pedro. Este, hacia el público)*. Es Lila que me llama. Mi mujer. No puede estar sin mí. De eso . . . ¡yo doy fe! *(Hacia el interior del café)*. ¡Apura, Lila, apura! . . . ¡Michele se va! *(Volviéndose a Michele)*. No olvides decir que este pueblo ni siquiera tiene caminos que lo unan a otros pueblos.

(Pedro vuelve a entrar en el café).

MICHELE:

Eso. Ni siquiera un camino. Bueno . . . para poder contarles a qué voy ahora a la ciudad, tengo que explicarles qué sucedió cuando una tarde Salvador llegó hasta el café de Pedro.

(Apagón, en el que sale Michele. Vuelven las luces, ahora para mostrar el mismo decorado, pero bajo la luz de una tarde de verano. Luego de una pausa, entra Salvador agotado por una larga marcha. Se sienta frente a una mesa. Sale Pedro).

PEDRO:

¿Te sirves algo, Salvador?

SALVADOR:

Nada.

PEDRO:

¿Anduviste todo el día?

SALVADOR:

Eso. La mañana para ir. La tarde para volver. Al mediodía me dijeron: «No hay trabajo». «¿Por

qué no hay trabajo para mí, si lo hay?», pregunto. El tipo me mira y me dice: «Los de tu pueblo llegan cansados por la pateada. Les doy trabajo y no me rinden. No me convienen». Le digo: «¿Tengo yo la culpa de que no haya un miserable ómnibus que nos acerque? ¿Tengo que pagar yo eso?» . . . El tipo me mira y me dice: «¿Tengo yo la culpa de que vivas en ese pueblo maldito?» . . .

(En las últimas palabras de Salvador y por la misma calle que éste, y con el mismo cansancio, entra el Padre Benito).

BENITO:

«Maldito no — le dije yo, que hoy acompañé a Salvador —. Es un pueblo como cualquier otro. O mejor que muchos otros». ¿O no? . . . Si descontamos a Michele Tagliaferro, casi no hay pecadores. *(Tomando precauciones para no ser oído por Michele)*. Y en verdad, no es Michele Tagliaferro propiamente un pecador. Peores que él hay, sí señor.

PEDRO:

¿Y qué dijo el tipo?

SALVADOR:

Que él compra trabajo de la gente descansada. Nada más.

BENITO:

(Luego que Salvador calla). Continúa . . . continúa . . .

SALVADOR:

A qué repetir lo de todos los días. Siga usted, Padre, si quiere.

BENITO:

Y dijo: «Yo pago para que se cansen aquí... ¡trabajando! Y no para que descansen». ¡Linda manera de tratar al género humano! Y nos volvimos.

PEDRO:

Y usted, padre, ¿para qué fue?

BENITO:

Ayer dijo Michele que yo ignoraba la lucha de nuestra gente errando en busca de trabajo. (*Mirando hacia todas partes para no ser oído por Michele*). Y en cierto sentido tiene razón. No ignoro lo que pasa aquí, en el pueblo. Pero... no pensé en las caminatas de los que salen a trabajar... ¡y si lo consiguen!... Y después, la caminata para regresar a dormir.

SALVADOR:

¿Para qué dormir acá y trabajar allá?... ¿O para qué trabajar allá y dormir acá?... Algo tengo que hacer, Padre Benito. No puedo seguir así.

(*Desde la alcaldía y enarbolando un papel sale el alcalde gritando*).

ALCALDE:

¡Lo que faltaba!... ¡Lo que faltaba!... ¡Cuando la vez pasada!...

(*Se interrumpe viendo salir de su casa a Michele, ahora sin saco ni maleta. Con un cántaro va por agua a la fuente*).

¡Michele Tagliaferro!...

MICHELE:

¿Señor Alcalde?...

ALCALDE:

¡Eres el culpable, Michele Taglioferro!...
¡Eres el culpable!

MICHELE:

¿De qué?

ALCALDE:

(*Mirando al Padre*). Cuando alguien dice que tienes el demonio en el alma... y el demonio en el intestino grueso... y el demonio...

BENITO:

(*Molesto por la alusión que de él hace el Alcalde*). Diga de una vez qué pasa, señor Alcalde.

ALCALDE:

¡Es lo que hago! (*Michele ha llenado su cántaro y se dispone a regresar a su casa imperturbable*). ¡No te vayas! ¡Oye esto! (*Michele se acerca a escuchar. El Alcalde lee*). «El Excelentísimo señor Gobernador de la Isla, atento a lo solicitado por esa Alcaldía, con fecha tal y tal... (*Explicando*). La fórmula oficial. Todo sin importancia. Pero después... (*Vuelve a leer*)... «Y atendiendo a que ese pueblo no está en condiciones de pagar impuesto alguno, tampoco recibirá colaboración económica alguna, por lo que el señor Alcalde arbitrará los medios para obtener su sueldo, como así también, la adquisición de papelería, útiles y toda erogación que exija su desempeño». (*A Michele*). ¡Tú!... ¡Tú fuiste el culpable!... ¡El de la idea de pedir que suprimiesen los impuestos!

MICHELE:

Yo dije: «Nadie aquí gana nada. Nadie aquí puede pagar impuestos».

ALCALDE:

¡Michele Tagliaferro!...

MICHELE:

No terminé. Y dije: «No hay camino. No hay trabajo. ¿Qué impuesto vamos a pagar?... ¿Por vivir?...» Y entonces, en esa asamblea, el sacerdote Benito Rocatagliata — aquí presente — dijo: «No es cristiano que las criaturas de Dios, paguen impuestos por vivir»... Y se aprobó solicitar la exención de impuestos para este pueblo. Eso es todo.

ALCALDE:

«¡Eso es todo!»... ¡Te resulta fácil decir «eso es todo»!

BENITO:

(Al Alcalde). A ver la nota. (Este se la da. El Padre lee). Así es. Además, tiene fecha del mes pasado.

ALCALDE:

¡Del mes pasado!... Entonces este mes... ¡ya no tendré mi sueldo!

BENITO:

La carta tardó treinta y dos días, para recorrer veinte kilómetros.

MICHELE:

Ya no tenemos ni cartero, señor Alcalde.

ALCALDE:

Sí. La trajo el señor de Monteleone cuando fue a la ciudad. (Reaccionando). ¡Pero yo fui elegido en elecciones libérrimas! ¡Y el gobierno no puede desplazarme así como así! (Al Padre). ¿Esto no atenta contra la democracia occidental y cristiana?

BENITO:

¡Eh, atenta! . . . siempre que usted no se refiera a su sueldo únicamente.

ALCALDE:

¿A mi sueldo? . . . Bueno, yo no protesto, por mi sueldo, como comprenderán . . . ¡Protesto por todo! . . . ¿Cómo ejerceré mi alcaldía? . . . ¡Pero si ya ni me queda papel para escribir! . . . *(Una pausa. Luego).* ¡Hay que hacer algo! . . . *(Inicia el mutis y no puede evitar detenerse frente a Michele).* ¡Tú! . . . *(Y desaparece en la Alcaldía).*

PEDRO:

¡Ni papel! . . . Por lo menos, a mí me queda un poco de vino. Aunque nadie tiene con qué pagarlo.

(Hay una pausa. Michele se sienta en una mesa separada de la del Padre. Del café sale Lila que, sin ser observada por su marido, coquetea con Salvador. Este, al verla, parece perder parte de su abatimiento. Finalmente, ella va hacia su marido).

LILA:

La trastienda está llena de polvo, querido mío.

PEDRO:

¿Y qué problema es ése? Límpiala, querida mía.

LILA:

No puedo subir con la escalera hasta los estantes de arriba, querido mío, sin que alguien me tenga la escalera, querido mío.

PEDRO:

(Piensa un momento). Salvador, ayuda a mi esposa, ¿quieres?

SALVADOR:

¡Claro que sí, don Pedro! Señora Lila, cuente conmigo. ¡Vamos!

(Lila y Salvador entran al café).

PEDRO:

Me gusta Salvador. A pesar de lo mal que le va, no pierde el ánimo. Ahora le tiene la escalera, mientras mi mujer sube hasta lo más alto... *(Se interrumpe, reacciona, mira hacia el interior del café).* ¡Es mejor que ayude a limpiar la tierra de la trastienda yo mismo!...

(Entra al café rápidamente. Nueva pausa en la que Benito y Michele se miran de soslayo).

MICHELE:

¿Así que tengo el demonio en el intestino grueso?

BENITO:

No puedo sostener esa absurda aberración dogmática, como comprenderás.

MICHELE:

¡Sí!... ¡Estoy seguro que te has enojado y lo has dicho!

BENITO:

Dios hizo el intestino grueso para otros menesteres. Pienso... ojalá se albergara ahí el demonio. Sería fácil expulsarlo con una purga. En el alma, en cambio, se aferra, muerde, se queda.

MICHELE:

¿Hablas de mi alma?

BENITO:

No sé qué decirte...

MICHELE:

¡Soy un pecador!... ¿Eso quieres decir?

BENITO:

¡Eh!... No vas a la Iglesia. Nunca fuiste. Nos cristianamos, sí, cuando niños. Tomamos comuniones, sí, cuando niños... Pero luego, yo tomé el camino de la fe. Y tú...

MICHELE:

(Luego de la pausa del Padre) ¿Y yo qué?...

BENITO:

¡Hemos hablado tanto!...

MICHELE:

Te hiciste sacerdote. Y me dijiste: «Debes hacerte sacerdote». Te dije «no» y me dijiste «masón». Cuando conseguí trabajo, me invitaste a ser sostenedor de tu capilla. Te dije «no». Me dijiste «facista». ¡Ah!... pero después firmaron el concordato con Mussolini y dejaste de llamarme facista.

BENITO:

¿Nunca lo fuiste?

MICHELE:

¡Los palos que me costó no serlo! Y ahora que sabes que no soy ni masón ni facista, ¿por qué no me dejas en paz? ¿Por qué tienes que decir que ando con el diablo en el recto?

BENITO:

¿Te molesta, eh?

MICHELE:

¡No quiero andar en la boca de la gente! Nunca me juzgaste un hombre de trabajo. Lo

que siempre fui. Lo que sería ahora, si este pueblo fuera distinto a lo que es... ¡Masón!... ¡Fascista!... ¿Y ahora qué soy?...

BENITO:

¡Comunista!... Los que llevan como escudo su orgullo «proletario» como tú, son comunistas.

MICHELE:

¡Claro!... A ti te gusta... ¿quién te diré?... ¡el señor de Monteleone!... ¡El tiene otro escudo!... ¡Un escudo con armas y fieras con alas!... ¡Fieras con alas!... ¡ej!...

BENITO:

Sabes que no.

MICHELE:

¡Ej!...

(Permanecen en silencio. Una vez más, en la reiteración de esas discusiones que vienen de años y años, han llegado a un punto muerto. Y ahora es Benito quien, preocupado por la realidad, reanuda la charla buscando una solución).

BENITO:

Michele... esto va mal.

MICHELE:

¿A ti también el Vaticano te suspendió el sueldo?

BENITO:

Déjate de eso. Acompañé a Salvador hasta el otro pueblo. Ya... ni le dan trabajo. ¡Y hemos caminado!...

MICHELE:

¡Ah, lo viste!... ¿Yo?... (*Benito no atina qué contestar. Rompe la pausa Michele, dejando su agresividad y yendo al tono preocupado del sacerdote*). Cerré mi carpintería, Benito...

BENITO:

Me sorprende que no la hayas cerrado antes. ¿Qué podemos hacer?

MICHELE:

¡Hacer!... ¡Si estuviéramos sitiados por un ejército!... Pero no. Estamos como sitiados por no tener caminos... y trenes... y sin poder vender lo poco que hacemos o podemos hacer... Una especie de sitio... donde no corre la plata.

BENITO:

¿Quieres decir... bloqueo económico?

MICHELE:

Como si fuera... Pero, ¿por qué?... ¿No somos gente como todos?...

BENITO:

Eso pienso...

(*Hay una pausa en la que entra el señor de Monteleone, saluda al Padre, toma ubicación en una mesa y golpea las manos. Sale Pedro del café sin dejar de mirar hacia adentro*).

MONTELEONE:

¿Tienes un poco de vino blanco y fresco, Pedro?

PEDRO:

Ya, señor de Monteleone. Ya mismo.
(*Regresa Pedro a su café*).

MICHELE:

(Toma su cántaro, bebe un sorbo y dice levantándose para salir) ¡Mal no estamos si tenemos para vino blanco y fresco!

MONTELEONE:

¡A ti qué te importa!

MICHELE:

(Como si no lo hubiera oído). Hasta luego, señor sacerdote.

(Michele entra en su casa).

MONTELEONE:

¡Bastardo y provocador!

BENITO:

¡Eh! . . . No tiene ni para un vaso de vino . . . ¿También le va a prohibir que hable?

MONTELEONE:

¡Claro que sí! . . . ¿O usted lo apoya?

BENITO:

(Incorporándose para ir a su capilla). No es de mi rebaño . . . *(Se vuelve hacia Monteleone)*. La verdad . . . cada vez me cuesta más identificar a los que son de mi rebaño.

(El Padre Benito entra en su iglesia. Del café sale Pedro trayendo familiarmente a Salvador por un brazo).

PEDRO:

Está bien, Salvador, está bien. Yo te pedí que sostuvieras la escalera, pero la sostuve yo. Y es suficiente. Ya está bien. Puedes venir esta noche, y lo mismo te daré una taza de caldo. *(Dejando a*

Salvador). Ya le traigo el vino, señor. ¿Me pidió blanco?

MONTELEONE:

Blanco y fresco.

(Pedro entra al café. Salvador, aún cerca de la puerta de éste, continúa observando hacia su interior).

¿Conseguiste un buen empleo?

SALVADOR:

No.

MONTELEONE:

Digo... eso de ayudar a la mujer de Pedro... ¿eh?...

SALVADOR:

(Se vuelve hacia él rápidamente). ¡A usted qué le importa!

MONTELEONE:

(Sin alterarse) Tienes razón. Nada. A Pedro sí puede importarle.

SALVADOR:

(Lo enfrenta, resuelto) ¡Escúcheme!... Métase en sus cosas, ¿sabe?... La lengua puede meter muchos líos... Pero después, la lengua no lo va a defender. ¡No se le olvide!

(Salvador se marcha. Regresa Pedro con su vino).

PEDRO:

Casi no me queda.

MONTELEONE:

¿Por qué dejas que ese tipo visite tu casa?

PEDRO:

¿Salvador? ... Ayuda, señor de Monteleone. Ayuda a sacar la tierrita ... mover los cajones ... El pobre no tiene trabajo ... se las ingenia ...

MONTELEONE:

Eso es lo malo. Que se las ingenie. ¿Cómo sigue tu esposa?

PEDRO:

Sigue bien. ¿Cuándo no ha estado bien?

MONTELEONE:

El otro día me dijiste que no había dormido.

PEDRO:

¡Ah, sí! ... de noche. Vuelta a vuelta no duerme de noche, la pobre. Salud, lo que se dice salud, nadie la tiene completa.

MONTELEONE:

Estaba seguro que estaría enferma ... Como hace dos o tres días que no la veo ...

PEDRO:

¡No, no! ... Está bien. De noche no duerme. Pero a la mañana sí.

MONTELEONE:

Como hace dos o tres días que no la veo ...

PEDRO:

¿Quiere verla?

MONTELEONE:

No dije eso ... Sólo decía que ...

PEDRO:

¡Eh! ... *(En la puerta del café)* ¡Lila, querida! ... ¡Quieren saludarte! ... *(Sale Lila que*

mira a Monteleone con frialdad). Creía el señor de Monteleone que no andabas bien.

MONTELEONE:

Como no la veía... (*Termina de beber su vino*). Pedro, ¿tienes un huevo?

PEDRO:

Todavía alguno me ponen las pobres...

MONTELEONE:

Por favor... (*Da a Pedro su vaso*) Echa una yema... un poco de azúcar y luego vino. Y bate bien todo.

PEDRO:

Enseguida, señor de Monteleone, en seguida. (*Entra Pedro al café*).

MONTELEONE:

Hace dos noches que te busco y no te veo.

LILA:

No he salido.

MONTELEONE:

¿Duermes bien ahora?

LILA:

No. No duermo bien. Pero aunque pase un rato con usted... igual me revuelvo en la cama y no duermo.

MONTELEONE:

Acércate, Lila.

LILA:

Quiero decir, que tener amores con un terrateniente... puede ser un orgullo. Pero nada más. No calma.

MONTELEONE:

Esta noche pienso venir.

LILA:

Esta noche no pienso salir.

MONTELEONE:

Ese . . . Salvador, ¿no?

LILA:

Quiero decir . . . cambiar un marido viejo, por un amante viejo . . .

(Entra Pedro mostrando con orgullo el vaso).

PEDRO:

¡Fresquito! . . . ¡La bataraza! . . . ¡Todos los días nos pone uno la bataraza! . . . *(Le da el vaso. Se ubica en otra mesa).* Siéntate, Lila. Trabajaste mucho y te noto cansada.

MONTELEONE:

Así puede dormir por la noche.

LILA:

No dude que sí.

PEDRO:

¡Ah! . . . Yo, cuando duermo . . . ¡duermo! ¡Veal! . . . así se venga la iglesia abajo —con el perdón del padre Benito — . . . ¡duermo!

MONTELEONE:

Pues te convendría tener, además de gallinas, unos gansos que cuiden tu casa por la noche. Salvaron al Capitolio.

LILA:

(Lo mira, se incorpora y sale rápidamente).
Tengo que trabajar. *(Entra al café).*

PEDRO:

Así está todo el día. Y eso que no duerme bien de noche, la pobre. ¿Qué decía, señor Monteleone, de los gansos?

MONTELEONE:

Salvaron al Capitolio.

PEDRO:

¡Ah, sí! . . . lo decíamos en la escuela. (*Aparece doña Anunziata*). ¡Salud, doña Anunziata! . . . La tarde está fresca y usted anda guapa, muy guapa, ¿eh?

ANUNZIATA:

Sí, vamos a tener una noche fresca. Buenas tardes, señor de Monteleone. Terminé en su casa. Le dejé toda la ropa lavada y planchada. (*Se sienta, cansada*). Sí, vamos a tener una noche fresca . . .

PEDRO:

Es el mar . . . Con el mar cerca, ¡la vida es otra vida!

ANUNZIATA:

¡Eh, sí, sí! . . . Otra vida . . . Digo yo . . . con tantas bombas como dicen que hay . . . ¿por qué no tiran una en este pueblo y se acabó todo?

(*Regresa Salvador. En realidad, vuelve con la esperanza de ver a Lila*).

SALVADOR:

Don Pedro, digo . . . como usted me dijo . . . si quería una taza de caldo . . .

PEDRO:

La tendrás. Cuando cenemos todos. Siéntate ahora. La pobre Lila debe estar cocinándolo.

ANUNZIATA:

Digo yo... ¿ustedes no piensan así?... Una bomba... ¡y adiós pueblo! ¡Otra vida! Descansamos todos. ¡Pero quién va a gastar una bomba en este pueblo!

PEDRO:

Doña Anunziata, usted está sola... no tiene a nadie... si no le gusta el pueblo... ¿por qué no se va?... Se lo digo siempre.

ANUNZIATA:

He parido aquí. Ocho hijos. Y parir es echar raíces.

SALVADOR:

Sus hijos se fueron.

ANUNZIATA:

Porque no parieron aquí.

MONTELEONE:

Yo no parí, como dice usted, y no me voy.

ANUNZIATA:

Usted tiene tierras. Y la tierra enraíza más que los hijos. Nadie puede llevársela.

MONTELEONE:

Esto de hablar siempre del pueblo, termina por aburrir a uno.

(Monteleone se incorpora y va hacia la iglesia donde llama).

ANUNZIATA:

Uno habla de lo que ve... de lo que tiene...

SALVADOR:

¡O de lo que no tiene!

PEDRO:

Yo, generalmente, respiro este aire del mar... y pienso cuánta gente quisiera tener este aire del mar. Como quien dice... me conformo con lo que tengo.

(Por el llamado de Monteleone ha salido el Padre Benito).

MONTELEONE:

Quiero invitarlo con una copa, Padre.

BENITO:

No tomo, gracias. Pero lo acompaño.

(Ambos van al café).

PEDRO:

Eso es, me conformo con lo que tengo.

SALVADOR:

¿Y quiere que yo me conforme con lo que no tengo, don Pedro?

(Benito y Monteleone se ubican en una mesa).

MONTELEONE:

¿Una yema con blanco, Padre Benito?

BENITO:

No, no, gracias.

MONTELEONE:

Le aseguro... ¡exquisito!

BENITO:

Sí, lo sé. Pero el pueblo se sienta aquí y no bebe. Y yo debo hacer lo que hace el pueblo.

(Sale Michele de su casa y va directamente hacia Pedro).

MONTELEONE:

Usted se lo pierde. Pedro, una yema con vino blanco y fresco.

PEDRO:

Ya, señor de Monteleone.

MICHELE:

¡Pedro!

PEDRO:

(*Volviéndose*) ¿Eh?...

MICHELE:

He pensado... ¿por qué no modernizas tu café?

PEDRO:

¿Para qué?

MICHELE:

Digo... Cambiamos la estantería... lustramos el mostrador... Tenemos trabajo dos... o tres...

PEDRO:

¿Y cómo les pago?... ¡Ah!... ¡Ojalá pudiera!...

MICHELE:

Tienes razón, Pedro. Soy un idiota. A qué demonios vas a modernizar tu negocio. (*Mirándose las manos*). ¿Sabes?... hace cuarenta años que trabajan... y no saben hacer otra cosa.

PEDRO:

Ya traigo su vino, señor de Monteleone.

(*Pedro entra al café. Hay una pausa. Michele se sienta en una mesa. Sale el Alcalde de la Alcaldía rápidamente y va hacia el café. Trae un grueso digesto*).

ALCALDE:

¡Todo tiene solución! Y fíjense que la he encontrado. El digesto municipal dice que es prerrogativa del alcalde determinar qué propiedades del municipio son, o no son, de interés para la comuna. Y la carta del gobernador dice: (*La muestra, lee*) «El alcalde arbitrará los medios para obtener su sueldo, como así también, la adquisición de papelería, útiles y toda erogación que exija su desempeño» (*Guarda la carta*). El galpón y terreno donde guardamos el caballo, ya no se usa. Lo venderé, y con eso mantendré la Alcaldía. (*Los demás lo miran sin entusiasmo alguno*). ¿Qué?... ¿No estoy dentro de la reglamentación?

MICHELE:

Si, señor Alcalde, sí. Venda toda su alcaldía y vivirá bien el resto de sus días. Pero pensó... ¿quién del pueblo la puede comprar?

ALCALDE:

¿Quién?... quién, sí, quién... (*Queda desconcertado frente a esa realidad. Regresa Pedro trayendo el vino para Monteleone*).

PEDRO:

Batido especialmente para usted. Para mi único cliente.

ALCALDE:

(*Las palabras de Pedro le devuelven su esperanza y va hacia Monteleone*) ¿Y usted?

MONTELEONE:

(*Brindando hacia el Alcalde con su vaso*). ¡A su salud!... (*Bebe*). Para qué quiero cuatro pare-

des desvencijadas y oliendo a caballo. Pedro... ¡exquisito tu batido!

BENITO:

Olvídese de vender nada, señor Alcalde. De vender nada.

SALVADOR:

Habría que vender todo el pueblo. Todo este miserable pueblo.

(Han quedado en silencio. Pedro se incorpora y va hacia la puerta del café).

PEDRO:

¡Lila!... ¡querida mía!... *(Aparece ésta, que busca a Salvador con la vista)*. Siempre sola, querida. Estamos todos aquí. ¿Por qué no vienes?

LILA:

Terminaba de preparar el caldo. Ya es hora de cerrar.

PEDRO:

En realidad, sí. ¿Recuerdan?... años atrás debían venir los carabineros para obligarme a cerrar en la madrugada. Después... cerré a las doce... luego a las once... a las diez... Ahora cierro a las nueve...

MICHELE:

Cuando los otros pueblos compraban y vendían sus verduras... sus frutas... llevándolas en carros viejos y lentos como los nuestros, pudimos competir con ellos. Pero después... ellos tuvieron trenes... y caminos... y ómnibus... y no pudimos competir más... Nos fuimos arruinando, Pedro. Y ya no fue necesario que volvieran los carabineros a tu negocio.

ANUNZIATA:

¿Cuánto hace que no vemos a un carabiniere por aquí?

MICHELE:

Ni carabineros . . . ni maestros de escuela . . . ni chicos que crezcan . . .

ANUNZIATA:

Ni hospital . . . ni farmacia.

ALCALDE:

Ni Alcaldía, ahora.

SALVADOR:

Digo yo . . . ¿por qué no vendemos el pueblo?

ANUNZIATA:

Eres grande para decir disparates así, Salvador.

SALVADOR:

¿Por qué disparates? . . . Todo el mundo vive mal. ¿O no estamos diciendo eso? El Alcalde mal . . . don Pedro mal . . . el Padre Benito mal . . . Tú, Michele . . . yo . . . Usted, doña Anunziata . . . Pensándolo . . . el pueblo es nuestro. Con lo que sacamos, cada uno se va donde quiere . . . ¡a Roma! . . . ¡a Milán! . . .

(La gente ha quedado expectante. La idea les resulta absurda, pero por momentos, no tan absurda).

PEDRO:

Pensándolo, si . . . ¡ja! . . . Nunca se hizo nada así. Humm . . . tal vez no sea mala idea, Salvador.

ANUNZIATA:

Vendan todo el pueblo menos mi casa. No me muevo de mi casa.

SALVADOR:

¿Qué piensas de lo que dije, Michele?

MICHELE:

Un pueblo no se vende... ¡como un mueble o una casa!

ALCALDE:

(A quien atrajo la idea). Bueno, pensándolo...
(A Michele). Tú siempre has estado reclamando democracia. La asamblea para rechazar los impuestos salió de ti.

MICHELE:

Salió de la necesidad de la gente. ¿Y a qué viene eso?

ALCALDE:

¿De la necesidad de la gente? ... ¡Ah! ... Y si ahora, la misma necesidad de la gente, en asamblea y por mayoría, ¿decide vender?

MONTELEONE:

¡Eso es ridículo!

ALCALDE:

Sólo he preguntado, señor de Monteleone.

MICHELE:

No pienso moverme del pueblo.

ALCALDE:

¡Ah! ... ¡es democrático, lo que a ti te conviene!

MICHELE:

¡Es democrático lo que le conviene al pueblo!

ALCALDE:

Pero rechazas la ideas de hacer una asamblea, ¿eh?

BENITO:

Michele . . . ¿temes que el pueblo decida?

MICHELE:

Que decida. Solamente dije mi opinión. Que eso es ridículo.

SALVADOR:

Sí . . . a lo mejor es ridículo. No digo que no. Pero quedarnos aquí . . . así . . . muriéndonos de hambre . . . no creo que sea una cosa muy sensata. ¿Tienes alguna solución mejor, Michele?

MICHELE:

Ojalá la tuviera.

ALCALDE:

Pero . . . ¿no la tienes?

MICHELE:

¡Dije ojalá la tuviera!

PEDRO:

Creo que estamos perdiendo el tiempo. Discutimos como si esto fuera una asamblea. Y no lo es. Digo yo . . . ¿por qué no nos vamos a dormir? . . . A descansar . . . y a pensar en lo que estamos diciendo . . . Mañana es domingo. Nos levantamos fresquitos . . . ¡y discutimos! Pero en asamblea. ¿Qué le parece, Padre Benito?

BENITO:

(*Intencionadamente, hacia Michele*). Nunca tengo miedo de la opinión del pueblo.

PEDRO:

¿Entonces?

ALCALDE:

¡Entonces hacemos la asamblea!... ¡Mañana decidimos sobre nuestro futuro!... ¡En todo el mundo se eligen gobernantes! ¡Aquí eligiremos nuestro destino! Sí, sí, a dormir ahora... y que cada uno piense en el bien de cada uno, que será el bien de todos. Cierra tu negocio. Como si hubieran venido los carabineros en vísperas de elecciones.

(La gente comienza a retirarse haciendo comentarios a la nueva situación. El café cierra. Sólo permanecen, junto a la fuente, Salvador y Michele).

SALVADOR:

¿No te gusta la idea, Michele? Estás viejo.

MICHELE:

Y, sí... debo estar viejo.

SALVADOR:

Vamos, Michele. A dormir y a pensar.

MICHELE:

Para pensar no hay que dormir, Salvador. No lo olvides.

(Michele entra a su casa. Salvador se pierde por una de las calles. La noche ha envuelto al pueblo en una penumbra suave. Se escuchan las mismas estrofas de la canción del comienzo. Pero ahora acercándose. Luego, regresa Monteleone tratando de no ser visto y va hacia la iglesia. Llama. Sale el Padre Benito).

BENITO:

¿Qué le sucede?

MONTELEONE:

¡Eh!, sucede... ¡sucede!... ¿Usted estaba durmiendo?... ¿Podía dormir?

BENITO:

No estaba durmiendo. Pero... ¡por qué no podría dormir!

MONTELEONE:

¿Esa locura no le quita el sueño?

BENITO:

¿Qué locura?

MONTELEONE:

¡La venta!...

BENITO:

¡Ah!...

MONTELEONE:

No me diga que usted...

BENITO:

¿Qué?...

MONTELEONE:

Apoyaré la venta.

BENITO:

No sé qué decirle... Será locura, sí... Pero no podemos seguir así...

MONTELEONE:

Con lo que saque por mis tierras no compraré mucho por ahí...

BENITO:

Y aquí... le producen...

MONTELEONE:

¡Y!... (*Luego, arrepentido*). No mucho, pero... Además, aquí soy el señor de Monteleone.

En otras partes... sería un terrateniente sin tierras... ¿Y qué es un terrateniente sin tierras?...

BENITO:

¡Eh!... puede ser un primer ministro... un senador...

MONTELEONE:

Necesito que no se venda el pueblo. ¡Y lo voy a conseguir! Padre... ¿cuento con su voto?

BENITO:

No sé qué decirle...

MONTELEONE:

Siempre lo ayudé, padre. Es decir... ayudé a la capilla. Y ahora...

BENITO:

¡sí, sí, sí!... ¿O me quiere comprar?

MONTELEONE:

¡No, por Dios!... Simplemente...

BENITO:

¡Sí, sí, sí... Vaya a descansar. Rezaré por el bien de todo esto.

MONTELEONE:

Gracias, Padre. Hasta mañana.

BENITO:

Que descanse.

(El Padre entra. Monteleone, tratando siempre de no ser visto, va hacia el café y trata de ver u oír lo que puede estar sucediendo en la casa.)

MONTELEONE:

¡Ronca!... Y cuando él ronca... ¡ronca! (*Llama bajo*) ¡Lila!... ¡Lila!

(Sale ésta en camión).

LILA:

¿Qué quiere?

MONTELEONE:

¡Lila! . . . ¡Querida! . . .

LILA:

¡Déjeme tranquila!

MONTELEONE:

¿Te revolvías en la cama y no podías dormir?

LILA:

Sí. Pero váyase.

MONTELEONE:

¿Esperas a Salvador?

LILA:

¡Qué le importa!

MONTELEONE:

¡Diosa perversa! . . . Pero lo tengo merecido. Tendrías que vestir la mejor seda . . . Y no te la dí. Mi amor mismo confundió todo. Pero . . . ¡te la daré, te la daré! ¡Tendrás sedas, anillos y mil cosas!

LILA:

(*Lo mira con desconfianza*). ¿A cambio de qué?

MONTELEONE:

¡De tu amor, Lila, de tu amor! Debemos seguir juntos, como hasta ahora. Y bueno, para eso . . . , tienes que votar . . . para que no se venda el pueblo, como es natural.

LILA:

Mi marido quiere vender.

MONTELEONE:

¡Qué importa tu marido! . . . ¡Piensa en él mismo! . . . ¿Te consultó? ¿Sabe tus inquietudes? . . .

¿Tendrás en otra parte una casa que te permita salir de noche tan fácilmente?... Piénsalo. Vota porque no se venda esto y tendrás lo prometido.

LILA:

Está bien. Lo pensaré. Ahora váyase.

MONTELEONE:

(Queriendo abrazarla mientras ella lo rechaza).

¿Ni un beso, maldita?

LILA:

¡No, no, no! ¡Déjeme! ¡Adiós!

(Lila entra al café y Monteleone se marcha de prisa y ocultándose. Con algún recaudo, pero no tan exagerado, Michele sale de su casa, va hacia la iglesia, llama y sale el Padre Benito).

BENITO:

¡Michele!...

MICHELE:

No puedo dormir. ¿Qué hacías?

BENITO:

Rezaba.

MICHELE:

¡Rezabas cuando hay que pensar!... ¿Apoyarás la venta?

BENITO:

¡Eh!... ¡La venta! Todo el mundo con eso... ¿Y tú?

MICHELE:

Sabes que no.

BENITO:

¿Y quieres mi ayuda?

MICHELE:

Esto es serio, Benito. Quiero tu opinión.

BENITO:
¿Mi opinión de sacerdote?

MICHELE:
¡De hombre de este pueblo, maldición!

BENITO:
¡No maldigas frente al templo!

MICHELE:
¿Qué harás?

BENITO:
Lo que Dios me ilumine.

MICHELE:
Veremos qué piensa Dios del pueblo, entonces.
Porque tú... ¡sólo piensas en lo que conviene a
tu bolsa!

BENITO:
¡Mi bolsa, dijiste!

MICHELE:
Vine a buscar tu ayuda. ¡Fui un idiota!
(*Michele regresa hacia su casa.*)

BENITO:
¡Michele!... (*Este se detiene*). Has venido a
la casa de Dios...

MICHELE:
¡Y así me voy!...
(*Michele entra en su casa y otro tanto hace
Benito. Luego de pausa y con cierto sigilo, llega
Salvador. Va al café y silba una señal. Lila sale
nuevamente en camión.*)

LILA:
¡Amor!... (*Se abrazan*). Me revolvía y me re-
volvía en la cama...

SALVADOR:

Estaba seguro que sí. Escúchame, amor... ¿Te das cuenta que mañana tenemos que ganar?

LILA:

¿Qué?...

SALVADOR:

Nosotros. Mañana...

LILA:

(*Cortándolo mientras se aprieta contra él*). No hablemos de mañana. ¡Hablemos de esta noche! ¡Me revolví y me revolví en la cama!...

SALVADOR:

Lo sé, lo sé... Pero mañana, debemos votar porque se venda esta miseria.

LILA:

Tenía calor y me revolví en la cama y estaba destapada y...

SALVADOR:

¡Lila!...

LILA:

¡No grites!... Me revolví, sí, me revolví...

SALVADOR:

Serénate, Lila.

LILA:

¡No puedo así, conversando, amor!...

SALVADOR:

(*La sacude tomándola por los brazos*). Mañana hay asamblea, ¿me oyes?

LILA:

Sí, amor.

SALVADOR:

Y hay que votar, ¿me oyes?

LILA:

Sí, amor.

SALVADOR:

¡Y votar por la venta!... ¡Por la venta!, ¿me oyes?

LILA:

Sí, amor... (*Arrastrándolo hacia dentro*). Sí... sí... sí, amor... sí, sí, por la venta, amor...

(*La escena queda vacía. Las luces descienden lentamente hasta el oscurecimiento total, mientras vuelve a oírse la canción. Comienza a amanecer. Termina la canción y se oye tañer las campanas de la iglesia. Pedro sale del café, bien descansado, feliz, aspira voluptuosamente el aire del mar, llenando y vaciando sus pulmones varias veces. Luego, cerca de la puerta del café ve algo que levanta.*)

PEDRO:

¡La cédula de Salvador!... Anda perdiendo todo por todas partes. ¡Qué muchacho distraído!

(*La guarda. Arregla las mesas para la asamblea. Llega Monteleone.*)

MONTELEONE:

Linda mañana y fresca. Estoy bien. Aunque prácticamente no haya dormido.

PEDRO:

¡Ah... señor de Monteleone!... ¡Que no le agarre el mal de mi mujer!... De noche, ¡insomnio!... Y ahora... dormida con la pesadez de una bolsa de arena. La pobre se pierde estas mañanas sin iguales en el país. ¡La brisa marina!... ¡No se imagina cómo me gusta respirar esta brisa mari-

na! . . . (*Se acerca Salvador*). Dime . . . ¿has perdido algo?

SALVADOR:

¿Algo?

PEDRO:

Digo. ¿Notaste que te falta algo que antes tenías?

SALVADOR:

(*Temiendo que Pedro sospeche*). No . . . no . . . no sé a qué se refiere, don Pedro.

PEDRO:

Pues yo tengo algo tuyo y no lo sabes. ¡Pero mira que eres tonto! . . . ¡Tu cédula! . . . Tienes suerte de haberla perdido en mi casa.

MONTELEONE:

No dudo que sí tiene suerte.

PEDRO:

¿Verdad que sí? . . . Si la pierde en otro lugar, digo . . . quizá no la encuentra más. Tómala. (*Se la entrega. Sale el Padre Benito a la puerta de la iglesia*). Buen día, padre Benito. Acérquese ya, que lo estamos esperando.

(*El Padre Benito lo hace, mientras Michele sale de su casa hacia el café y por una calle lo hace doña Anunziata*).

ANUNZIATA:

A mi edad, viendo cosas tan tontas . . .

MICHELE:

Y esperamos que todos lo consideren así, abuela. (*Se ubican en las mesas. De la Alcaldía sale el Alcalde con un libro de actas*).

ALCALDE:

Perdonen mi tardanza. Me detuve en buscar este libro de actas. Haremos todo legalmente y se harán y firmarán las actas que sean necesarias. (*Tomando posición como presidente de la asamblea*). Vecinos: a nadie escapa la trascendencia de lo que vamos a realizar. Por ello, es necesario que todos agotemos la discusión y lleguemos a lo más conveniente para la comunidad. Será democrática la decisión. Y el resultado que se obtenga por mayoría... ¡inapelable! Vecinos... queda abierta la asamblea. Sírvanse pedir la palabra.

MICHELE:

Pido la palabra.

ALCALDE:

Tiene la palabra el vecino Michele.

MICHELE:

Anoche pensé que puede venderse... lo que es propiedad de uno. Y un pueblo... ¿propiedad de quién es? Un pueblo no es solamente casas y calles. Ni sus habitantes, siquiera. Un pueblo es aún, todo lo que está detrás de todo eso. Lo que ya pasó y lo que pueda venir. No sé cómo explicarlo. Pero, además, esto: si encontramos comprador, es porque éste descubre algunas cosas buenas en el pueblo. ¿Por qué no las buscamos y las descubrimos nosotros? Vivimos mal hasta ahora, y echamos la culpa al pueblo, en vez de pensar si la culpa no es nuestra. Porque... ¿quién tiene la culpa de los males nuestros?... ¿Esta plaza?... ¿estas calles?... ¿estas casas?... Me parece que

no. Fue una forma de vivir equivocada. Y bueno, busquemos una nueva y mejor. Y todo va a cambiar.

PEDRO:

¿Puedo intervenir?

ALCALDE:

Usa de la palabra Michele Tagliaferro. Espere su turno.

MICHELE:

No tengo nada más que decir por ahora. Que hable.

ALCALDE:

Entonces tiene la palabra, don Pedro. Hable.

PEDRO:

Preguntamos ahora si vale algo el pueblo, cuando años y años demostraron que no. Cuando en 1961 no tenemos luz eléctrica, ni caminos...

SALVADOR:

¡Ni trabajo!

ALCALDE:

No se interrumpa al orador, ¿eh?, calladito...

PEDRO:

¡Eso!... ni trabajo. A mí me queda un poco de vino. Y cuando se venda... ¡Ustedes saben que yo no odio al pueb'lo! Ustedes saben cómo me gusta respirar esta brisa del mar. Y que no la voy a encontrar en otras partes, se lo adelanto. Pero, ¿podemos vivir así?... Lo vendemos y tal vez aparezca alguien que tenga más suerte que nosotros. Nada más, señor Alcalde.

SALVADOR:

¡Claro que sí! ¡Muy bien, don Pedro!

MONTELEONE:

Pido la palabra, señor Alcalde.

SALVADOR:

¡Y yo estoy pidiendo la palabra también!

ALCALDE:

Hable el señor de Monteleone. Pidió primero.

SALVADOR:

¡Lo de siempre!

MONTELEONE:

Anoche releía el Tratado de la Civilización Humana. ¿Saben cuándo comenzó a desarrollarse la civilización humana? La civilización humana comenzó a desarrollarse en el mismo instante en que el hombre primitivo deja de vivir de la caza y de la pesca únicamente, para instalarse en la tierra y cultivarla. Se instala, y así nacen pueblos, ciudades, agricultura, ganadería. Los pueblos, entonces, son conquista y consecuencia de esa civilización. Destruir un pueblo, es volver al hombre errante, al hombre que nada poseía, que nada tenía.

SALVADOR:

¿Qué tenemos acá?

ALCALDE:

¡Por favor! . . . no te metas cuando él está hablando, ¿eh?

MONTELEONE:

Voy a contestarle, sin embargo. Tenemos la tierra de nuestros mayores. La tradición de nuestros mayores. Tenemos el pasado que nos pregunta: ¿Son débiles o son fuertes?

SALVADOR:

¿Fuertes? . . . ¡Si no tenemos qué comer!

ALCALDE:

¡Salvador!... te rogué que no molestaras al orador...

SALVADOR:

¡Pero trae discursos!... ¡Y aquí necesitamos trabajo!

ALCALDE:

¡Salvador!... un poco de paciencia, Salvador. O tendré que echarte de la asamblea, ¿te das cuenta? Prosiga, señor de Monteleone.

MONTELEONE:

Es todo lo que quería recordar, señor Alcalde.

SALVADOR:

¡Había pedido la palabra yo! ¿O no puedo hablar?

ALCALDE:

¡Nadie te la niega, hijo mío!... Puedes exponer tus legítimas necesidades.

SALVADOR:

Yo no tengo las tierras del señor de Monteleone. Pero tengo veinticinco años. ¿Y qué vida me espera acá?... ¡No pido lujos! ¡Pido trabajar!... ¡Comer!... ¿Es mucho eso?... Padre, usted ha venido conmigo por esos caminos llenos de piedras malditas. ¿Para qué?... ¡Para pedir trabajo!... Me lo niegan, ¡no porque yo no sirva! Me lo niegan porque llego cansado de la pateada. Y encima... ¡volver! Padre usted fue testigo. ¡Usted sabe que no miento... ¡Ni ante usted ni ante Dios! Por eso le ruego que hable, Padre. Y por eso le ruego que me diga si Dios... ¡puede obligarme a una vida así!

(*Salvador calla esperando la palabra del Padre Benito. Este, verdaderamente emocionado, no se atreve a intervenir*).

ALCALDE:

(*Luego de una pausa*). ¿Quiere . . . quiere contestar algo, Padre Benito?

BENITO:

¡Eh! . . . Quisiera y no quisiera. He pasado la noche rezando para que Dios me ilumine . . . y sea justo mi voto. (*A Salvador*) Sé cuánta razón tienes, hijo. He seguido tus pasos y lo sé. Por eso solamente debiera apoyar la venta. Pero entonces . . . la venta se transforma en algo terrible para mí. Supongamos que el pueblo se venda. Bien. Y todos ganen con ello. Bien. Pero el pueblo tiene una iglesia. Y quien compra el pueblo, compra la iglesia. Entonces, pensé, si el pueblo es comprado por un protestante . . . o un anglicano . . . o un budista . . . ¿Me entiendes, Salvador? . . . No tengo nada más que decir, señor Alcalde. Esperaré que en el momento de votar, Dios me ilumine y salga de esta confusión que ahora tengo. Y haga lo mejor para todos.

ALCALDE:

¿Quién hace uso de la palabra ahora?

ANUNZIATA:

¡Yo! . . . (*Arrepintiéndose*) Pero . . . ¿qué voy a decir yo? . . . Mejor me callo.

MICHELE:

Todos tenemos que hablar, abuela. Diga lo que piensa.

ALCALDE:

No dialoguen, por favor. Hable si quiere hablar.

ANUNZIATA:

¿Qué voy a decir?... Todos tienen razón. Yo... no tengo razón. La razón sale de la cabeza y del estómago, me dijiste cierta vez, Michele. Y lo mío... sale del corazón. Aquí nací... y aquí me casé... y aquí parí ocho hijos... y aquí enterré mi finadito. Nacer... casarse... parir... es fiesta y esperanza. Enterrar mi finadito y ver marchar los hijos... —ocho, ustedes lo saben— no es fiesta ni esperanza. Pero igualmente, uno vive esperando que vuelvan. Los tres que están en la Argentina... el que está en Canadá... los cuatro que están en Milán... Ellos quieren volver con fortuna... ¡Y es cierto! Para mí será fortuna que vuelvan... ¡y esperanza! Yo no puedo vender mi esperanza. Por eso, señor Alcalde... ¿para qué voy a hablar yo?... ¿Qué tengo que decir?

ALCALDE:

(*Tratando de borrar el estado de ánimo dejado por Anunziata*). ¿Quién pide la palabra antes de ir a votación?

PEDRO:

No hemos oído la opinión del señor Alcalde.

ALCALDE:

¡Con gusto lo hago! Son muy respetables los sentimientos de doña Anunziata. Y las razones históricas del señor de Monteleone. (*Discursivo*) Pero lo más respetable... (*Señalando a Salvador*)... ¡es el llamado de la juventud!... ¡Hay que ser

realistas!... ¡Dejar lo que ya no produce!...
¡Otras manos harán lo que nosotros no supimos
hacer!... La vida moderna...

MICHELE:

¡Un momento! ¿Por qué no supimos hacer?

ALCALDE:

(*Dejando su tono discursivo*). Michele... te escuché respetuosamente y sin interrumpirte. Pido reciprocidad. ¿De acuerdo?

MICHELE:

¡Ej!

ALCALDE:

(*Continúa con su tono discursivo*). ¡La vida moderna exige destrucción de lo caduco! ¡Lo viejo, al museo! ¡El sentimiento por el pasado, aunque muy respetable, no puede ser un lastre que nos detenga! ¡El Partenón, un día fue abandonado!... ¡Y fueron abandonadas las pirámides egipcias y... ¡y tantas otras cosas!... cuando el hombre tuvo que cumplir su destino de seguir y seguir... Todo está muy claro. ¡Señores!... hemos llegado al momento de votar si no hay oposición. Por favor, a este lado quienes apoyan la venta. A este otro, los que se oponen. Ligerito, por favor.

(*Por la venta están Salvador y Pedro. Por no vender, Michele, Anunziata y Monteleone*).

ALCALDE:

Bueno... yo debo pasar acá. (*Con los de la venta*). ¿Y usted, Padre?

(*Hay un momento de tensión, pues el Padre Benito puede definir la asamblea. El mismo vive*

esa inquietud. Mira a ambos grupos integrados por tres personas cada uno. Finalmente va con quienes no desean vender).

ANUNZIATA:

¡Gracias, Dios mío! . . . ¡seguiremos! . . .

PEDRO:

¡Un momento, un momento! ¡No ha votado mi mujer y tiene los mismos derechos que todos nosotros! ¡Lila! . . . ¡Lila! . . .

(Entra al café corriendo).

MICHELE:

¡Protesto, señor Alcalde! . . . ¡La señora Lila no estuvo presente en la asamblea!

ALCALDE:

Sí . . . pero tiene derecho . . . es del pueblo . . .

MICHELE:

¡Pero no estuvo presente en la asamblea!

SALVADOR:

¡Michele! . . . ¿no vas a permitir que hable una mujer del pueblo?

MONTELEONE:

No se preocupe, Michele. Déjela votar. Habrá pasado mala noche, la pobre. Pero déjela votar. Se lo digo yo.

(Regresa Pedro trayendo a Lila en camión, cubierta con una bata, semidormida, agotada).

ALCALDE:

Señora, Lila, ¿cuál es su posición frente a la venta del pueblo?

(Entre dormida) ¡Qué sé yo! . . . ¡Qué me importa! . . . ¡Déjenme dormir! . . .

MONTELEONE:

Señora Lila, su palabra es importante en todo esto. Míreme... (*Ella lo hace con esfuerzo*). Recuerdo que «ayer»... me dijo cosas atinadas... sobre no vender.

PEDRO:

¡No puede ser!

MONTELEONE:

¿Usted la consultó?

PEDRO:

¡Cómo la voy a consultar si es mi mujer!...
¡Vamos, despierta, Lila!

LILA:

Me voy a la cama... no dormí anoche... (*Comienza a salir*).

SALVADOR:

Señora Lila... señora Lila... (*Esta se detiene*). Anoche no habrá dormido usted... ¡digo!, como dice... Pero luego, con el fresco de la madrugada... ¿a que sí?...

(*Lila se vuelve hacia Salvador y vuelve a ser ella*).

LILA:

Sí... sí... con el fresco de la madrugada, sí... ¿qué debo hacer?

MONTELEONE:

(*Desde su grupo, imperativo*). ¡Votar, señora Lila!

SALVADOR:

(*Desde el suyo, insinuante*). Votar, señora Lila.

LILA:

Sí . . .

(Mira hacia ambos grupos y va hacia el de pro-
venta, sonriéndole coqueta a Salvador, pero sale a
su encuentro Pedro, inmensamente feliz).

PEDRO:

¡Lila, querida mía! . . .

ALCALDE:

¡Empate, señores! . . . ¡El próximo domingo . . .
nueva asamblea! . . .

Telón para el Primer Acto.

ACTO SEGUNDO

(*Mismo decorado*)

PEDRO:

No comprendo su actitud. Yo, en su lugar, en la asamblea de mañana, apoyaba la venta del pueblo, vendía las tierras y me iba a una ciudad.

MONTELEONE:

Cada uno sabe sus cosas.

PEDRO:

¡Ahí está!... A veces, uno cree saberlas. Supongamos que no se venda el pueblo, y la gente continuara, como hasta ahora, marchándose, por no tener ya de qué vivir. ¿Qué haría usted?

MONTELEONE:

¿Qué haría con qué?

PEDRO:

¡Con usted mismo! Sin la gente que lo ayuda a levantar la cosecha... sin doña Anunziata que cuida su ropa... sin mí, que le preparo vino con yema y azúcar... ¡en fin!... sin lo poco que, aunque poco, tiene este pueblo todavía.

MONTELEONE:

No creo que los partidarios de la venta, tengan mayoría jamás. Ni que la gente que nos queda, decida irse jamás.

PEDRO:

¡No sé!

MONTELEONE:

Sigo creyendo que esto es ridículo, Pedro. Te diré más . . . creo que Michele fue sensato por primera vez en su vida.

PEDRO:

Sí . . . quizá . . . yo no tengo tantas luces como usted. (*Hay una pausa, piensa*). Pero eso sí, ¿ve? . . . eso me intriga.

MONTELEONE:

¿Qué?

PEDRO:

Michele.

MONTELEONE:

Ha sido sensato.

PEDRO:

¡A lo mejor! . . . Pero . . . enemigo, por así decirlo, de usted. Enemigo por así decirlo, del Padre Benito . . .

MONTELEONE:

¿Y?

PEDRO:

Los apoyó. ¿Qué interés tiene él por el pueblo, si se muere de hambre? Digo . . . ¿no será una maniobra?

MONTELEONE:

¿Para conseguir qué?

PEDRO:

¡Ah! . . . no soy tan ducho como para descubrirlo. Y lo pensé, ¿eh? . . . lo pensé. Lo pensé des-

de el primer momento en que lo vi parado junto a usted y al Padre Benito.

MONTELEONE:

¡Humm! . . . sí . . . podrías tener razón . . . puede resultar sospechoso. ¡Bah! . . . pero ¿qué manobra puede habersele ocurrido?

PEDRO:

¡Ah! . . . Podría ser . . . y no piense, por Dios que quiero intrigar contra él, ni menos convencerlo a usted para que cambie de opinión . . . Pero, veamos . . . si no vendemos, la miseria irá en aumento. Lo envolverá todo. Hasta a sus tierras, en una de éstas. ¿Me sigue?

MONTELEONE:

No te imaginé capaz de pensar tanto, Pedro. (*Reaccionando*) Pero, ¡no, no!, estás equivocado.

PEDRO:

Viéndolo parado junto a usted . . . al Padre Benito . . . defendiendo la misma causa . . . que no es una misma causa. Porque usted puede tener razón. El Padre Benito puede tener razón. Los motivos de ustedes son justos, comprendo. ¿Pero los de él? ¿Me sigue?

MONTELEONE:

(*Luego de permanecer pensando un poco en todo eso*). Pedro . . . nunca pensé que podría ser más tonto que tú. (*Se incorpora para salir*). Hay que sospechar de todo, te felicito. (*Comienza a salir, se vuelve*). ¿Qué pensaste, realmente, cuando hallaste la cédula de Salvador?

PEDRO:

¿Qué voy a pensar? . . . ¡Que es un descuidado que lo pierde todo!

MONTELEONE:

¿Nada más, realmente?

PEDRO:

¡Y qué más!

MONTELEONE:

Y tú, que entonces no pensaste nada más . . . ¿pensaste ahora todo eso que pensaste? ¡Pedro! . . . voy a casa a cavilar sobre mí. Para saber si soy idiota, o los años me están idiotizando.

(Se marcha Monteleone).

PEDRO:

¡Qué raros son los ricos! . . . A lo mejor son ricos, porque son raros . . .

(Pedro recoge el vaso que había servido a Monteleone, y entra al café. Sale Michele de su casa, va hacia la Alcaldía, llama en la ventana y sale el Alcalde).

ALCALDE:

¡No atiendo por la ventana! Si quieres algo, ¡entra!

MICHELE:

Sabe que he jurado no entrar en la alcaldía, mientras usted sea alcalde.

ALCALDE:

¡Pues quédate afuera! *(Entra cerrando la ventana, pero vuelve a abrirla y a asomarse)*. ¿No me dirás que me has llamado para decirme eso?

MICHELE:

Usted sabe que no.

ALCALDE:

¿Qué quieres?

MICHELE:

Siempre dije que usted es un mal bicho. En la asamblea descubrí que es un pobre chiquilín.

ALCALDE:

¡Michele! . . . ¡si vienes a provocarme a la misma alcaldía, tendrás tu merecido! . . . (*Desaparece cerrando la ventana nuevamente. Michele no se mueve de su posición. El alcalde vuelve a abrirla lentamente y a asomarse otra vez*). No . . . eres demasiado ladino para venir a eso solamente. ¿Qué quieres?

MICHELE:

Preguntar.

ALCALDE:

¿Qué?

MICHELE:

¿De quién es la fuente de la plaza?

ALCALDE:

¿Qué bobada es ésa?

MICHELE:

Conteste y sigo.

ALCALDE:

¿De quién quiere que sea? . . . ¡del estado!

MICHELE:

¿Y la plaza?

ALCALDE:

¡Termina, ya! . . . ¡del estado!

MICHELE:

¿Y la alcaldía?

ALCALDE:

¡Del estado! ... ¡No me hagas perder más tiempo, Michele!

MICHELE:

¿Y las calles?

ALCALDE:

¡Oye! ... ¿qué te traes? ... ¡del estado!

MICHELE:

¿Y las casas de la gente del pueblo?

ALCALDE:

¡Idiota pregunta! ... ¡De la gente del pueblo!

MICHELE:

Y la Iglesia es del Vaticano... y los campos del señor de Monteleone, son del señor de Monteleone. Usted... ¿es propietario de qué?

ALCALDE:

¿Cómo de qué?

MICHELE:

Digo. Cuando se venda el pueblo... ¿alguien pagará por su título de alcalde? ¿Es vendible un cargo público? ... (*Comienza el mutis*). Hasta luego, señor Alcalde.

(*Michele entra en su casa*).

ALCALDE:

(*Luego de pensar un instante*). ¡Oye! ... ¡Michele! ... ¡Michele! ... (*Ha quedado perplejo. Cierra la ventana y sale de inmediato a la calle. Va hacia la casa de Michele y golpea.*) ¡Michele! ¡Michele! ... (*Este no aparece*). ¡No sale el maldito! ... (*Comienza a caminar sin dirección alguna.*) La fuente ... ¡del estado! ... Las calles del ...

La Iglesia del... Mi título... mi cargo... (*Ha llegado al café. Llama*). ¡Pedro!

PEDRO:

(*Saliendo*). ¿Cómo está, señor Alcalde?

ALCALDE:

Siéntate y escucha. Si tuvieras dinero, digo, ¿comprarías un cargo de Alcalde?

PEDRO:

¿Comprar?... ¿cómo comprar?...

ALCALDE:

¡Eso!... ¡Comprar!

PEDRO:

No. Me haría ayudar por los democristianos o los comunistas, y lo ganaría en las elecciones.

ALCALDE:

Sírveme un vino, Pedro.

PEDRO:

Claro que sí, señor Alcalde.

(*Pedro entra al café. El Alcalde permanece absorto en su problema*).

ALCALDE:

Se hace apoyar por los democristianos o los comunistas... claro. Entonces yo... Sí, es así... La Plaza... La Iglesia... ¡Yo!... ¿propietario de qué soy?... (*Llama exasperado*). ¡Pedro!...

(*Regresa éste con el vino*).

PEDRO:

No creo haber tardado mucho, señor Alcalde.

ALCALDE:

Pedro... el hambre y el miedo al hambre, son malos consejeros.

PEDRO:

Sabr  Dios si es así . . .

ALCALDE:

Y uno, a veces, desesperado, da manotazos al aire.  Pero las manos no pueden agarrarse del aire!

PEDRO:

Ni aún de este aire lleno de sales del mar. Es así.

ALCALDE:

(*Lo toma de un brazo*). Estuvimos juntos, Pedro. Siempre estuvimos juntos.

PEDRO:

Sabe que siempre lo vot , señor Alcalde.

ALCALDE:

Y yo te perdonaba las multas . . . cuando aún había multas.  Te acuerdas, no?

PEDRO:

Y yo no me olvidaba de usted en su cumpleaños ni en las fiestas piadosas.

ALCALDE:

(*Ha terminado de comprender su verdadero interés y vuelve a su tono casi discursivo*).  Pedro! . . . se puede estar juntos en el error y en la verdad.

PEDRO:

 Una gran verdad!

ALCALDE:

 Pero de qué sirve estar juntos en el error?

PEDRO:

Nada más que equivocarse en compa a.

ALCALDE:

Entonces... ¿ahora comprendes bien todo?

PEDRO:

¡Perfectamente!

ALCALDE:

¡Dios sea loado!... Entonces... ¡votaremos para que no se venda!

PEDRO:

¿Qué cosa?

ALCALDE:

¡El pueblo!

PEDRO:

¿Quién hablaba de eso?

ALCALDE:

¿Sigues queriendo la venta?

PEDRO:

¡A muerte!

ALCALDE:

Sírveme otro vino. Y otro para ti. Yo pago. (*Pedro entra al café*). ¡Y cómo no me dí cuenta!... ¡Claro!... él tiene que vender. El café, las instalaciones... la casa... Pero la alcaldía... las calles... ¡o el Estado!... ¡O la Iglesia!... ¡O el Vaticano!... ¡Ma!... (*Vuelve a exasperarse*). ¡Pedro!...

PEDRO:

(*Saliendo con dos vasos de vino*). Hoy usted está apurado o yo tardo sin darme cuenta.

ALCALDE:

Siéntate. ¡Soy un idiota! Dije votar por la no venta... ¡y resulta que ya no entiendo nada! ¡Salud!... (*Beben todo el vaso*). ¿Te cayó bien?

PEDRO:

¿El vino?

ALCALDE:

El vino.

PEDRO:

Muy bien. Cada día está más vacía la bordale-sa. Y esta vez, cuando se termine...

ALCALDE:

Con un vaso de vino en el estómago se piensa mejor.

PEDRO:

Tranquiliza, sí, tranquiliza. Y si se ha comido algo tranquiliza más.

ALCALDE:

¿Tienes algo de comer?

PEDRO:

Longaniza. Buen cerdo, lo aseguro.

ALCALDE:

Trae otros dos vasos de vino y longaniza. Yo pago. (*Pedro entra al café*). Sí... tiene longaniza... y vino... y una casa... (*Se incorpora y va directamente hacia la casa de Michele. Llama sin que éste aparezca.*) ¡Michele!... ¡Sólo quiero agradecerte, maldito!... ¡Escúchame!...

(*Regresa Pedro con los vasos de vino y longaniza. No ve a su cliente hasta que, extrañado, lo descubre en la puerta de Michele.*)

PEDRO:

Su pedido, señor Alcalde. (*Este regresa al café*). Es la primera vez, en muchos años, que lo veo en la casa de Michele.

(Pero el Alcalde no contesta. Se sientan ambos y comen con ganas. Muy tranquilo Pedro, nervioso el Alcalde. Hay una pausa.)

ALCALDE:

¿Tienes cincuenta años?

PEDRO:

Cincuenta y uno.

ALCALDE:

¿Y siempre fuiste comerciante en este pueblo?

PEDRO:

Siempre.

ALCALDE:

¿Comprabas el vino a un precio y lo vendías a otro?

PEDRO:

Así es. Y la longaniza a un precio y la vendo a otro. Así es. Nada más.

ALCALDE:

¿Pensaste?

PEDRO:

¿En qué?

ALCALDE:

En la ciudad. ¡Un café en la ciudad! Precio de compra y precio de venta de la coca-cola. Precio de compra y precio de venta de cinco o seis fiambres distintos. ¡Y de queso! Y que si la botella de wiskey vale tanto, a cuánto tienes que vender cada una de las veinte medidas que trae. Y luego, los cigarrillos y los cigarros. Y si tienes un empleado —tendrás que tenerlo en la ciudad, porque la clientela no es como la de aquí y está apurada— las

leyes sociales del empleado. Y los borrachos que de noche se emborrachan... Y la policía, que si no les das... no se los lleva. Y los inspectores municipales... y de los impuestos.

PEDRO:

(*Lo corta*). Yo comería más longaniza y otro vino. ¿Y usted?

ALCALDE:

Escúchame, Pedro.

PEDRO:

Pago yo esta vuelta.

ALCALDE:

Pedro... ¿no me entiendes?

PEDRO:

¡Cómo no voy a entenderlo!... Aquí es fácil tener un café. Pero en la ciudad...

ALCALDE:

¡Pero te vas!...

PEDRO:

¿A dónde?

ALCALDE:

¡A la ciudad! ¡Quieres vender el pueblo para irte a la ciudad!

PEDRO:

¡Usted también quiere vender!

ALCALDE:

Sí... yo también. Pero escucha... tienes cincuenta años.

PEDRO:

Cincuenta y uno.

ALCALDE:

Aquí no eres viejo. Pero viejo para ir a la ciudad y comenzar de nuevo. Además... aquí eres joven. Pero se come. ¿Y si allá te va mal?... Tu mujer es joven.

PEDRO:

Veinticinco años.

ALCALDE:

¡Y te quiere!... Nadie lo duda. Pero allá... si todo va mal... y no tienes una bataraza que te ponga un mal huevo... y llega el hambre... ¿Qué hace una mujer joven y bonita cuando llega el hambre?... ¡La calle!... ¡El arroyo!... ¡La prostitución!... ¡Pedro!...

PEDRO:

¡Lo estoy escuchando!...

ALCALDE:

También yo tengo una inmensa confusión. Esta noche debemos pensar muy bien qué decidiremos en la asamblea de mañana. No quiero preocuparte más, Pedro. (*Deja dinero y se incorpora*). Sí, no quiero preocuparte más...

(*El Alcalde entra en su alcaldía. Pedro ha quedado perplejo. Con esa perplejidad entra, finalmente, al café. El Padre Benito sale de la iglesia, camina por la plaza mirando el atardecer. Llega Monteleone.*)

MONTELEONE:

Lo veo muy tranquilo.

BENITO:

Por lo menos, siento así a mi conciencia.

MONTELEONE:

¿Y qué importancia tiene una conciencia tranquila, cuando el peligro nos rodea?

BENITO:

¿Peligro? . . . No se respira otra cosa que paz en esta tarde.

MONTELEONE:

¿Paz? . . . ¡Somos víctimas de una sutil manobra!

BENITO:

¿De qué habla?

MONTELEONE:

¡Dime quién te apoya y te diré quién eres!

BENITO:

Una tarde demasiado hermosa y tranquila, le dije, para estar nervioso como usted lo está.

MONTELEONE:

¿Y si lo he descubierto todo?

BENITO:

El descubrirlo todo, sólo está en manos de Dios.

MONTELEONE:

¡Deje al cielo en paz ahora! Dime quién te apoya y te diré quién eres! ¡Esto! . . . ¿no le dice nada?

BENITO:

Algo profundo, sí. Pero no sé a qué se refiere.

MONTELEONE:

¡Michele!

BENITO:

¿Qué sucede con Michele?

MONTELEONE:

Nos apoyó y nos apoya. ¡A usted y a mí! ¿Por qué?

BENITO:

Ni a usted ni a mí. No quiere que el pueblo se venda.

MONTELEONE:

¡Usted defiende a ése!

BENITO:

¿Qué tiene «ése»?

MONTELEONE:

¡Bolchevique!

BENITO:

Apenas ateo. Y en este caso...

MONTELEONE:

¡En este caso hay una maniobra!

BENITO:

¿Maniobra?

MONTELEONE:

Usted quiere conservar la Iglesia. ¡Muy justo! Yo quiero conservar las tierras. ¡Muy justo! ¡Pero él!... ¿qué quiere conservar él?

BENITO:

El pueblo donde nació... donde vive...

MONTELEONE:

¿Para qué?

BENITO:

¡Bueno!... para conservarlo, supongo.

MONTELEONE:

Nadie conserva lo que no tiene algún valor.

BENITO:

¿Y entonces?

MONTELEONE:

El no quiere la venta... sabe que la miseria irá en aumento... y llegará el hambre. ¿Qué pasa

cuando hay hambre? . . . ¡Llega el comunismo! . . .
¿Qué quiere Michele? . . . ¡Llegar al comunismo
por el hambre! . . . ¡Y mis tierras serán asaltadas! . . .
¡Y su Iglesia será asaltada! . . . ¡Y todo será asal-
tado! . . .

BENITO:

(*Pausa. Piensa. Luego*). ¡No creo eso!

MONTELEONE:

¡Los bolcheviques avanzan sobre los que no
creen, como usted! ¡Padre Benito! . . . ¡tenemos que
cambiar de política!

BENITO:

(*Lo estudia*). ¿Vender? . . .

MONTELEONE:

¡Ni lo dude!

BENITO:

También yo nací aquí.

MONTELEONE:

¡Yo también! ¡Y qué importa!

BENITO:

Importa, sí.

MONTELEONE:

¡Padre Benito Rocatag iata! . . . ¿qué pasa si veo
al Obispo y denuncio que usted, en vez de apo-
yarme, apoya los planes rojos?

BENITO:

¡Eh! . . . ¿me amenaza?

MONTELEONE:

Lo quiero llevar a la reflexión . . . ¡a la re-
flexión! No quiero convencerlo. ¡Quiero que pien-
se! . . . Que la asamblea de mañana, no sea un

error que lamentemos siempre. ¡Que no preparemos una cabecera de puente a otro soviet en Italia!
(*Entra doña Anunziata que va hacia ellos.*)
¡Cuidado! . . . irá con el cuento.

ANUNZIATA:

¡Ah, buenas tardes! . . . buenas tardes para conversar. Tenía ganas de hablar con alguien y me dije «en la plaza habrá gente» . . . ¿O molesto?

BENITO:

¿Eh? . . . no, doña Anunziata, no. ¿O tiene algo más que decirme, señor de Monteleone?

MONTELEONE:

¿Decirle? . . . ¡hacer! . . . ¡Hay mucho que hacer! ¡Que moverse! No lo olvide, Padre Benito. Pocas horas para un desenlace que puede resultar fatal. Hasta luego.

BENITO:

Hasta luego.

(*Sale Monteleone de prisa. El Padre Benito permanece un momento aún desaparecido aquél, en esa actitud.*)

ANUNZIATA:

Nervioso . . . preocupado, el señor de Monteleone. (*El Padre Benito no la escucha*). Usted también está preocupado, Padre.

BENITO:

¿Eh? . . . No, abuela. Pensativo. Uno nunca sabe cuándo está en lo cierto . . . en la verdad . . .

ANUNZIATA:

Es el diablo que mete la duda. Usted lo dijo siempre.

BENITO:

¡Ay, abuela!... No dudo del cielo. Dudo de las cosas de la tierra. El cielo es inmutable, a Dios gracias. Pero la tierra... no es más que una sucesión permanente de zancadillas y cosas nuevas. Creemos estar seguros y...

ANUNZIATA:

Dígame, padre. Yo, de la tierra, de la vida, quiero decir, sólo sé que he tenido ocho hijos. Que se fueron y que los espero. Pero... ¿sé si vuelven?

BENITO:

¡Eh!... eso, ¿ve? Usted dice que lo seguro... que la verdad... es esperarlos. Y no pensé, por ejemplo, que es más lógico, quizá, que usted fuera hacia ellos.

ANUNZIATA:

¡Lo he pensado!... ¿Qué es lo que una madre no piensa? Pero... ¿cómo?

BENITO:

¡Eso!, ¿cómo?... *(El Padre Benito no trata de convencerla de que cambie de actitud. Simplemente señala la probable contradicción que ella vive.)* Bueno... usted se opuso a la venta del pueblo. Y quizá su negocio hubiera sido vender. Con ese dinero, viajar a Milán... a Canadá... a la Argentina... ¡Qué sé yo, abuela!... ¡Llegar a mi edad y estar desorientado!... ¡Oh, perdóneme!... es hora de tocar la oración de la tarde.

(En el final del parlamento del Padre Benito ha salido Lila y se ha instalado en una mesa. Terminado su diálogo, el Padre Benito entra a la igle-

sia. Anunziata lo mira partir y se marcha cavilando. Son las últimas horas de la tarde y se oye la canción. Luego, el tañer de las campanas. Por una de las calles entra Salvador y va hacia Lila.)

SALVADOR:

¿Sola?

LILA:

Está dando de comer a las gallinas.

SALVADOR:

¿Puedo quedarme?

LILA:

Puedes.

SALVADOR:

No lo dices muy convencida.

LILA:

Pensaba en otra cosa. Salvador... vender es huir.

SALVADOR:

¿Tú con eso?

LILA:

Una vez creí que casarme... también era huir.

SALVADOR:

¿De qué?

LILA:

De la miseria... del miedo... Los muchachos de mi edad se iban del pueblo... Tuve miedo... ¿Qué iba a ser de mi vida?... Y me casé con Pedro.

SALVADOR:

Te noto cambiada. Anoche...

LILA:

Anoche era anoche. En la oscuridad, no siento más que mi calor y mi necesidad.

SALVADOR:

¿No me tienes confianza?

LILA:

No la tengo en mí. No me casé con Pedro para hacer lo que hago. Puedo ser una mujer sensata como la más sensata. Pero la noche... la noche es una sábana caliente que me hace daño.

SALVADOR:

¿No me quieres?

LILA:

Sí... yo te quiero. Pero... ¿y tú?

SALVADOR:

Sabes que sí, Lila.

LILA:

O me necesitas... cuando la noche es también para ti una sábana caliente que no te deja dormir.

SALVADOR:

Te quiero de noche y de día.

LILA:

¿Como para salvarme de todo esto?

SALVADOR:

Sí...

LILA:

Dudaste. ¡No! ¡No me digas nada! Yo tampoco estoy segura de nada. Eso es todo, ¿comprendes?

SALVADOR:

Entonces, ¿qué?... Ya es casi de noche, Lila. ¿Te veré hoy?

LILA:

(*Sonríe tristemente*). Soy como esas sombras solitarias en los caminos llenos de sol. Al alcance de quien tenga calor. Nada más que eso.

SALVADOR:

Volveré esta noche, Lila.

LILA:

Sabes cuándo soy débil.

SALVADOR:

Sé cuándo puedo tenerte a solas y en paz.

LILA:

Sabes cuándo soy débil.

SALVADOR:

¡Hasta la noche, Lila!

(*Sale Salvador. Lila permanece un momento pensativa. Sale Pedro*).

PEDRO:

Entra, Lila. Yo cerraré. (*Arregla mesas y sillas pero siempre preocupado por la nueva realidad que le trajo el Alcalde. Lila se incorpora para marcharse y Pedro la detiene*). Lila... en la ciudad, digo... ¿crees que en la ciudad, cuando una mujer joven es pobre y?...

(*Se detiene. Ella lo mira un momento, ahora casi con cariño*).

LILA:

Pedro... yo no sé nada de la ciudad... nunca fui... lo sabes?...

(*Lila entra al café. Pedro la mira entrar. Continúa luego arreglando las sillas ajeno a la tarea en sí. De su casa; sale Michele*).

PEDRO:

¿En qué andas, Michele?

MICHELE:

Camino. Para cansarme y poder dormir.

PEDRO:

Michele... ¿es posible que un hombre, a los cincuenta y un años puede no ver claro un problema?

MICHELE:

A los ciento y un años también, Pedro. ¿Quieres caminar conmigo? Hablemos.

PEDRO:

No, Michele. Esta noche no.

MICHELE:

Hasta mañana, entonces.

(Michele continúa su marcha. Pedro entra al café cerrándolo. Por otra de las calles regresa Michele. Que en realidad, camina por cualquier parte. De pronto, ve acercarse a alguien y se esconde. Es Salvador, que sin ver a Michele, va hacia el café. Se cerciora si Pedro duerme y va a silbar cuando Michele lo toma de un brazo con el consiguiente sobresalto del muchacho).

MICHELE:

¡Salvador!...

SALVADOR:

¡Michele!...

MICHELE:

¿Creías que era Pedro, eh? Tengo que hablarte.

SALVADOR:

¿Ahora, Michele?

MICHELE:

Ahora. *(Lo lleva hasta la fuente y se sientan en ella)*. Siempre dijiste que soy un padre para ti. ¿Lo sigo siendo?

SALVADOR:

Aunque no estamos de acuerdo . . . sí, Michele.

MICHELE:

¿Y por qué no estamos de acuerdo?

SALVADOR:

Es lo que no entiendo. Yo tengo razón.

MICHELE:

No.

SALVADOR:

Vives tan mal como yo y no me apoyas.

MICHELE:

Porque no es solución. Vender, no es solución. Venderemos el pueblo y calmaremos el hambre unos días. Iremos a Roma o a Milán. Y cuando volvamos a tener hambre . . . no podremos vender Roma o Milán, ¿comprendes?

SALVADOR:

Así dicho, sí. Pero, ¿es así?

MICHELE:

¿Lo ves de otro modo?

SALVADOR:

Sí. ¡Te acostumbraste a la miseria, Michele!

MICHELE:

¡Yo!

SALVADOR:

¡Y todos! Los de antes se acostumbraron a la miseria. Los muchachos, ahora, queremos vivir.

¡Y no la queremos! Explícame eso. Porque no miento.

MICHELE:

(*Lo observa un momento. Sabe que Salvador tiene razón. Pero no acierta con la explicación justa*). A lo mejor... bueno, antes siempre se decía... que se nacía pobre... que se nacía rico... que era el destino. Ahora no se dice más que es el destino. Ahora se sabe que más importante que nacer, es crecer... hacerse. Y que todos tenemos derecho a eso. Sí, no mientes. Hoy, los muchachos no se conforman así no más. Pero, Salvador... no es cuestión de no conformarse y hacer cualquier cosa. ¡Lo que venga! ¡O como venga! ¡O de cualquier manera!

SALVADOR:

¿Cual es la manera, Michele?

MICHELE:

¿Es justo que cuando todo el mundo tiene luz, y trenes y trabajo nosotros no tengamos nada de eso?

SALVADOR:

¡Y por eso me quiero ir!

MICHELE:

¿Y por qué no traemos aquí, lo que es justo para todo el mundo?

SALVADOR:

¿Cómo?

MICHELE:

Todavía no lo sé. Pero si ahora vendemos el pueblo, ya no será posible pensar más en eso,

¿comprendes? (Pausa). ¿Ibas a ver a Lila? (Salvador lo mira y no contesta) ¡Contéstame!

SALVADOR:

Sí...

MICHELE:

¿Por qué?

SALVADOR:

¡Eh!, porque... Necesito una mujer... ¡Y no tengo otra!

MICHELE:

¿Por qué?

SALVADOR:

¡Porque no tengo!... Y si la tuviera, ¿qué?... ¡no podría casarme!

MICHELE:

Todo cabeza abajo, Salvador. Cuando dejamos de tener trabajo en el pueblo, caminamos kilómetros y kilómetros entre las piedras, para encontrarlo. Y Lila, es lo mismo para ti. Como caminar entre la noche y el engaño. Te pregunto... ¿eso puede ser el amor?

SALVADOR:

No puedo hacerlo de otra manera.

MICHELE:

El amor no se hace, Salvador. ¡Nace! ¡Crece!

SALVADOR:

(Se incorpora). Me espera. Déjame.

MICHELE:

Un momento. (Este se detiene). Si ella te pide... «llévame contigo»... ¿lo haces?

SALVADOR:

(Sin convicción). Sí...

MICHELE:

¡La verdad, Salvador!

SALVADOR:

No . . . no la llevo . . .

MICHELE:

¿Ves? . . . te cuelgas del engaño, de la mentira, para conseguir un poco de tranquilidad. Y eso no es tranquilidad, Salvador.

SALVADOR:

¡Todo está podrido en este pueblo, Michele!

MICHELE:

No. Todo no. Yo te puedo comprender, sí. Cuando todo falta, no puede pedirse a la gente únicamente buenas costumbres, como hacen algunos. ¡Es pecado mentir! . . . ¡o mirar la mujer ajena! . . . pero no es pecado de nadie que la gente se muera de hambre . . . o no tenga donde vivir. ¡Sí!, pero con Lila te engañas . . . La engañas a ella . . . y engañas a Pedro. ¿Y tanto engaño para qué? . . . Si al menos sirviera para algo, Salvador, las cosas fáciles no remedian nada. Déjala . . . y ayúdame a ganar la asamblea de mañana.

SALVADOR:

¡Yo!

MICHELE:

Sí.

SALVADOR:

¡Yo quiero vender! ¡Salir de esta porquería!

MICHELE:

Quieres salir de tu desesperación.

SALVADOR:

¿Y está mal?

MICHELE:

Es la manera... es la manera...

SALVADOR:

¡Está bien!... ¡Soy un rufián!...

MICHELE:

No. A uno lo empujan... Lo empujan para que sea un rufián. Uno no quiere, pero lo empujan... lo empujan... Y cuando te hiciste rufián dicen... «¿No ven cómo es la gente? Todo está podrido. Si el peor enemigo de la gente, es la gente misma». ¡Mentira! Te hicieron enemigo. ¡Te empujaron! Te empujaron con una topadora grandota, como esas que hacen las calles de la ciudad. Salvador... tienes que ayudarme. ¡Vamos!

SALVADOR:

(Lo mira un momento. Luego mira hacia el café. Finalmente...) ¡Qué sé yo, Michele!... Está bien... vamos.

(Michele y Salvador entran en la casa del primero. Entra, luego, y furtivamente, Monteleone dirigiéndose al café. Escucha).

MONTELEONE:

¡Ronca!... Y cuando él ronca... ¡ronca! *(Llama)* ¡Lila!...

LILA:

(Sale) ¡Usted!

MONTELEONE:

¿Esperabas a otro?

LILA:

¡Váyase!

MONTELEONE:

Sólo vine a pedirte perdón.

LILA:

Son más de las diez. Váyase.

MONTELEONE:

Son más de las once.

LILA:

No lo creo.

MONTELEONE:

(*Mostrándole su reloj*). Once y cuarto. ¿esperabas a Salvador?

LILA:

Está bien, sí. Esperaba a Salvador. ¿Y qué le importa?

MONTELEONE:

Me importa, sí, me importa. Pero no pienso contrariarte. Si eres feliz con él...

LILA:

¡Lo soy!

MONTELEONE:

No lo dudo. Es joven... espéralo.

LILA:

A esta hora ya no vendrá.

(*Hay una pausa*).

MONTELEONE:

Tener una sola oportunidad... es malo. Si vieras en una ciudad, tendrías montones de oportunidades.

LILA:

¿Qué quiere decirme?

MONTELEONE:

Que si hubieran ganado los que quieren vender, hubieras ido a una ciudad. Lo siento.

LILA:

¿Lo dice usted que votó en contra nuestra?

MONTELEONE:

Recapacité. Y por eso te pedía el perdón que no quieres darme. Está bien. Adiós. Y discúlpame que te haya llamado.

LILA:

(*Cuando Monteleone finge marcharse*) Espere. ¿Cómo es eso que dijo?

MONTELEONE:

¿Dije... de qué?

LILA:

Eso de la ciudad...

MONTELEONE:

No tiene importancia. Pensé... que la vida en la ciudad podía favorecerte. ¡En fin!... si fuese necesario... hasta le haría un préstamo a tu marido para que alquilase un buen local... sin vivienda. Tu tendrías el departamento en otro lugar. Y su bar... abierto hasta muy tarde. Tendrías libertad.

LILA:

Concretamente... ¿qué propone?

MONTELEONE:

Que sigas apoyando la venta del pueblo.

LILA:

¿Nada más?

MONTELEONE:

Bueno... y que pienses un poco en mí, claro.

LILA:

(*Lo mira un momento*). Puedo pensar en usted... después de pensar en mí y ver todo lo que me rodea.

MONTELEONE:

No entiendo.

LILA:

Si no puedo dormir de noche . . . es porque oigo como voces que me dicen: «escucha como escapa tu vida . . . ¿para dónde? . . . ¿para qué?» . . . Acaso usted es la única y sucia esperanza . . .

MONTELEONE:

(*Tratando de tomarla*). Puedo aguantar hasta que me insultes.

LILA:

¡Déjeme!

MONTELEONE:

(*Continúa su asedio*). Tengo muchas liras que puedo darte esta misma noche.

LILA:

Me compra . . . me paga . . .

MONTELEONE:

Vida mía . . . también compro el pan que necesito.

(*Vuelve a tomarla de los brazos, tratando de llevarla hacia el interior del café. No puede precisarse bien si ella lo acepta o lo rechaza totalmente. Apagón. Vuelven a oírse los mismos versos de la canción. Y cuando la luz entra a «cuchilla», es ya la mañana y todos los vecinos están reunidos en asamblea*).

ALCALDE:

Y bien, mis queridos vecinos, esta nueva asamblea dará el nuevo veredicto. Una semana ha bastado para que todos nosotros hayamos analizado el

problema más profundamente. Antes de llamar a votación, creo que es conveniente oír otra vez la palabra de cada vecino. Tiene la palabra Michele Tagliaferro.

MICHELE:

No la pedí.

ALCALDE:

(*Con marcada simpatía*). ¡No importa, Michele!... Como el pueblo siempre te escucha con interés... Ahora, si no quieres hablar mi querido Michele...

MICHELE:

Puedo hacerlo. No haré más que insistir en mi idea de no vender. Cuando más lo pienso, lo veo con más claridad.

MONTELEONE:

¡Yo también lo veo con más claridad!

ALCALDE:

¡No se interrumpa al vecino Michele Tagliaferro!

MICHELE:

No tengo nada más que decir.

ALCALDE:

¿No quieres decir nada sobre?... ¿cómo es eso?... eso de lo que es del estado... quedará para el estado...

MICHELE:

No es problema mío.

ALCALDE:

¡Claro, claro, lo sé!... Tiene entonces la palabra, el señor de Monteleone. Digo, si quiere hablar, como parecía...

MONTELEONE:

Sí. No quise la venta. Sentía, como dije, sobre mí, la mirada de mis antepasados. Y sentía que el curso de la civilización humana, no debía ser detenido. Pero he descubierto también, que en este mundo que vivimos, se especula hasta con algo muy desgraciado: la miseria. ¡Y cuidado! Algunos están tratando de mezclar la política con la miseria. Siento la necesidad de denunciar esto ahora, para que todos estemos muy atentos en el momento del voto. Nada más, señor Alcalde.

PEDRO:

¡Pido la palabra!

ALCALDE:

Tienes la palabra, Pedro.

PEDRO:

Las palabras del señor de Monteleone me han emocionado. Aunque no tengo antepasados, como el señor de Monteleone, me han emocionado. Y me han emocionado porque ha recordado la miseria. La miseria... es lo único que tenemos en este pueblo. Pero... ¡Vivimos!... ¿Y en la ciudad?... ¿Cómo es la miseria en la ciudad?... Eso pregunto. No tengo nada más que decir, señor Alcalde. Fuera de que el señor de Monteleone me ha emocionado.

ANUNZIATA:

¿Puedo decir una cosa?

ALCALDE:

Hable sí, doña Anunziata, hable usted.

ANUNZIATA:

A lo mejor... por algo hizo Dios a los árboles con raíces... y a los seres humanos con piernas

que caminan. Si los hijos no van hacia los padres... los padres tienen que ir hacia los hijos. No sé... tal vez la providencia me está ofreciendo la oportunidad — en este pedacito de vida que me queda — de verlos... ¡Ay, Dios mío!... no sé lo que hacer... no sé lo que hacer...

ALCALDE:

(*Luego de una pausa de Anunziata*). ¿Ya terminó, doña Anunziata?

ANUNZIATA:

De hablar sí... Pero qué hacer... no sé lo que hacer...

SALVADOR:

¿Puedo hablar?

ALCALDE:

Adelante, Salvador.

SALVADOR:

Los que no conocemos más que caminos difíciles... elegimos, a veces, los caminos fáciles. Porque estamos cansados... desorientados... Y no pensamos, por ejemplo, por qué no tenemos aquí luz, ni trenes, ni nada. ¿Por qué no buscamos la manera de conseguirlos y...

MONTELEONE:

(*Lo corta*). ¿Vas a presentar tu candidatura a senador?

SALVADOR:

Quiero decir...

MONTELEONE:

¿Que algún partido político te hará senador?

ALCALDE:

Por favor, señor de Monteleone...

MONTELEONE:

¡Yo denuncié! .

SALVADOR:

¡Estoy en uso de la palabra yo!

ALCALDE:

¡Señor de Monteleone, por favor! . . .

MONTELEONE:

Una cuestión de orden, nada más.

ALCALDE:

Entonces diga. Un segundo, Salvador, ¿eh?, querido.

MONTELEONE:

Pido que el jovencito no se salga de la cuestión. Lo que puede hacerse en el futuro no está discutiéndose aquí. Si el jovencito pertenece a algún partido político que transformará a este pueblo en un paraíso, que espere las elecciones del año que viene. Aquí se discute la venta o la no venta.

ALCALDE:

Sí, Salvador, no salirse de la cuestión . . . ¡qué vamos a hacer! . . .

SALVADOR:

Está bien. Y creo que el señor de Monteleone ha dicho la verdad. Las elecciones del año que viene podrían dar el triunfo a un partido político que, haciendo las cosas de una manera distinta a lo que se hizo hasta hoy, arregle todo. Pero . . . si vendemos el pueblo . . . ¿votaremos en esas elecciones del año que viene? . . . Digo . . . ¿estaremos aquí para votar? Nada más, señor Alcalde.

ALCALDE:

Sí, sí, sí!... ¡El año que viene!... Claro que sí!... ¿Por qué no?... ¿Hay tanto apuro por vender?... (Mirando a la asamblea) Eeeh... Padre Benito... ¿y usted?

BENITO:

¿Humm?... ¡Ah, sí!... La verdad es que yo no esperaba que a mi edad, Dios me pusiera frente a una disyuntiva como ésta. Que deba ver, por un lado, las necesidades del pueblo. Y por otro lado, las de mi templo. Esta simple idea de dividir pueblo e iglesia, me atormenta, créanmelo. El domingo pasado pregunté qué le pasaría a mi templo si vendiésemos y el comprador fuese protestante... anglicano... o budista... Hoy, por encima de todos los intereses del pueblo, aún los más nobles y cristianos, debo impedir que mi Iglesia pueda caer en manos de anglicanos... protestantes... budistas... ¡o comunistas! Es todo lo que tengo que decir, señor Alcalde.

ALCALDE:

Bien, tendría que hablar yo, si nadie más quiere decir nada. La verdad... muchas veces he levantado mi tribuna partidaria en estas antiguas calles. Siempre con mi confianza depositada en mi pueblo y su futuro. Pero nunca pensé, que alguna vez tendría que precidir una reunión pública, donde la vida del pueblo mismo estuviese en juego. ¡Ciudadanos!... ¡las instituciones republicanas no se venden!... ¡El pueblo es el dueño de su futuro!... ¡La constitución italiana!...

MONTELEONE:

¡Alcalde! . . . ¡no estamos aquí para su reelección! . . . Eso que dice, lo sabemos todos!

ALCALDE:

¿Eh? . . . Está bien. Si está todo en claro, votemos ahora. Como el otro día, a este lado los que están por la venta. Aquí, los que no la quieren. Por favor, ¡ligerito!

(Por la venta pasan ahora Anunziata, Padre Benito y Monteleone. Por la no venta, Michele, Salvador y Pedro).

ALCALDE:

Y yo, que voy a tomar posición . . .

(Se dirige hacia el grupo de Michele. Alegría en éstos., Pero breve, pues en ese instante entra Lila coquetamente vestida).

LILA:

¡Un momento! Tengo derecho a votar, me parece.

PEDRO:

(Desde su grupo). ¡No importa, querida mía, igual ganamos!

ALCALDE:

En este lado, señora Lila, quienes no queremos la venta. En ese lado . . .

(El Alcalde se detiene pues Lila parece ir al grupo pro venta).

PEDRO:

¡Aquí, querida mía! . . . ¡Aquí! . . . ¡Si ya ganamos! . . .

LILA:

¿Cómo hablas de ganar, querido mío, antes de que las elecciones terminen?

(Lila, decidida, va hacia el grupo pro venta).

PEDRO:

¡Te equivocas, querida, es aquí!

LILA:

¡Te equivocas, querido, es aquí!

PEDRO:

¡Lila, querida mía! . . . ¡es aquí! . . . ¡es aquí! . . .

ALCALDE:

¡Empate, señores! . . . El próximo domingo, nueva samblea! . . .

Telón para el Segundo Acto.

ACTO TERCERO

(Mismo decorado. En distintas mesas del café, pero dándose la espalda ostensiblemente, Michele y el Padre Benito. Pedro, mirando hacia el mar por una de las calles).

PEDRO:

¡No hay en Italia mejor clima que aquí!... Y la vista panorámica... ¡inigualable! Lo peor que podríamos hacer, sería dejar esto. (*Va hacia Michele y el Padre Benito*). Por primera vez no comprendí a mi mujer. (*Al Padre*). Le confieso... desde la asamblea del domingo... ¡no la hablo! Una semana ya, que no la hablo. (*Viendo que el Padre no le contesta*). ¿Está mal?

BENITO:

Está mal. (*Con intención, hacia Michele*). Las ideas opuestas no deben separar a la gente. (*Michele va a contestar algo, pero se contiene y vuelve a su posición*).

PEDRO:

¡No son ideas! ¡Votó contra mí! Y la mujer debe seguir al marido. ¿O no es así?

BENITO:

¡Eh!... Es así...

PEDRO:

Es lo que no comprendo. Si yo voté... ¡no vender!... ¿Cómo ella vota por la venta?... ¿O quiere irse sola?

BENITO:

Para irse sola no hace falta votar. Se va y listo.

PEDRO:

¡Padre!... ¡Cómo no se me ocurrió eso!... Entonces la pobre, errada o no, ¡buscaba lo mejor para mí!... Ahora veo claro... ¡gracias, Padre!... ¡Ella siempre fue así!... Vea, de noche, cuando no puede dormir, se levanta para no molestarme dando vueltas y vueltas en la cama. Le pediré disculpas. Eso debo hacer, ¿verdad, padre?

BENITO:

Eso. (*Con mayor intención hacia Michele*) Las ideas opuestas no deben separar a la gente.

PEDRO:

Ahora mismo arreglo la situación. (*Entra al café*).

BENITO:

(*Luego de mirar hacia Michele y subrayando aún más sus palabras*) Las ideas opuestas no deben separar a la gente.

MICHELE:

(*Michele se vuelve hacia el Padre lentamente y se queda mirándolo un momento*).

¿Conoces a ese animal gordo, de patas cortas y cola enrulada que se revuelca en el barro? Eso me recuerdas: al cerdo.

BENITO:

(Como si no lo hubiera oído). Ni aún cuando una idea nace, para destruir a otra idea.

MICHELE:

¡Pero tú apoyas la destrucción del pueblo!

BENITO:

¡La venta! . . . no la destrucción.

MICHELE:

¿Y qué es la venta? . . . Todos a vagar por otras regiones con otras costumbres. Quien venga aquí, meterá otra historia.

BENITO:

¿Y mi templo?

MICHELE:

No creo que te importe mucho si lo vendes.

BENITO:

Puedo aceptarte que me digas cerdo. ¡Y en privado! Pero no que blasfemes. ¡Ni en privado!

MICHELE:

Cuando el latifundista dijo «no vendamos», no vendiste. Cuando el latifundista dijo «vendamos», ¡vendiste! No te importa tu templo. Te importa el latifundista. *(Por una de las calles pasan Monteleone y el Alcalde. El primero hablando con todo interés al segundo. Al pasar por el café, se interrumpe. Saludan al Padre y entran a la Alcaldía)*. ¿Sabes que hace?

BENITO:

¿Quién?

MICHELE:

Monteleone.

BENITO:

¡Cómo puedo saberlo!

MICHELE:

¡Estará comprando su voto!

BENITO:

Prejuzgas...

MICHELE:

¡Eh!... (*Se incorpora*) Escúchame. Nunca discutí si tu Dios existe o no. ¿Pero sabes por qué nunca me metí en tu iglesia? Porque el pueblo puede meterse en ella y ayudarte. Pero tú nunca te metiste a ayudar al pueblo.

BENITO:

Lo has dicho mil veces.

MICHELE:

¡Y nunca me demostraste que estaba equivocado! Un día caminaste entre las piedras con Salvador... ¿De qué te sirvió?... ¡A la semana siguiente votaste al latifundista! ¿No comprendes que si quieres que siga viviendo tu iglesia, debes defender a tu pueblo? (*El Padre lo mira, pausa*). ¿Me equivoco? ¡No, no me equivoco!

(*Michele, sin otra palabra entra en su casa. El Padre Benito ha quedado mirándolo y sigue en esa actitud aún cuando éste ha desaparecido. Regresa Pedro*).

PEDRO:

¡Lloró!... Cuando dije a la pobre que la disculpaba... ¡lloró! Es una criatura que no sabe lo que hace. (*El Padre no lo escucha. Continúa mirando hacia la casa de Michele*). Padre, ¿tomamos un vinito para festejarlo?

BENITO:

¿Humm? ... No, Pedro, no.

PEDRO:

Ella cocinará esta noche un guiso con arvejas y cebollas, que es mi preferido, para festejar la reconciliación. ¿Nos acompañará, Padre?

BENITO:

(Incorporándose) Gracias, Pedro. Creo que debo ir a la Iglesia a ... a meditar.

PEDRO:

A la Iglesia se va a rezar, Padre.

BENITO:

Sí. Pero rezar es suplicar ... pedir ... Y meditar, tiene que ser resolver. Y aquí hace falta resolver.

(El Padre Benito entra en la iglesia en el momento en que de la Alcaldía salen Monteleone y el Alcalde que se dirigen al café).

MONTELEONE:

Pedro, ¿quieres servirnos dos vasos de vino blanco con yema y azúcar?

ALCALDE:

Yo, sin yema ni azúcar.

MONTELEONE:

Conviene tomarlo, señor Alcalde. Fortifica el cerebro. Anda, Pedro, tráelos.

PEDRO:

Sí, señor. Claro que fortifica el cerebro. *(Entra al café).*

MONTELEONE:

¡Y tú necesitas fortificar tu cabeza! Está bien, olvidaré que en las dos asambleas votaste contra mí.

ALCALDE:

No contra usted. A favor mío.

MONTELEONE:

¿Pero cómo debo explicarte todo?

ALCALDE:

Usted tendrá razón. Pero yo nada poseo en el pueblo. El pueblo se vende . . . ¿y qué es mío? . . . Me dan una patada en el traste . . . ¡y adiós!

MONTELEONE:

¿Te hice alcalde, no?

ALCALDE:

¡Muy reconocido!

MONTELEONE:

Te mantuve en ese cargo elección tras elección, ¿no?

ALCALDE:

¡Muy reconocido!

MONTELEONE:

Nunca te abandoné, ¿no?

ALCALDE:

¿Y ahora quiere que me abandone yo mismo?

MONTELEONE:

Escucha, torpe, a ver si lo entiendes más crudamente. Cuando esto se venda, tendremos dos . . . tres . . . ¡cinco! interesados. Tú serás la autoridad que negocies con ellos.

ALCALDE:

¡Soy el Alcalde!

MONTELEONE:

Oficialmente, fijaremos un precio de venta. Extraoficialmente, el comprador que mejor comisión

ofrezca — ¡a ti y no a otro! — tendrá el pueblo. Dirás a la gente que es la oferta más conveniente... o que las condiciones morales del comprador... ¡en fin!... lo que se estila. ¿Pensaste en los millones de liras que cuesta esto?

ALCALDE:

¿Y después qué?

MONTELEONE:

Después nos iremos a otra parte. Te recomendaré al partido para que te hagan diputado o algo así. ¿O piensas morirte de alcalde en esta inmundicia?

ALCALDE:

¿Y le parece que ganamos la votación?

MONTELEONE:

Con tu voto, seguro. Además... hace dos días contraté a Salvador para un viaje a la ciudad. Para que regresase hoy. Pero he tomado providencias para que el auto que lo acerca... equivoque la ruta primero... se descomponga luego... ¿me entiendes? Cuando quiera lanzarse a pie para aquí, estará al otro lado de la isla. Y en el mejor de los casos, llegará mañana por la noche, cuando la asamblea haya resuelto la venta. Michele, con dos votos menos, no tiene ninguna posibilidad de ganar. Y si tú convenciste a Pedro la semana pasada para que no vendiese, ahora puedes convencerlo para que sí venda. Y si esto ocurre, la mayoría es absoluta.

PEDRO:

(Regresando con dos vasos). No sé si le puse suficiente azúcar.

MONTELEONE:

(*Incorporándose*). Pedro, olvidé la hora que es. Bébetelo a mi salud, hasta luego. (*Sale, luego de pagar*).

PEDRO:

Siempre dije que el señor de Monteleone es un hombre raro.

ALCALDE:

Siéntate, Pedro. Es raro, porque es inteligente. Y sabe lo que hace. No abundan hombres así.

PEDRO:

Es una gran verdad, señor Alcalde.

ALCALDE:

Y digo . . . si nosotros no habremos sido unos tontos.

PEDRO:

Cuando uno ha perdido la vida sin progresar, es porque se ha sido un tonto, en efecto.

ALCALDE:

¿Tienes cincuenta años?

PEDRO:

Cincuenta y uno. (*Bebe*). Para mí está bien de azúcar.

ALCALDE:

Y no hay ninguna ley humana que diga que a esa edad la vida ha terminado.

PEDRO:

Me siento un muchacho, generalmente.

ALCALDE:

¿Por qué no buscar en otro lado, entonces, lo que este lugar no da?

PEDRO:

Sí, eso hacen los muchachos.

ALCALDE:

¿Por qué no lo haces tú?

PEDRO:

Para tanto no estoy. ¡Veal!... un café en la ciudad exige saber el precio de compra y el precio de venta de la coca cola. Y del whiskey, que trae veinte medidas en cada botella. Y de los cigarrillos y de los cigarros. Además, los impuestos y leyes sociales.

ALCALDE:

¿Y eso es todo?...

PEDRO:

¡Eh!... Y aquí, aunque mal, comemos. Pero en la ciudad, el hambre es el hambre. Mi mujer es joven. ¿Y qué hacen las jóvenes cuando tienen hambre?... ¡La calle!... ¡El Arroyo!... ¡La prostitución!

ALCALDE:

Sí, sí. Pero escúchame.

PEDRO:

¿Qué hacer sin una bataraza que me ponga un mal huevo?... ¡La prostitución!

ALCALDE:

¡Escúchame!... ¡Una mujer virtuosa, es virtuosa en el hambre o en la opulencia!... ¿O vas a decirme que todas las mujeres pobres son prostitutas?

PEDRO:

No, no, claro, pero...

ALCALDE:

Y por sobre todo... ¿así aprecias a tu mujer?... Si tiene guiso en la panza... ¡decente! Sin guiso... ¡ramera!

PEDRO:

No dije eso. Quiero decir...

ALCALDE:

¡Desconfiamos hasta de la propia esposa!... ¡Así está el mundo!... La pobre te acompañó en tu pobreza... ¿o no?

PEDRO:

¡Otra que no!

ALCALDE:

Todos los sacrificios de ella... ¡ahora los pagas con tu desconfianza!... ¡Ah, injusticia!... Prejuzgar que pueda terminar en una pérdida!... Algún día cruzará los campos y no volverá.

PEDRO:

Espere, espere... usted mismo me dijo que...

ALCALDE:

¡Yo! Pero si yo fui tonto, ¿por qué tienes que ser tonto tu también?

PEDRO:

Sí, es cierto... Ahora comprendo. Por eso lloraba.

ALCALDE:

¿Quién?

PEDRO:

Mi mujer. Cuando perdoné su voto contra mí. Buscaba mi bien, sí. Yo no sé si usted fue un tonto. Yo sí.

ALCALDE:

¿Sabes?... estoy cansado de mi oficio de alcalde. Estoy harto de la política. Me gustaría ir a la ciudad y poner cierto capital en algún comercio. No sé cuál... (*Con marcada intención*) Tal vez un gran café...

PEDRO:

No conoce el oficio.

ALCALDE:

Buscaré un socio honesto y despierto.

PEDRO:

Es fácil encontrar despiertos... ¡pero honestos!...

ALCALDE:

¿Acaso tú no lo eres? Puede haber otro como tú.

PEDRO:

No es fácil encontrarlos. Y menos en la ciudad.

ALCALDE:

Buscaré en los pueblos. Allí hay. Está bien, Pedro, me marcho. (*Se incorpora*).

PEDRO:

Hasta luego, señor Alcalde.

ALCALDE:

(*Inicia el mutis, pero se vuelve*). Se me acaba de ocurrir de pronto que... ¡pero no! Lástima que ahora no estés dispuesto a vender el pueblo... Podríamos haber sido socios en caso de que... ¡bueno!, de que te hubieras decidido por la ciudad. Hasta luego, Pedro.

(*El Alcalde se marcha y entra en su Alcaldía. Pedro permanece inmóvil entusiasmándose más y más a cada instante frente a la oferta recibida*).

PEDRO:

¿Socios? ... ¿y en la ciudad? ... ¿ con un político que? ...

(Rápidamente va hacia la Alcaldía y llama en la ventana. Sale el Alcalde por ésta).

ALCALDE:

Pasa, Pedro, pasa ...

PEDRO:

Tengo el negocio solo, señor Alcalde. Y aunque nadie viene, puede venir alguien. Usted dijo que si vendiéramos el pueblo ... usted y yo ...

ALCALDE:

¡Oh, no me hagas caso ... Además, no quiero que te sientas comprometido. Sé que me eres leal, pero ¡por Dios!, jamás abusaría de tu lealtad. Por otra parte, no olvido que tienes cincuenta años.

PEDRO:

Cincuenta y uno. Pero me siento como un muchacho. Además, usted no encontraría un socio mejor que yo fácilmente. Ahora, sólo vendo vino y longaniza. Pero recuerde antes, ¿eh? ... El negocio rendía y yo tenía de todo, en los estantes. Y sabía el precio de esto y de aquello. Y los impuestos y las leyes sociales y ...

ALCALDE:

Está bien, Pedro. Podemos hablar mañana ... después de la asamblea.

PEDRO:

Sí, sí, claro ... ¡después de la asamblea!

ALCALDE:

Y llegaremos a un acuerdo, estoy seguro. Naturalmente ... en el caso que ganemos ... quienes queremos vender el pueblo. Hasta luego, Pedro.

(Cierra lentamente la ventana. Pedro permanece un instante admirando la nueva situación y, luego, feliz, corre hacia el café).

PEDRO:

¡Lila!... ¡Lila!... ¡Tienes razón, querida mía!... ¡Tienes razón!...

(Pedro entra en el café. La tarde había estado ya declinando. Las primeras sombras de la noche, llegan. Oyese la canción. Luego Pedro vuelve a salir, rápidamente ordena un poco las mesas y cierra el café. Por una de las calles, alumbrándose con un farol entra doña Anunziata que va hacia la iglesia y llama. Sale el Padre Benito).

BENITO:

¿Qué busca, abuela?

ANUNZIATA:

¿Todavía levantado, Padre?

BENITO:

No puedo dormir. ¿Y usted?

ANUNZIATA:

Quiero rezar.

BENITO:

¿En la Iglesia?... ¿A esta hora?

ANUNZIATA:

A esta hora, sí.

BENITO:

¡Abuela... no! ¡Duérmase!... es muy tarde... Mañana, ¿eh? Acuéstese.

ANUNZIATA:

Estaba acostada y estaba dormida. Y soñé que me moría.

BENITO:

Pero no se murió. Siga durmiendo.

ANUNZIATA:

Y que Dios me decía «sólo pensaste en ti, para votar . . . no pensaste en los otros . . . en Michele»...

BENITO:

¡Ay, Jesús! . . . ¿Y Dios piensa en Michele?

ANUNZIATA:

Y me dije «Dios tiene razón. ¿Y si me muero aquí, sola, sin confesión? Tengo que pedirle perdón al Altísimo». Usted nos enseñó que no debemos pensar en nosotros. Pero a veces . . . no se puede evitar. Por eso quiero pedir perdón . . . y que Dios me ilumine en la asamblea de mañana.

BENITO:

(Que ha escuchado muy atentamente a la anciana). A usted no le hace falta confesión, abuela. Se lo digo yo. Váyase y duerma en paz. Si Dios no vigila su sueño, es porque Dios . . . *(Calla)*. Váyase, abuela.

ANUNZIATA:

Deme la bendición, entonces. *(Se inclina)*.

BENITO:

En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, amén. Ahora, a dormir.

ANUNZIATA:

Usted primero, usted primero . . . No sea que por mi culpa el aire de la noche le haga mal y . . .

BENITO:

Está bien, abuela, está bien. Hasta mañana.

(El Padre Benito entra en la iglesia y doña Anunziata comienza a salir. Antes de desaparecer

totalmente ella, Michele sale de su casa. Pero al ver el farol se esconde. Luego, con cautela, lo sigue para descubrir de quién se trata. Después, con la misma cautela, va hacia el café. Pero ve abrirse la puerta de la iglesia y salir al Padre Benito. Sin tiempo para otra cosa, y procurando evitar ser descubierto allí, Michele se esconde tras la fuente. El Padre Benito avanza ahora con gran cautela hacia el café. Michele, a su vez, gira alrededor de la fuente para no ser visto. El Padre se detiene en la puerta del café y presta atención a lo que puede estar sucediendo dentro. Y se decide a llamar. Pero apenas puede emitir algo más que un susurro).

BENITO:

¡Lila!... (Pero en ese instante Michele, que ha ido por detrás de él sin ser visto, lo toma fuertemente de un brazo). ¡Aaah!...

MICHELE:

¡Misas negras!

BENITO:

¡Tú!...

MICHELE:

¡Sacrílego!...

BENITO:

¡Shhh!... Cállate, por Dios.

MICHELE:

¡Cállate tú! ¿Dónde ibas?

BENITO:

¡Pueden oírnos, Dios mío!

MICHELE:

(Lo toma de un brazo y lo lleva hacia la fuente).
¿Dónde ibas?

BENITO:
Mañana perderás la votación.

MICHELE:
¡Se verá!

BENITO:
¡La perderás! Todo está organizado para que pierdas. Cuídate, Michele.

MICHELE:
¿Desde cuándo te importo yo?

BENITO:
¡Eh, tú!... Me puedes importar como sacerdote. Dios me manda que no haga distingos. Pero en este caso... me importa el pueblo.

MICHELE:
Te llamé cerdo y puedo repetírtelo.

BENITO:
No hace falta. A lo mejor es cierto. Mira... todos nos revolcamos en el barro. El Altísimo lo creó, para que sepamos qué es lo limpio. Salvador es puro. Tú mismo... ¡no me mires!... ¡aunque necio!

MICHELE:
¡Ej!...

BENITO:
Doña Anunziata se levantó de la cama... ¡ella! que apenas puede caminar... que apenas ve de noche... para pedir perdón por un sueño... Por haber creído que es un pecado pensar en ella y en la necesidad que tiene de ver sus hijos ingratos... ¿Qué me dices?

MICHELE:
(*Que lo mira con desconfianza*). Que no sé dónde vas...

BENITO:

¡Ah!... ¿y tú crees saberlo todo, eh?... Siéntate. (*Lo hace él*). No puedo más... (*Lo hace Michele, pero siempre mirándolo con desconfianza.*) Entonces me dije... «salvo mi iglesia con mi pueblo... o me hundo con mi pueblo y con mi iglesia»... Así me dije... pero a lo mejor... es tarde... ¡Entonces salí dispuesto a todo!, ¿me entiendes?

MICHELE:

No.

BENITO:

Entender lo entiendes. No lo crees, eso. Pero a lo mejor... es tarde.

MICHELE:

(*Que sigue sin confiar mucho en él*). ¿Por qué?

BENITO:

Todo organizado. ¡Ni Salvador volverá!

MICHELE:

¿Cómo lo sabes?

BENITO:

Un voto menos... ¿Cómo lo sé?... Si te lo digo harás tremendo lío. No volverá hasta después de la asamblea...

MICHELE:

¡Ah!... ¡y por eso dijiste que era puro ese cochino traidor!

BENITO:

¡No me entiendes, asno! ¡El no! ¡Es una maniobra! Por eso me dije «si ellos hacen maniobras así, no puedo estar con ellos»... Y después me dije que a las maniobras, a las malas maniobras, hay que combatir las con otras. Fíjate que... que

me pareció recibir las complacencias de Dios. Y entonces pensé... «Hay que conquistar de algún modo... (*señalando hacia el café*)... a esa loca.»

MICHELE:

¡Si esa loca está con ustedes!

BENITO:

¡No entiendes, asno! ¡Ahora quiero ayudarte y estoy contigo!

MICHELE:

¡Judas! ¡Lo estuviste una vez ya!

BENITO:

¡Ah!... ¡Santo Padre, Santo Padre!... ¿por qué haces cabezas tan huecas y para qué las haces?... ¡Bueno!... ¡está bien! ¡Terminemos! ¡No estoy contigo, después de todo! ¡Jamás lo estaré! ¡Pero estoy con el pueblo! ¡Con mi pueblo! ¡Y no quiero que se venda!

MICHELE:

(*Mirándolo para descubrir la verdad*). ¿Y qué maniobras estabas dispuesto a realizar?

BENITO:

¡Te lo dije! Conquistar esa loca. Puedes creerlo.

MICHELE:

(*Creuyendo ya en él*). Yo no sabía lo de Salvador... y también vine a conquistar a esa puerca. (*Reaccionando y mirando al Padre*). ¡Pero el voto de esa puerca se conquista con... (*El Padre Benito asiente resignado*). ¿Y tú?... (*El Padre hace gestos de justificación*). ¿Y tu voto de continencia?

BENITO:

Lo he pensado. No es absoluto el pecado, porque no la deseo, ¿comprendes? Lo hago para salvar

la Iglesia... el pueblo... ¡Lo hago con un esfuerzo de conciencia!... Te digo más... no sé si mi naturaleza responderá... a ese acto que repugna a mi alma.

MICHELE:

(Que ha quedado mirando al Padre Benito, sinceramente emocionado). Te creo...

BENITO:

Nunca quebré mi voto de castidad.

MICHELE:

Lo sé.

BENITO:

Por eso... dudo si... hasta mi naturaleza... ¿comprendes?

MICHELE:

¡También te creo!... Yo no tengo prejuicios. Pero así... hacerlo así... me da tanto asco que... que tampoco sé si responderá mi sexo...

BENITO:

¡Eso quiere decir!... pero esa palabra...

MICHELE:

Benito... ¿y quién tendría más éxito con ella?... ¿Tú o yo?

BENITO:

¡Maldito materialista!

MICHELE:

¡Hay que asegurarse!

BENITO:

¿Por qué no piensas en quién peca menos realizando ese acto?

MICHELE:

¡Pecamos igual! A estar de acuerdo con tu Dios, hay adulterio. Y aquello de la mujer de tu prójimo y... ¡Benito, nada debe detener un fin noble! En eso estamos de acuerdo.

BENITO:

Adulterio, sí. Pero para mí, no sólo eso. Hay algo más: ¡sacrilegio! ¿Qué me dices?

MICHELE:

Hicieron tantas cosas cuando la Inquisición... Y Dios los perdonó.

BENITO:

Me reconfortas... (*Pausa*). Michele... prueba tú, te lo ruego.

MICHELE:

¡Sí!... yo voy. Pero nunca me vio con buenos ojos. Por eso... ¿por qué no pruebas tú primero?

BENITO:

¿Y por qué tengo que ser yo?

MICHELE:

Los amores prohibidos atraen... ¡agarran!

BENITO:

(*Se incorpora resignado*). Está bien... iré. ¡Pero me envías hacia el infierno! Ya siento su calor...

MICHELE:

Es el calor de Lila... (*Se incorpora. Benito comienza a andar hacia el café, pero Michele lo detiene.*) Espera... déjame probar.

BENITO:

¡Gracias, Michele! ¡No sabes lo que me quitas de encima! Que Dios te ayude.

MICHELE:

¿Hasta en los adulterios ayuda Dios?

BENITO:

Es una vieja manera de decir. Esperaré aquí. Y si fracasas... ¡iré yo! (*Ríe muy tiernamente*). Casi digo... «rezaré por tu éxito». (*Mirando al cielo, sincero*). Perdóname, Altísimo. Tú comprendes todo esto...

(Michele camina hacia el café con decisión, mientras las luces descienden hasta el apagón total. Oyese la canción y vuelven las luces a cuchilla. La gente está reunida en asamblea. Faltan sólo Lila y Salvador.)

MONTELEONE:

¡Yo denuncio maniobras para dilatar y dilatar esta asamblea! ¿Qué falta hace presentar más argumentaciones?

MICHELE:

¡Hay que seguir escuchando la palabra de la gente!

MONTELEONE:

¡Hay que votar!... Hace quince días que se habla y se habla! ¡Que se vote ahora sin perder más tiempo!

ALCALDE:

¡Silencio, por favor, silencio! Y no dialoguen entre sí, porque esto no termina nunca. Sí, es verdad que hace quince días discutimos todo esto. Y en ese tiempo, la miseria ha ido en aumento para todos. Por eso, concretamente, propongo votar ya mismo y...

MICHELE:

¡Un momento! ¡Doña Anunziata no ha podido hablar hoy!

MONTELEONE:

¡Ya habló el domingo pasado!

MICHELE:

¡El domingo pasado era otra asamblea! Hable, doña Anunziata.

MONTELEONE:

(*Al Alcalde, pero sin cuidarse mucho que lo oigan todos*). Quiere seguir dilatando todo esto y ganar tiempo para que regrese Salvador.

ANUNZIATA:

¿Me deja hablar o no me deja hablar?

ALCALDE:

(*Ya cansado*). Hable, doña Anunziata. Hable y diga lo que quiera.

ANUNZIATA:

Sólo quiero pedir perdón.

MONTELEONE:

¡Está perdonada! ¡Votemos!

ANUNZIATA:

No terminé, señor de Monteleone. Yo sólo quiero pedir perdón, porque en vez de pensar en todos, solamente pensé en mí misma. Pero ahora veo que si mis hijos se fueron . . . es porque no podían vivir bien en el pueblo. Y me doy cuenta que está muy mal, que a mi edad, sólo piense en mí misma, cuando debo pensar en toda la gente. Y quiero pedir perdón.

MONTELEONE:

¡Hago moción para que la asamblea perdone a doña Anunziata y votemos de inmediato!

MICHELE:

¡Apoyo la moción de Monteleone! Pero en este caso, hay que discutir si la asamblea acepta poner en su orden del día, el estudio de la facultad que pueda tener la asamblea para perdonar o no, a un habitante del pueblo.

MONTELEONE:

¡Denuncio a Michele Tagliaferro por obstruccionista y por buscar la dilatación de la asamblea!

MICHELE:

¡Protesto, señor Alcalde! . . . Frente a la moción de Monteleone . . .

ALCALDE:

¡Silencio, por favor! . . . El reglamento es el reglamento, señor de Monteleone. Michele tiene razón, si usted presenta una moción, hay que discutir si esa moción . . . ¿eh? . . . ¿Me comprende?

MONTELEONE:

¡Retiro mi moción!

MICHELE:

¡Protesto, señor Alcalde! Protesto por el retiro de su moción! Doña Anunziata ha solicitado a la asamblea una cosa muy justa y debe ser considerada.

ANUNZIATA:

No, si yo sólo quería . . .

MICHELE:

(*Tratando de impedir que siga hablando*).
¡Comprendo, abuela, comprendo!...

MONTELEONE:

(*Acercándose al Alcalde*). ¡El miserable quiere ganar tiempo! ¿O no te das cuenta?

ALCALDE:

(*A Monteleone*). Sí, hay que evitarlo. (*A la asamblea*). Es necesario que la votación...

BENITO:

(*Cortándolo*). ¡Pido la palabra!

ALCALDE:

¿Usted también quiere volver a hablar?

BENITO:

¿No puedo hablar?

ALCALDE:

¡Sí, Padre, sí! Hable lo que quiera. Y a ver si nos saca del pantano.

BENITO:

Me opongo a la moción del señor de Monteleone.

MONTELEONE:

¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Queda retirada!

BENITO:

No me interrumpa, por favor. Quiero decir, que el perdonar una acción moral de una criatura de Dios, no está en manos de ninguna asamblea pública, sino en Dios y en sus ministros en la tierra.

MICHELE:

¡Muy bien!... ¡Muy bien!... ¡Muy bien!...

MONTELEONE:

¡Ahora aplaude al sacerdote!... ¡Que quede en actas las maniobras dilatorias de Michele Tagliaferro!

MICHELE:

¡No me opongo! A mi vez, ruego al Padre Benito Rocatagliata, que lea la Biblia... o los Evangelios... ¡o donde esté escrito ese hermoso pensamiento que ha dicho!, para conformidad de la asamblea.

MONTELEONE:

¡Me opongo, señor Alcalde!

MICHELE:

¡Que quede en actas que el señor Monteleone pretende silenciar la voz de la Iglesia Católica!

MONTELEONE:

¡Usted me acusa de eso!

MICHELE:

Nunca he acallado la voz de la Iglesia. Padre Benito, lea la Biblia. ¡Léala toda!

BENITO:

¡Eh, si hace falta, con todo gusto!...

ALCALDE:

¡No, no, no!... ¡No hace falta! ¡Lo que dice el Padre Benito, nadie lo discute! Señores vecinos... a ver si ponemos un poco de calma en esta asamblea tan tumultuosa. Yo creo que en momentos así... hay que ser realistas. Y nosotros somos realistas.

MICHELE:

¡Siempre fue realista el señor Alcalde. Con los facistas... ¡fue facista! Nos ocuparon los alema-

nes... ¡y fue alemán! Llegaron los norteamericanos... ¡y viva el Plan Marshall!

ALCALDE:

¡No meta la política, Michele!

MICHELE:

¡Para conocer el futuro del pueblo, hay que conocer la historia del pueblo!

MONTELEONE:

¡Alcalde!... ¿Quiere cerrar de una vez por todas esta asamblea?

PEDRO:

¡Nunca estuvo la plaza tan entretenida!

ALCALDE:

Está bien, señores. Voy a cerrar la parte deliberativa de esta asamblea, diciendo lo siguiente: esta semana estudié el problema de nuestro pueblo. Es decir, si era o no lícita su venta. Como funcionario, busqué antecedentes de ventas de otros pueblos. ¡Y fíjense que los hay! ¡En el mundo los hay! En pasado tiempo, Rusia, ¡nada menos que Rusia! vendía Alaska. Y lo compró Estados Unidos. En otro momento, México vendía California. Y lo compró Estados Unidos.

MICHELE:

¡Estaba claro!... ¡Cuando un pueblo se vende, lo compran los yanquis!

ALCALDE:

¡No me interrumpa, Michele Tagliaferro!... Por eso estoy seguro de que la venta del pueblo está dentro de las normas jurídicas y humanas. Señores... ¡ha llegado el momento de votar!

MICHELE:

(*Que ya no tiene esperanzas del regreso de Salvador.*) Está bien, señores, votemos...

ALCALDE:

De este lado, los que están con la venta. De este otro lado, los que se oponen. Por favor, ¡ligérrito!

(*Hacia la ventana van el Alcalde, Monteleone y Pedro. Por no vender lo hacen Michele, Anunziata y el Padre Benito. La marcha de los dos grupos es, individualmente lenta, para seguir manteniendo la inquietud de las respectivas conductas.*)

¡Empate, señores!... ¡El próximo domingo!...

PEDRO:

(*Interrumpiendo*) ¡Un momento!... ¡Falta el voto de mi mujer!... (*Entra corriendo al café.*)
¡Lila!... ¡Lila!...

ALCALDE:

¿Nadie se opone a que la señora Lila?...

MONTELEONE:

(*Muy seguro*). ¡No me opongo!

MICHELE:

(*Muy tranquilo*). Yo tampoco...

(*Regresa Pedro trayendo a Lila en camisón y cubierta con una manta, semidormida.*)

LILA:

Déjame... estoy cansada... tengo sueño...

PEDRO:

¡Debes votar!... ¡Debes votar, querida mía!...
(*La deja en el centro de los dos grupos*). Yo estoy de este lado, querida mía.

ALCALDE:

Señora Lila... de este lado estamos quienes queremos vender... ¡vender!

(Lila mira ambos grupos, y luego, viendo a Michele, comienza a arreglar sus cabellos y va hacia él.)

PEDRO:

¡Lila!... ¡querida mía!... ¡Es aquí!... ¡Es aquí para vender!...

LILA:

(Junto a Michele, que trata de mirar hacia cualquier parte). ¿Vender?... Es que se duerme también en este pueblo...

BENITO:

¡Dios mío!... ¡Hemos ganado!...
(Entra Salvador corriendo).

SALVADOR:

¿Ya votaron?

MICHELE:

¡Ya ganamos, Salvador!

SALVADOR:

¡Gracias, madre mía!... ¡En la ciudad no se habla de otra cosa que de nosotros!... ¡Y los diarios!... ¡Y hasta los diarios de todo el mundo!... ¡Y todos quieren venir aquí!

MONTELEONE:

¡También todos van a los cementerios!... ¡Pedro!... sirva vino a toda la gente. Vamos a brindar por la miseria que nos va a tragar a todos!

BENITO:

¡Espere, señor de Monteleone, espere!... Salvador, ¿dijiste que quieren venir acá?

SALVADOR:

¡Eso, padre, eso!

BENITO:

¿Y para qué quieren venir acá?

SALVADOR:

¡A conocer esto!... ¡A ver el pueblo que no conoció luz, ni trenes, ni caminos, ni nada!... ¡A ver el pueblo que tiene que venderse!...

BENITO:

Humm... humm... aunque no es lo mismo. Pienso en Lourdes... en Jerusalem... ¡Sí!, no es malo, muchacho, eso que dices...

MICHELE:

¿Qué se te está ocurriendo, sacerdote?

BENITO:

Oigan, si somos capaces de organizar todo esto... esa gente vendrá... habrá turismo... tendremos trabajo... ¡y todo volverá como en los buenos tiempos!...

MICHELE:

¡Benito Rocatagliata!... ¡al fin hablas con la voz de tu pueblo!

PEDRO:

¿Turismo?... ¡Turismo!... ¡Lila, querida mía! ¡Eres genial!... ¡Mucho más que genial!

ALCALDE:

(*Tratando de dominar la nueva situación*). ¡Vecinos!... ¡Siempre afirmé que las corrientes turísticas!...

BENITO:

(*Lo corta*). ¡Cállese, por Dios! . . . Y termine su mandato lo más silenciosamente posible . . .

(*Apagón en el que salen de escena todos, y cuando vuelve la luz sólo se encuentra Michele con su vestuario del comienzo y en la misma actitud hacia el público.*)

MICHELE:

Bueno . . . y ahora me voy a la ciudad para arreglar todo eso del turismo. Y no digo este cuento ha terminado, porque no ha sido un cuento ni ha terminado. Ahora empieza para nosotros un trabajo distinto, que nos permitirá vivir nuevos y mejores días. ¿todo eso por qué? . . . Por dos motivos, se me ocurre. El primero: si comprobamos que cuando un pueblo se vende, encuentra entusiastas vendedores y compradores . . . es que algún valor tiene, sin duda, todavía. Y segundo . . . En este lugar del mundo donde vivimos, donde cada uno lucha por uno mismo, no es posible que uno solo piense y resuelva por todos. Todos, sí, pensaremos en todos. Porque es el plural de «uno que piensa en uno mismo». Claro, . . . ustedes me miran como preguntándome: «¿Quién es usted para hablar así? ¿Acaso el héroe que lo descubre todo?» . . . ¡No, por Dios! Ustedes saben muy bien que no soy más que el carpintero Michele Tagliaferro.

PEDRO:

(*Aparece en la puerta del café como en el comienzo de la obra*). ¡Apúrate, Lila! . . . ¡Apúrate, que Michele se marcha! . . .

(Sale ésta, fresca, lozana, bien descansada. Por distintas calles entran Salvador, doña Anunziata, Monteleone. De su templo, el Padre Benito. De la alcaldía, el Alcalde. Menos Monteleone, todos gritan a Michele sus deseos de buena suerte. Y cuando ya está casi saliendo de escena Michele, a quien el Padre Benito acompañó unos pasos, se escucha dominante la voz de Lila.)

LILA:

¡Adiós Michele! . . . Y descubrí que es más lindo . . . ¡mucho más lindo! . . . ¡levantarse temprano!

(Y mientras se oye otra vez la canción, ahora en un tiempo mucho más alegre, lentamente desciende el

TELON FINAL

INDICE

LA CASA VIEJA	5
QUIERE USTED COMPRAR UN PUEBLO ..	125

PUEBLO», SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN SEPTIEMBRE DE 1964, EN LA UNIDAD 210-05, DE LA EMPRESA CONSOLIDADA DE ARTES GRÁFICAS. PUBLICADO POR EDICIONES CASA DE LAS AMÉRICAS, REPÚBLICA DE CUBA, GOBIERNO REVOLUCIONARIO. ESTA EDICIÓN CONSTA DE 5,000 EJEMPLARES.

EDICIONES CASA DE LAS AMERICAS

TITULOS PUBLICADOS

ANTOLOGÍA Nuevos Cuentistas Cubanos

Martínez Estrada y Siné *El verdadero cuento del Tío Sam.*

COLECCIÓN CONCURSO

NOVELA

José Soler Puig *Bertillón 166* *1960

Dora Alonso *Tierra Inerme* *1961

Daura Olema *Maestra Voluntaria* *1962

Lisandro Otero *La situación* *1963

Alfonso Cuesta *Los hijos*

Manuel Zapata Olivella *Corral de negros.*

Jorge Ibarguengoitia *Los relámpagos de agosto* *1964

CUENTO

J. M. López Valdizón *La vida rota* *1960

Luis Díaz Chávez *Pescador sin fortuna* *1961

González de Cascorro *Gente de Playa Girón* *1962

René Marqués *En una ciudad llamada San Juan.*

Lizandro Chávez Alfaro *Los monos de San Telmo* *1963

Abelardo Castillo *Las otras puertas*

Octavio Getino *Chulleca* *1964

TEATRO

Andrés Lizarraga *Santa Juana de América* *1960

M. I. Fornés, G. Parrado, A. Estorino, A. Arrufat *Teatro Cubano*

Manuel Galich *El pescado indigesto* *1961

Emilio Carballido *Un pequeño día de ira* *1962

Osvaldo Dragún *Milagro en el Mercado Viejo* *1963

Jorge Ibarguengoitia *El atentado* *1963

Oduvaldo Vianna *Cuatro cuadras de tierra* *1964

POESÍA

Jorge Enrique Adoum *Dios trajo la sombra* *1960

Roberto Ibáñez *La frontera* *1961

Fayad Jamis *Por esta libertad* *1962

Roque Dalton *El turno del ofendido*

Alí Lameda *El gran Cacique* *1963

Mario Trejo *El uso de la palabra* *1964

Pablo A. Fernández *Libro de los Héroes*

ENSAYO

- Martínez Estrada *Análisis funcional de la cultura* *1960
Luis E. Valencia *Realidad y perspectivas de la Revolución Cubana* *1961
Martínez Amengual *Presencia de la Reforma Agraria en América* *1962
Jorge Texier Avellaira *Reforma Agraria*
Washington Durán *América Latina al desnudo*
Martínez Amengual *Subdesarrollo y Revolución en Latinoamérica* *1963

COLECCIÓN DOCUMENTOS

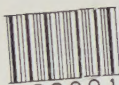
- Cuba transformación del hombre*
La sierra y el llano

COLECCIÓN LITERATURA LATINOAMERICANA

- Machado de Assis *Memorias póstumas de Blas Cubas.*
José Carlos Mariátegui *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*
Florencio Sánchez *Teatro*
Lucio V. Mansilla *Una excursión a los indios Ranqueles*
Jenaro Prieto *El socio*
Graciliano Ramos *Vidas secas*
Enrique Amorim *El paisano Aguilar*
Ricardo Palma *Tradiciones peruanas*
A. J. Irisarri *Historia Crítica del Asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*
Horacio Quiroga *Cuentos*
Julio Cortázar *Cuentos*
Rubén Romero *La Vida Inútil de Pito Pérez*
Baldomero Sanín Cano *Ensayos*

* PREMIOS Casa de las Américas

862.62 E817



a39001



008

plantea la necesidad de la creación de nuevos valores morales, la destrucción de los prejuicios burgueses.

Con estas dos piezas, muy distintas, el lector tiene en las manos dos posibilidades de expresión de la realidad, y de la problemática del hombre latinoamericano.

DE PROXIMA APARICION

COLECCIÓN LITERATURA
LATINOAMERICANA

Simón Bolívar, *Documentos.*

M. Zeno Gandía, *La Charca.*

Roberto J. Payró, *Cuentos de Pago Chico.*

Augusto Céspedes, *El Metal del Diablo.*

Carolina Ma. de Jesús, *La Favela.*

UNIVERSITY OF ARIZONA LIBRARY